

EL SÁRGENTO CLARO

ó

LA GUERRA DE CHILE



NOVELA

POR

«MAPUCHE»

EL SARGENTO CLARO

ó

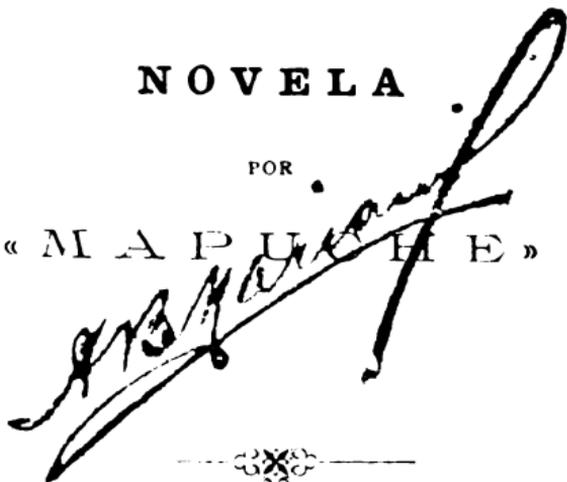
La Guerra de Chile



NOVELA

POR

«MAPUCHÉ»



BUENOS AIRES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE «LA AGRICULTURA»

327-CUYO-329

1898

CAPÍTULO I

*Conversación estratégica—La gran comedia—
La estrategia de la Providencia contra la
guerra—Reminiscencias de la que Chile de-
claró á España en 1865—Pobres españoles!
—Feliz Cuba!...—El semáforo y la disparu-
da—El pueblo no quiso—El pueblo sin zapatos
sabe donde le aprietan—Guerra á la Argen-
tina—Cuidado con abrir las invasiones por
la Cordillera!—De donde saldrán los 200,000
hombres—La alianza con el Brasil—Los prus-
sianos de Sud América.*

—Eso parece una gran novela, dijo el sargento Claro, levantando la muleta y dando un tacazo.

El sargento Adolfo Claro tenía efectivamente una muleta; pero no necesitaba otra para ayudar á su inteligencia. Fuera de la canilla que una metralla del Paraguay le dejó en astilla y media, no cojeaba de ninguna otra parte de su cuerpo ni de su alma. Su juicio era despejado y recto como era airosa y noble su figura militar, y poseía todas las claridades intelectuales que caben en la honradez y el valor.

Su exclamación contestaba á las noticias que le traía su mujer leídas en varios periódicos, que, aunque recién llegados, no eran nuevos.

Estas noticias se referían á una guerra que estaba para estallar entre dos países limítrofes. Los dos países le eran perfectamente conocidos, como que uno de ellos era el suyo, al que había rendido los esfuerzos de toda su vida y dejándole en gaje media pierna. Sabía el otro al dedillo, por haberle recorrido y estudiado prolijamente en toda su prolongación, con un criterio estratégico que le era característico, y no podía encontrar la lógica militar en que se fundase un programa serio de guerra, á no ser la locura que en asuntos de patriotería suele atacar á pueblos y gobiernos.

El sargento se hallaba establecido, formando familia y crianza de ganados en una suerte de campo propio que con la cédula de retiro le había sido adjudicada sobre la falda oriental de la cordillera andina del Sud, en un valle pequeño y solitario frente al volcán de Yayma.

Debo presentar á su joven esposa, que constituye el principal elemento de felicidad para nuestro inválido—y, fíjese el lector que la descripción que voy á hacer de ella reúne aparentemente muchos anuncios de infelicidad para un marido viejo.—Era una vivaracha morenita que contaba la mitad de los años del sargento, con una de esas narices curvas y finas que llevan las muchachas antojadizas y de carácter resuelto é inflexible; unos lindos y grandes ojos que bailaban por hacerse entender desde las

sombrías cuencas que arqueaban pobladas cejas casi juntas, y bajo el doble cierre de largas y rizadas pestañas, dispuestas para todo encantamiento y sorpresa. Su estatura era mediana, delgada y liviana de cuerpo, sin perjudicar el más perfecto modelado de formas; alegre siempre y movediza, sin que ninguno de sus movimientos dejara de ser gracioso; su contento se manifestaba constantemente por una locuacidad incansable, como un canario satisfecho, y perseguía con denuedo un punto cualquiera de discusión para contradecir. Era nacida y criada en Chile, y esta divergencia de nacionalidad con su marido la daba el primer motivo de controversias, que por cierto, nunca salieron del tono afectuoso. Pero debo constatar lo que había de real y bien comprobado en esta encantadora mujercita: idolatraba á su esposo, y todas sus aparentes liviandades no llevaban otro fin que entretenerle y mimarle, hacerle salir de su seriedad habitual y oírle hablar enardecido sobre cualquier asunto. Ah! entonces, aunque era charlatana, callaba y se hacía toda oídos.

—Tengo miedo á esa guerra, dijo echando los periódicos que traía en la mano, sobre el banco de cuero en que su marido descansaba la pierna.

—Desgraciadamente, rezongó el sargento, ahora hay una cosa nueva á que se debe tener miedo: es á la barbaridad que puede resultar de otras barbaridades... El capellán de nuestra división decía que á

quien él tenía más miedo era á don Absurdo!...

—Quién?

—Don Absurdo, hijita, es un quién sabe quién que hace suceder cosas que no debían ser... como cuando tú me haces algún disparate debido á tus incurables distracciones.

—Ah! cómo me mortifica, dijo la niña volviéndose seria, el recuerdo de cuando te robaron por mi culpa tus papeles! Ha sido la peor de mis distracciones...

—No te aflijas! Dios ha de querer que... Ay! María, se interrumpió el sargento con un gesto de dolor. Qué distraída eres!... Siéntate aquí á mi lado.

—Jesús, Adolfo! dijo la joven, acariciando al militar: tanto que cuidas esa canilla rota!...

—Mira: cuando tengamos plata, haremos otro viaje á Buenos Aires, conversaré con mi querido cirujano el que tanto nos ha favorecido, y haciendo lo que me aconsejó... volveré á quedar un soldado lindo y cuadrado, sin muleta. Te pondré entonces sin cuidado la pierna para que te sientes, porque será de palo.

—Y volverás á meterte en la guerra!... No: más te quiero cojo.

—Qué! No hay guerra!...

—Ojalá! Mas... ya ves lo que dicen los diarios.

—Los diarios dicen cosas estupendas á falta de la verdad que expresarían si estuviesen bien informados.

—Pero, hijo, si también las gentes que por aquí llegan de la otra parte de la cordillera, vienen hablando de preparativos de guerra! Han encargado generales, buques, cañones y qué sé yo!...

—Ahí está la gran comedia! Armazón de personajes bizarros que hacen sus papeles; cuestiones intrincadas, preparativos, exploraciones estratégicas, sentimentalismo de la tragedia futura; situaciones inminentes que se estiran y se estiran, pero vuelven á aflojar porque la tensión es insostenible; las posturas violentas se hacen muy ridículas si no son fugitivas: es estúpido mantener un año la actitud de sagitario... Se guardarán muy bien de cortar la cuerda, porque en la vía de los hechos cambiará instantáneamente el objetivo de las especulaciones que fomentan las griterías de guerra... Lo saben muy bien; por eso convienen en mantener el calor del asunto, aunque sea en formas contemplativas; entreverar escenas tiernas, abrazos y peroraciones místicas ante el abismo que todavía no nos ha tragado... y en el empeño de mezclar á Dios en las farsas, altos ministros le invocan por la paz!... Cuando saben que la paz es la situación obligada... cuando ÉL, el que preside los destinos de los pueblos, tiene la paz resuelta y decretada sobre fundamentos inconmovibles, que ningún farsante ha de alterar, de cualquier lado de esa montaña que se hagan los cubiletos... y aunque se hagan á la vez de los dos lados... Al fin

concluirá como todas las novelas... casándose los protagonistas...

—Pero, querido Adolfo: tú hablas de Dios que ha decretado la paz, mientras que los hombres, en los procedimientos que tú mismo refieres, tal vez van á la guerra...

—Van siempre á la comedia!... Te digo que hay hechos providenciales que nos aseguran la paz.

—Y qué hechos son esos que ves tú sólo?

—Si los veo yo sólo no es porque sean menos manifiestos para los demás, sino porque he parado mi atención en ellos, he estudiado y meditado, y he deducido consecuencias claras, con arreglo á mi criterio profesional de soldado. Los hechos son de tres clases: sociales, económicos y topográficos. Si no he de fastidiarte diré...

Fastidiarme!... No ves que deseo oírte hablar? Me entusiasma tu ciencia militar apoyando la paz...

El sargento prosiguió:

—En cuanto á lo primero, Dios ha puesto el propósito firme de conservar la paz en el sentimiento del más grande, del más rico, del más numeroso y aguerrido de estos dos pueblos vecinos; le ha hecho experimentar después de largas y cruentas aventuras bélicas los inmensos beneficios de la paz, á cuya sombra ve doblarse año por año la riqueza, la población y los progresos de todo género; ve aclimatarse con una asimilación asombrosa todas las artes é industrias del mundo civilizado; ve llegar

con apresuramiento la emigración de todas las nacionalidades europeas más cultas y viriles, y radicarse con un amor al país de tal manera correspondido que ya no hay en esta tierra extranjeros. Este es verdadero poder militar, conservador de la nación, porque ya no hay en ella intereses diferentes entre nacionales y extranjeros. Si sólo tendríamos que contar quinientos mil argentinos para aceptar la guerra, poseemos un millón de hombres de armas para defender el país y afianzar la paz.

—Está muy bien, mi querido sabio cojo, replicó alegremente la mujercita, palmeando la pierna sana de su marido. Conforme en que este grande y opulento país con todos sus recursos y todos sus hombres convencidos, no quiere la guerra: este argumento camina bien, pero te falta la otra pata, que en el otro pueblo cojea: aquél quiere la guerra, exige territorios, amenaza y se prepara: si trae la guerra, habrá guerra: qué importa que nosotros no la queramos? No es el primer país ni el primer hombre que va á la batalla contra su voluntad.

—Debo observarte, María, que la guerra entre dos países que tienen un orden constitucional medianamente establecido, es un asunto muy grave en el que imperan serios raciocinios que se hace á sí misma la masa del pueblo, compulsando sus fuerzas y mirando sus conveniencias prácticas, sin que nadie le enseñe ni valga para alterar la acti-

tud que espontáneamente asume cuando se acude á su acción. De esto hay ejemplos que constan á Chile: en uno le tocó la mejor parte; el otro le ha dejado recuerdos ingratos. Las Repúblicas del Perú y Bolivia, víctimas ambas del desgobierno y la anarquía y en deplorable atraso sus elementos de fuerza, no pudieron contestar sino con escaramuzas aisladas é ineficaces á la guerra que Chile les llevó. Los pueblos peruano y boliviano tenían la conciencia anticipada de su impotencia: en el uno, las revoluciones y asonadas interiores ardían detrás de los cuerpos de ejército que salían á defender la causa nacional; en el otro un general en jefe se vendía al enemigo. Las poblaciones ni siquiera hostilizaban las pequeñas partidas invasoras: en una palabra, el pueblo no quería pelear con el extranjero: prefería descuartizarse entre sí.

—Pero todos estaban obligados á pelear hasta sucumbir por la patria invadida; si no para triunfar, al menos para salvar el honor y la vergüenza.

—No es fuerza suponer que tuviesen honor y vergüenza; estas virtudes se enseñan con la disciplina y buen gobierno; las colectividades humanas sólo tienen egoísmo. Honor... patriotismo... son palabras que se dan cuando alguien ha cumplido con su deber. Los que eluden el peligro quedan muy contentos de haber salvado algo... (el bulto) Se cree acaso que la inferioridad de condición política y so-

cial no es inferioridad de poder material?

—Lo que yo creo es que los pueblos que se cruzan de brazos ante una invasión extranjera son lisamente cobardes.

—Eso no es un axioma militar. No hay pueblos cobardes, soldados sin disciplina ni estímulo, ciudadanos habituados al servilismo, toman ocasionalmente ese calificativo y lo generalizan á nombre de su país. El valor es una pasión cuya principal esencia está en la causa ó mérito que apasiona. Educar los hombres en el principio de esas causas y méritos es crear valientes.

— Mis paisanos son valientes, Adolfo.

—Yo no lo niego, si lo dices tú y así lo quieren ellos. Pero es muy grave error fundar sólo en el título de valientes las aventuras internacionales á que se han lanzado tus paisanos, sin motivos que justificasen las horribles escenas de sangre llevadas sobre pueblos hermanos de cuna, vinculados en la familia y en los intereses, en los recuerdos y en el porvenir; guerra fratricida é impropcedente que ha dejado justo remordimiento á las demás repúblicas que la consintieron. Extraña y peligrosa petulancia la de buscar sólo en la guerra la solución de cuestiones entre pueblos hermanos!

—Los pueblos guerreros prefieren esa manera de cuestionar...

—Manera inhumana, á más de ineficaz y peligrosa para los mismos que la usan en su profesión de guapos, si les acontece chocar con un contendor que sepa recoger el

guante. De esto, te repito, ha tenido Chile una experiencia, de recuerdo muy poco airoso....!

En la guerra que declaró á España en 1865 cúpole en suerte desempeñar un rol militar mucho más pasivo y triste que los del Perú y Bolivia; sólo diferenciándose de estos dos pueblos abatidos en las vocinglerías y prospectos heroicos que no cesaron un instante, á objeto tal vez de enardecer al pueblo que nunca hizo acto de presencia en las situaciones de peligro. Provocada la guerra por griterías callejeras, se contó con legiones de *tigres* para hacer añicos á la madre patria en mar, en tierra y hasta en la península.

Hablaron de tambalear el trono de doña Isabel II, á quien los diarios trataron como á una mujerzuela de las que se confinan en las casas de silencio. La seguridad del desastre español llegó á patentizarse de tal manera en las molleras exaltadas, que ante los imaginarios despojos de esa imprudente nación, caída en manos del terrible chileno, comenzaron á levantarse voces de condolencia.

— Pobres godos! decían: qué suerte la suya!—Téngase un poco de compasión: ba-ta que hayan sido nuestros primeros padres!—Está bien, está bien, exclamaban otros; pero no les dejaremos el dominio de Cuba.—Sí! sí! sí! Qué Cuba sea libre!—¡A Cuba, á Cuba!—No! A España primero!—Tabla rasa con España y después á

Cuba!... (1). La *formidable*—así la llamaban—escuadra aliada chileno-peruana estaba lista en la bahía de Valparaíso, preparando espolones y armas de abordaje, únicas que querían entender; y el gremio de los lancheros de la bahía declaraba, por heroico capricho de raza, que no cedería á la escuadra aliada el privilegio de abordar y hacer astillas al primer buque español que se presentase. Desventurado buque!... Mas en medio de tan valientes como desalmados propósitos, y en lo más mirífico de la composición de la escena marcial que ya exigía anticipos de admiración, el semáforo del puerto señaló la aproximación de dos buques de guerra españoles. Como sobreviene repentinamente la disparada general en los escaparates de la despensa al asomar la cabeza del gato—así fué el espectáculo de no dismulado pánico que ofrecieron los héroes del abordaje y los demás adalides de mar y tierra. Los lancheros desaparecieron, y la escuadra, forzando calderas, se puso en precipitada fuga y fué á ocultarse en el sur, tras de las islas del archipiélago de Chiloé, con riesgo de perderse en los bajíos. Significa esto que los directores de la guerra en Chile no habían interpretado exactamente la voluntad de sus hombres de

(1) Todo esto es estrictamente verídico; puede verse en los diarios de la época, de Santiago y Valparaíso. La promesa de libertar á Cuba fué declaración oficial del ministerio Covarrubias.

armas y de su pueblo. Este, como se ve, no quiso responder á ningún propósito, ni contra España, ni por Cuba, ni aun por la defensa de la propia tierra. Los españoles buscaron por toda la costa á las fuerzas armadas del país que había declarado la guerra; no las hallaron en ninguna parte—perseguieron en el mar la escuadra aliada, y ésta no salió de los canales donde aquélla no podía pënetrar—anunciaron con larga anticipación el bombardeo de Valparaíso, y consta oficialmente que esta rigorosa medida la adoptó el general español (Méndez Núñez) «como única reparación que le quedaba tomar, por no haber podido obtenerla en leal combate que por todos modos había provocado contra las tropas de mar ó de tierra del país que tan graves y soeces insultos había inferido á España y á su Reina sin ofrecer ninguna satisfacción». El bombardeo se efectuó á medio tiro de cañón durante un tiempo determinado de antemano, sin que se presentase en la costa un hombre, ni en la bahía un buque, y antes usando con largueza la generosa concesión del jefe español de salvar los edificios donde se colocase bandera blanca. Quien conoce la bahía de Valparaíso y sabe el puesto que en ella ocuparon los buques españoles durante el bombardeo, comprende que éstos estaban á tiro de fusil de todos los puntos de la costa y de la ciudad: podían ser contestados los fuegos y no lo fueron. Así la proverbial caballerosidad española

justificó la absoluta impunidad en que estuvo de hacer destrozos considerables: se limitó, sin embargo, á tirar sobre ciertos edificios públicos; no dejando duda respecto del propósito de sus punterías, pues desalojaron dos veces á bala rasa la bandera chilena izada sobre la torre de la aduana, (como si ella misma se hubiese atraído los tiros, por no ser sobre un moginete su mejor puesto de honor en tales circunstancias). Esta hidalga lección sobre tratamiento de los enemigos no aprovechó por cierto á Chile en su campaña posterior contra dos naciones débiles y desorganizadas... y entretanto, justo es sacar el sombrero al noble soldado español!

Ya ves, María, que esta guerra contra España, provocada de parte de Chile sin causa seria, por simple espíritu de aventura marcial, á pesar del bullicio de armas, de las proclamaciones patrioterías y descomunales programas, no fué guerra, sino un simple fracaso, un sacrificio gratuito impuesto al país.

Y aunque el pueblo chileno hubiera sido tan bravo y aguerrido para empeñarse en tan ardua empresa, habría reflexionado siete veces antes de lanzarse.

En casos análogos, conviene observar, que, á pesar de sus exaltados directores, los pueblos saben dónde les aprieta el zapato, y es prodigioso que lo sepan por intuición hasta los que no los usan...

—Pero en la guerra con España, mi que-

rido Adolfo, mis paisanos estaban desarmados. . .

—No debieron entonces provocarla, mi linda chilena, sin otra causa que unas simples palabras mal sonantes que lanzó allá por el norte un almirante Parejas. Chile compró al vuelo esa cuestión, creyendo seguramente que no le traería al terreno de las armas; mas fué muy desgraciada equivocación desafiar á España y pensar que esta nación belicosa por excelencia no acudiría inmediatamente. . .

—Piensas entonces, según lo que antes dijiste, que si Chile desafía á la Argentina ésta no aceptará.?

—No aceptar! . . . Somos descendientes y herederos de aquella patria, única que podía ser cuna del héroe legendario que imaginó el gran Cervantes! . . . y luego, no todos somos cojos aquí para la guerra. . . Pero insisto en asegurarte que aun llegado ese caso increíble, la más peligrosa de las imprudencias en que Chile podía caer, no habrá guerra. . . es decir, cuestión á decidirse en las campos de batalla. . . .

—Y qué habrá entonces?

—Habrá fracaso como en el asunto de España. . . .

—Oh! . . .

—Sí: fracaso para los dos países; pero infinitamente mayor para Chile; perjuicios comunes inmensos, retroceso general, odio insaciable, odio que recrudecerá de un modo espantoso por la forma obligada que asu-

mirán las operaciones. Hablo exclusivamente en el sentido estratégico y práctico. No cuento con las locuras y desaciertos á que podría llevarnos una mala dirección, ni con los giros imprevistos que podrían traernos á los verdaderos combates, dando ventajas á una ú otra nación. Sabido es que en la guerra el hombre comienza, y desde el instante está en manos de Dios: no hay que extrañar los milagros. . . ni es fácil volver á sacar de esas manos la dirección de los sucesos ni señalar su término. Siempre es cierto que Dios ayuda á triunfar á un buen general lo mismo que permite descalabrarse al más valiente ejército puesto en manos de un imbécil.

Pero las probabilidades estratégicas son patentes y nos favorecen decididamente. El pueblo que quiere la guerra no tiene siquiera asegurada su manutención en la paz: se ha acostumbrado á mascar carne, y para la provisión de carne depende del enemigo que ha elegido gratuitamente. Si éste cierra la puerta al comercio ganadero por cordillera, reconcentrándole á sus mercados del Atlántico, no queda más recurso que volver á la alimentación vegetal que aumenta la barriga y adelgaza las piernas. El pueblo chileno sabe esto, y sin encontrar causas patentes de guerra, ve que el primer efecto de ella será el hambre de los pobres, que allí son muchos á fe, y el cierre completo de la Argentina donde son recibidos con brazos abiertos y donde vienen á respirar

libertad, holgura y provecho en el trabajo, así como también emancipación de sus señores feudales.

—Los chilenos invadirán y lograrán aquí lo que les falta allá.

—Pronto se dice eso. Se invade un país igual ó inferior en elementos de guerra: un país á quien se cuenta amedrentar con el fuego; un país á donde después de entrar se está seguro de ganar todas las batallas... Lo contrario no es invadir sino enjaularse. Y luego, cuidado con la revancha! Por los caminos que se viene, se va... Si se abre á nuestras tropas los caminos de la cordillera podrán llegar á ser más molestas en Chile que las hordas de pincheyras y araucanos que nosotros contribuimos á quitárselas de encima. Chile tiene en su falda de cordillera andina un espeso bosque que le cubre hasta las goteras de sus poblaciones, especialmente en el sur, desde Ñuble á Llanquihue. A la salida del bosque están sus pueblos, sus ferrocarriles, sus telégrafos, sus puentes.

A esta circunstancia topográfica es debido que los pincheyras y araucanos pudieron hacerles inmensos daños, pues recorrían impunemente la montaña y salían de ella para caer de improviso sobre la población que elegían, y en pocas horas volvían á emboscarse, antes de que la persecución les diera alcance, y si temían á las fuerzas perseguidoras, continuaban la retirada por el bosque hasta traslomar la

cordillera y guarecerse en las quebradas inatacables de la falda argentina.

Si la guerra se enardeciese por desgracia, es muy posible que masas incontables de todas armas, cuando no fuesen nuestras tropas regulares, adoptarían el sistema de los araucanos y pincheyras, y en muy poco tiempo, Chile no tendría en todo el sur, ni ferrocarriles, ni puentes, ni telégrafos, ni ciudades. Necesitaría muchos miles de soldados sólo para vigilar mil pasos de la cordillera.

—Chile tiene poderosos buques y podía dar golpes tremendos por mar.

—O los podría recibir. Eso entra ya en los albures de la guerra. Ningún éxito en el mar haría cambiar la topografía de la cordillera. Si Chile no está seguro de atajar al ejército argentino en la cordillera... puede asegurar sus triunfos en el mar y prepararse á trasladar su nacionalidad sobre las aguas... manteniéndose de puro pescado.

Esta topografía andina y las circunstancias que en su relación nos favorecen, debe ser un cuidado muy serio para Chile... Es una aneurisma que le impone vida juiciosa y sosegada.

—Oh! Si hay tantas facilidades para invadir á Chile, las mismas facilidades tendrá Chile para invadir á la Argentina.

—Ya te he dicho, María, lo que hay sobre tu invasión. Agregaré que si ella no es favorecida por ventajas especiales de terreno y de acción, necesitaría 200.000

hombres para preparar probabilidades sobre la República Argentina.

—Vendrán 200.000 hombres.

—Pero hijita! . . . si no los tiene! dijo el sargento, haciendo un gesto compungido.

—Los diarios amenazan con 400.000 guardias nacionales.

—Sopla! Los hombres son cosa que vive, que habla y que anda. Cuando hay 400.000 guardias nacionales en algún país, eso se ve claro y se palpa, aunque no estén reunidos en ninguna parte, como lo habrás visto tú en Buenos Aires y los demás pueblos que hemos tocado para llegar á la gran capital. Se puede decir tengo 400.000 pesos y ser ó no ser creído bajo palabra; pero amenazar con 400.000 soldados distribuidos de á 40 y 50 mil en aldeas que conocemos y que hace poco hemos cruzado juntos. . . eso no tiene ni la seriedad de los ejércitos de las comedias!

—Si Chile se empeña los tendrá. . .

—Imaginario! ó de pura boca como el gobernador de marras. El último gobernador de Mendoza que acompañó el reinado de don Juan Manuel Rosas, fué un hombre honorabilísimo, tanto como empecinado adicto al *Restaurador de las leyes*; y cuando el general Urquiza inició las operaciones que debían destronar al tirano, los sostenedores de éste hablaron de numerosos é imaginarios contingentes de soldados que iban á apuntalarle, remitidos por algunos gobernadores que le quedaban fieles.

El gobernador mendocino era el que más proclamaba y más confianza sugería á Rosas en la soñada movilización auxiliar, y aunque nada tenía para realizarla, aseguraba remitir un número de soldados que no tenía de habitantes la provincia. Era un hombre nervioso y tenaz en sus utopias; robusto y de cara afeitada en la que se extrañaba la falta del bigote, porque el espacio de su ubicación era tan largo de la nariz al labio que parecía no haber hecho S. E. en su vida otra cosa que tocar el clarinete; dominábale la mala costumbre de estar siempre con el dedo pulgar debajo de la barba, y el índice girando interminablemente alrededor de la boca como un satélite. A pesar de las defecciones que iban aumentando entre los gobernadores á medida que el general Urquiza operaba con su ejército libertador, el de Mendoza no cesaba en la evolución del dedo ni en la idea de mandar numerosas fuerzas. Para esto no faltaba nada más que plata, armas y hombres, y llegó hasta solicitar de Rosas mandase un jefe competente para ponerse al frente de estas tres ilusiones. Rosas destacó cerca del gobernador un gaucho comandante muy discreto y suspicaz que llegó matando caballos hasta el despacho de S. E. á quien pegado con el saludo preguntó:

—¿Cuánta gente llevaremos de aquí, su excelencia?

—De aquí... de aquí... contestó el gobernador agitando la carrera del dedo,

—de aquí saldrán... 20.000 hombres.

El gaucho se levantó, y sin despedirse volvió á montar á caballo rezongando:—
¡Ah! hijo de la gran flauta!...

Pocos días después llegaba á presencia de D. Juan Manuel Rosas y le decía:

—Excelentísimo señor: ese gobernador es un zorro y está alzado como otros... Ha tenido la desfachatez de decirme que mandará 20.000 hombres... de pura boca!... No de otra parte, hijita, saldrán tus 200.000.

—Pueden salir de otra parte... replicó María, para no darse por vencida: aseguran en mi tierra que obtendrán la alianza del Brasil...

—Buen presente griego ofrecerían tus paisanos al Brasil!—al Brasil cuyos intereses más valiosos se ligan á la paz permanente, á la amistad sin dobleces de la República Argentina, invitándole á buscar aventuras en las corrientes de un pueblo que especula con la guerra para conciliar su situación interior! Qué ventajas reportaría el Brasil que ha definido su situación social, elevándose á la categoría de una gran república, rica y floreciente en la paz, como la Argentina, echándose á la grupa un aliado guapo, entre cuyas virtudes nó descuella la del agradecimiento; que le traería la enemistad de todos sus buenos vecinos, de sus amigos durables, para corresponderle con el pago proverbial?...

Si no ha sido consecuente con la Argentina á la que debe los grandes beneficios de

su traición histórica; si no fué leal al Perú y Bolivia hermanas en la cuna de la libertad, y hasta la exageración generosas en sus concesiones comerciales, que disfrutó muchos años, y últimamente sus aliadas en la desatinada guerra de 1865 contra España, qué aguinaldo tendrá reservado para al Brasil? No creas, hijita, en las alianzas de guerra que promuevan camarillas imperantes, sin que las consagre el sentimiento popular: sólo se dejan inducir inconscientemente los pueblos hambrientos. . .

No se hacen ya en estas repúblicas artificios de popularidad.

Antes hacían la guerra los gobiernos autocráticos: hoy la hacen los pueblos. . .

—Los pueblos guerreros, agregó María.

—Todos los pueblos libres son guerreros cuando se impone la razón de guerra.

--Pero es una razón fundamental para declararla, la seguridad que un pueblo valiente tenga en su éxito. El éxito es la última razón triunfante.

—Ya tienes, María, mi opinión sobre este punto. En la guerra sólo hay una cosa segura: las calamidades que produce; ése es el éxito general; en cuanto al éxito que ha de favorecer á uno de los contendientes, no pueden preverlo los hombres: sólo Dios sabe.

—Y no creés, maridito, que podrán preverlo un poco los que han sabido conquistarse el renombre de prusianos de América?

—Sería necesario, contestó el sargento dejando retozar bajo el bigote una sonrisa, sería necesario que la analogía fuese más racional. . . Pero ¡qué larga distancia entre los prusianos que vencieron á un gigante en las armas como la Francia, y los vencedores de Bolivia y el Perú, dos cuerpos anémicos que se consumen solos por sus malos gobiernos y su desunión interior! Los triunfos militares valen, querida mía, lo que vale el enemigo vencido. El que acertó la pedrada en el ojo del boticario, no puede pretender analogía con el que dió con su chita en la frente de Goliat. . .

Un incidente muy extraño llamó repentinamente la atención de los esposos y suspendió la conversación estratégica.

Acababan de aparecer en la falda lejana de la sierra de Yayma varias personas que descendían sin rumbo determinado, probablemente extraviadas, y se dispuso proceder en su auxilio sin demora.

CAPÍTULO II

El voluntario de una guerra seria—La carrera de los valientes—El inválido en las compañías del Sud—Las correrías del Ceitauró—A caballo no cojeaba—De Nahuelguapi á Chile—La topografía providencial—Los inquietos—Cuestión social que se desea remediar con estado de guerra—El premio de tierras—Regreso á Neuquen por ferrocarril chileno—El coche de segunda clase—Un caballero ACOMOAO—La geografía de los Tornero—La jovencita huyendo de un Júpiter—Limosna sorprendente—Efectos de un espiche cuyano.

Conviene ahora llevar esta narración por su orden cronológico y tomar con sus antecedentes los personajes que en ella figuran.

Ya se ha dicho que el sargento Claro era un valiente, paralizado en su carrera militar por una metralla.

Declarada la guerra de cuatro años con el Paraguay (1865 á 69), era estudiante aventajado en la carrera del foro y no estaba lejos de coronar sus estudios con un título universitario. Como otros mil jóvenes, compatriotas y extranjeros, dejó los libros en vista de aquella guerra nacional y se presentó soldado voluntario en un regimiento de caballería.

Antes de los dos años de aquella lucha

en que los ejércitos contendientes como en un certamen marcial de los tiempos históricos se sobrepasaban diariamente en actos de indomable heroísmo, Adolfo fué soldado distinguido y subió los cuatros difíciles escalones de la clase de tropa hasta sargento 1º. Habría ido hasta coronel ó general por el mismo camino de Alvarez, Leyría, Ivanousky, Roca, Campos, Levalle, García, Fotheringham, Gil, Belisle y una infinidad, si un día atacando por lujo, á pie y á sable, un reducto, no tropieza con el inconveniente que le destrozó la canilla. Después... la típica historia del soldado caído: sufrimientos, abandono, descuidos de administración...

Cuando pudo efectuarse su regreso á inválidos, las tiranteces económicas de la época, las epidemias que se juntan á la guerra, se habían llevado á sus padres y destruído sus modestos recursos de subsistencia.

Estacionado largo tiempo en el lecho de recomenzada curación y recobrando después fuerzas sobre la muleta, llegó hasta 1879 en que se inició la campaña de Río Negro.

Ante esta nueva perspectiva de operaciones que los militares miraron con gran entusiasmo, el sargento hubo de sufrir la amargura de que se le conceptuase inútil para el servicio de las armas. Mas pudo persuadir á uno de sus antiguos jefes de que en actos de á caballo, manejando lanza ó

sable, no cojeaba, y consiguió hacer la campaña en esa forma, es decir, en forma de centauro.

De Nahuelhuapí quiso pasar al extremo sur de Chile recorriendo el misterioso camino de bosques y lagos, hace dos siglos frecuentados por los santos y audaces misioneros Mascardi, Guillaume y Elguea. En todas sus campañas y correrías habíale guiado siempre la pasión del estudio militar de la topografía: todo país nuevo le atraía como una promesa de felicidad; su cabeza era un mapa complicadísimo, detallado y perfecto de cuanto terreno había recorrido; había adquirido el raro talento de los rastreadores que leen en el suelo y en las ramas de los árboles cuanto ha pasado y sucedido, y así en las operaciones con el regimiento al lado de su jefe, ó actuando con mando de pequeñas partidas, sus indicaciones fueron siempre eficaces y sus golpes de mano certeros y completos. Visitó todo aquel estrecho y largo país, disfrazado en traje civil, bien mirado en su arrogante postura á caballo, ó dando lástima en las poblaciones de descanso donde se arrastraba penosamente sobre la muleta.

Viajando solo con dos caballos, alternados en su larga marcha, se vió muchas veces obligado á solicitar hospitalidad en los *fundos* ó establecimientos rurales siempre poblados por multitud de familias pobrísimas que le acogían con santa voluntad, ofreciéndole los recursos de su miseria. Tuvo cca-

sión de juzgar aquel detalle de un estado social completamente desconocido en nuestro país. Esas familias que forman la absoluta mayoría de aquel país, viven de prestado, bajo el nombre de *inquilinos*, en las quebradas y campos incultos, en donde la simple concesión de alojamiento las obliga á desmontar bosques, cercar y sembrar sin más derecho que una pequeña ración de hambre, sacada de la propia cosecha; en donde la situación las impone el deber de servir gratuitamente *al amo*, dueño del campo, uno de los veinte ó treinta ricos que poseen todo el territorio de aquella república; amo representado comúnmente por un mayordomo, á quien no se apea el tratamiento de *su mercé* y la obligación de descubrirse á su vista, á larga distancia (los que tienen sombrero). Aquellas pobres gentes condenadas al trabajo que les da sólo el pan del día presente, ofrecían cordialmente al sargento su triste hogar, unas proveyendo los recursos de su pobreza y otras aprovechando los víveres del huésped para desayunarse.

Sí: el pueblo pobre de Chile es hospitalario, lo que equivale á decir que á las noventa y nueve centésimas partes de aquella población adorna esa noble virtud... Tal es la porción, víctima del sistema social impío que allí mantienen los llamados en la lengua del país *caballeros acomodados*, dueños de toda la tierra y amos de toda la población. Estos son los que se enfurecen al

saber que en Mendoza y Neuquen hay 40.000 de esos desheredados, trabajando terruño propio ó ganando jornal cinco veces mayor que la tarifa de su tierra. Estos son los que hablan de guerra para aplazar el grito de la miseria que un día ú otro ha de estallar; para hacer más pobres á esos eternos pobres; para hacer todavía carne de cañón de esa carne de feudalismo. Estos fueron los que se alzaron y sacrificaron al ilustre Balmaceda cuando le vieron en el camino de la regeneración social de ese pueblo oprimido por la pobreza extrema y sistemada, único dogal eficaz que los infames explotadores han descubierto para pueblos viriles. Ellos son los que hacen leyes de justicia, en las que con insolente descaro, á la faz de la civilización, prescriben que *la palabra del patrón, á falta de documento escrito, vale en juicio contra el sirviente!* . . .

Por esto es, tal vez, que en las expansiones que ese pueblo tiene por la patria ingrata, mezcla siempre una palabra . . . que aunque no es limpia, (1) acentúa á la vez la energía del sentimiento y del despecho.

Se concibe que un pueblo en tales condiciones se lleve á la guerra que ofrece lucro fácil: la lucha por la vida elude las reflexiones morales . . .

Pero la guerra á la Argentina compromete el estómago y no brinda mejores garantías al pellejo! . . .

(1) Viva Chile! . . . (La palabra de Cambrone.)

En la prolongación de su viaje, siempre al norte, notó el sargento Claro la diferencia de condiciones topográficas que se imponen á los dos países limítrofes en las dos zonas, austral y boreal, que los comprende. Los bosques feraces y abundantemente regados que visten al sur toda la falda andina del lado de Chile, en el norte pasan casi en la misma forma al lado argentino, dejando á Chile el desierto que comienza á dificultar la viabilidad y por último la desnudez árábica que recuerda las estepas por donde se va al sepulcro de Mahoma.

El sargento repasó la cordillera frente á los confines de Bolivia y volvió á recorrer en rumbo opuesto la suaves y preciosas faldas argentinas, desde Jujuy á Mendoza, gozoso de haber conocido y traqueado los dos lados del coloso divisorio, admirando la virtud estratégica uniforme que él descubre ante el ojo de un soldado.

La cordillera de los Andes no puede ser jamás un obstáculo para todo tráfico de paz, pero es una amenaza terrible contra las especulaciones de guerra entre los dos países que divide, y lo es aún mucho más terrible y aplastador contra aquel de los dos que más propensiones tiene á las aventuras bélicas. Estudien el punto los militares prusianos, maestros importados de la ciencia del gran Federico. . . Si tienen ojos verán!

También fué motivo de satisfacción para nuestro héroe criollo haber repatriado los

dos queridos parejeros, sus conductores en tan largo viaje. Dos cosas esenciales habían éstos conservado intactas: la voluntad y los huesos: sólo les faltaba la carne...

En Buenos Aires obtuvo el premio de tierras concedido por las campañas de Río Negro y los Andes, y acogido además á la ley llamada del Hogar, reunió una suerte predial de mil hectáreas ubicadas en el lugar donde le hemos encontrado ya instalado y con familia.

Hemos de seguirle siempre en los interesantes episodios que hasta ahí le condujeron.

Resolvió instalarse en su campo, prefiriendo el trabajo aislado y tranquilo en su terruño, á la existencia precaria, sin parientes ni horizontes que creía ver en la capital.

El 1º de enero de 1887 tenía en su mano toda la documentación de propietario y un buen ajuste de premios y sueldos atrasados que le hizo el ministerio de la guerra, lo que le puso en condiciones de partir, bien preparado, y de proceder con cierto desahogo.

Hallándose su terreno situado en parte tan austral del territorio de Neuquen según ya se ha indicado, conveníale trasladarse por Chile, usando allí la vía férrea que va al sur, la que le dejaría á cuatro días de sus posesiones, repasando la cordillera por el camino de Lonquimay.

Tomó, pues, sin vacilar el camino de Men-

doza en cuya provincia le esperaban los parejeros ya respuestos de su flacura, y en los mismos se trasladó á Chile.

El 12 de febrero se hallaba en la primera estación del Ferrocarril Chileno, que parte del pueblo de A... y tomaba inmediatamente pasajes para sí y sus dos caballos.

En Chile se ha tenido el buen tino de establecer tarifas muy bajas para transportar en los trenes de pasajeros, caballos ensillados, que cualquiera puede llevar para continuar viaje desde la estación donde deja la vía férrea, cosa que el sargento encontró muy cómoda y económica.

Pocos momentos después de su llegada al pueblo de A... estaba modestamente acomodado con su muleta y montura en un coche de segunda clase. Los parejeros relinchaban en el carro-jaula prendido á la trasera del convoy y sólo faltaban 15 minutos para la señal de marcha.

Un singular episodio tuvo lugar en aquel corto espacio de tiempo, y no debo omitirlo porque fué el principio de una modificación inesperada y fundamental en la vida del sargento).

Habían entrado en el coche varias personas de clase obrera, y continuaban subiendo muchas otras con ese apresuramiento anheloso y desordenado de las pobres gentes que no saben el momento preciso de la salida. Mujeres con niños de pecho ó perros falderos, se embarcaban, complicadas de mil trebejos que abrazaban ó arrastra-

ban, buscando sitio de colocación; campesinos de sombrero inmenso y de grandes espuelas puestas; matrimonios con criaturas de todos tamaños; un lego limosnero que se abría pasaje con la efigie florida de un santo de lata que los hombres saludaban descubriéndose y las mujeres se apresuraban á besar. En un instante se habían llenado casi todos los asientos: el sargento ocupaba el primer rincón de entrada á la izquierda y sólo quedaban cuatro puestos vacíos á su inmediato costado. Una anciana corpulenta que soplabá por el calor y la agitación entró seguida de dos hijas de igual abundancia de dimensiones: las tres llenaron los cuatro claros sin suspender un coloquio muy animado que traían en voz alta. Después de sentarse dirigían miradas de enojo hacia el andén de la estación por la ventana que estaba al lado del sargento.

—Qué caballero tan *descarao!* decía la vieja.

—Como es *acomodo* hará lo que quiera, agregaba furiosa una de las hijas.

—La pobre criatura... es pobre al fin! ¿Cómo le va á resistir?...

—Mas, qué geniecito tiene!... No es fácil que se la lleve...

—Pero algo va á suceder...

De repente entraron, muy agitadas, una en pos de otra, dos personas más. La que llegó delante era una preciosa joven de 15 á 16 años, muy pobremente vestida, pero de aspecto altivo y resuelto, aunque de es-

tatura diminuta: parecía huir de la segunda que la susurraba palabras sin contestación; dirigió una rápida mirada á todos los puntos del coche y no viendo lugar vacante hizo un gesto de dolor desesperado.

—Aquí! dijo una voz á su lado, y volviendo la faz cambiada en una expresión de alegría vió que el sargento se estrechaba en su rincón recogiendo la muleta, y las mujeres gordas hacían otro tanto al lado opuesto dejándola un espacio que ocupó sin trepidar.

—Siento molestar . . . estoy muy bien, dijo con una entonación suave y simpática lanzando á sus dos costados una encantadora mirada de gratitud. En seguida rehizo su aire altivo, miró en desafío á la persona que la había seguido y significóle con la elocuencia de su actitud algo que podía traducirse así: — Pruebe V. ahora sacarme de aquí! . . .

El individuo á quien se dirigió estaba en pie delante de ella. No venía éste por cierto á tomar asiento en el coche de segunda. Por su traje parecía un caballero principal; algo retaco y gordo; de edad avanzada; se le adivinaba la calvicie debajo del sombrero y la intemperancia en su nariz granujeadá y encendida, corta y gorda, haciendo terno con los mofletes de la misma forma y color que daban el aspecto de una cara con tres narices. Caballero muy rico debía ser; andábalo proclamando delante de él un abultado abdomen cubierto por

gran chaleco de terciopelo que bandeaba una gruesa cadena de oro con más colgajos de sellos y emblecos que una muestra de joyería. Mostrábase indeciso entre hablar ó no hablar á la jovencita, mientras ésta se repantigaba en su sitio afrontándole con audacia.

Entre las gordas hubo un cuchicheo:

—Quién es al fin éste... mamá?

—Es don Mercurio Santo Recáreo...

La gente media de aquella tierra no siempre acierta en los nombres propios. El personaje en cuestión se decía ser agente ó dueño del diario é imprenta del «Mercurio» de Santos Recaredo Tornero, españoles renegados de su país en la guerra de 1865, enemigos acérrimos de la Argentina y conocidos en todo Chile, porque repetían hacia muchos años un texto de geografía adoptado para las escuelas, donde se afirma que el límite de Chile con la Argentina en el Sur es el río Neuquen y Negro y costa del Atlántico hasta el Cabo de Hornos; denominándose todo el territorio comprendido Chile Oriental!... Enseñanza popular, como la estadística que allí se hace, no para el país, sino para el extranjero.

Sobrevino una escena bizarra.

Aprovechando la detención del caballero, el lego saltó de su asiento y vino á presentarle el santo de lata con la alcancía, á la vez que le imploraba en tono rezado:

—Para los pobres del Hospital Viejo: un cobrecito caballero! Dios se lo ha de

volver con las bendiciones de esos infelices! . . .

En el mismo instante que esto hacía el lego, el caballero se inclinaba al oído de la joven en cuyas manos ponía un billete de 50 pesos y le decía:

—Toma María, no te vayas! . . .

La muchacha arrojó indignada el billete y contestó en voz alta:

—No recibo limosna de nadie: soy honrada y sé trabajar. Déjeme en paz, señor! . . .

Todos los circunstantes miraron á este lado, sin atinar al primer momento á la razón de lo que pasaba entre el rico que se empeñaba en dar limosna á una pobrecilla, ésta que la rechazaba y el lego que metía la alcancía por los ojos solicitando un cobre para su hospital, sin que le hicieran caso.

El rico se sintió algo cortado, mas pronto se repuso viendo que se hallaba entre gente tan inferior. . . Oh! allí los pobres son muy inferiores!

—María! . . . insistió, haciendo sonajera en sus colgajos de oro, --es por tu bien. . . Baja siquiera un momento. . . todavía hay tiempo. . . Quiero hablarte. . . te conviene. . . Y como había recogido el billete del suelo, llevólo al bolsillo, y sacando más dinero, le cambió por otro de cien pesos que volvió á echar sobre las manos de la joven, agregando:—Mira, esto es para ti.

El lego y los demás abrieron desmesurados ojos esperando con ansiedad la respuesta que daría la niña.

El sargento conmovido en todo su vigoroso sistema, se encontraba fuertemente impulsado á decir ó hacer algo. Por hacer algo llevó nerviosamente la mano á su tirador, y por no sacar el revolver, sacó una moneda de plata que soltó por la pequeña abertura de la alcancía. La joven había asumido un aire distraído mientras la hablaba el caballero Mercurio; mas al sentir el ruido de la moneda volvió sus ojos al sargento y en seguida al billete que tenía en las faldas; tomó éste último, le plegó rápidamente en pequeños dobleces y le deslizó en la alcancía, como si sólo hubiese querido imitar la acción de su vecino.

El lego hizo un largo suspiro de gozo santiguándose con el aparato que encerraba la bonita suma, y todos los pobres pasajeros del coche le acompañaron con exclamaciones entusiastas.

—Dios se lo pague, niña! exclamó, doblando casi la rodilla delante de la joven.— Dios la lleve al cielo!—y la llevarán, sí, las oraciones de nuestros pobres del hospital!

Y como se retiraba en seguida á su asiento, el rico salió de la confusión y sorpresa en que había caído y le gritó estentóreamente: Eh! amigo!—Eso no es suyo!... A ver!...

Una risotada general conmovió hasta los ejes del carro.

—Ya lo sé, señor, que no es mío: es de los pobres, contestó alegremente el lego, es-

trechando en su pecho el santo y la alcancía.

—Qué demonios!—traiga V., vociferó el barrigón, avanzando y esforzándose en quitar al limosnero la alcancía.

—Ah! exclamaba éste resistiendo con energía y superiores puños,—la pretende V. ahora con ganancias!--A más de esa preciosa limosna hay otras dentro.—Quiere V. robarme!—agregaba ya furioso.

—Yo quiero miscien pesos!

—Yo no puedo sacarlos, gritaba el lego. Sólo el Guardián tiene las llaves de la alcancía. Y en caso de sacarlos para devolución, no son de V. serán de esa virtuosa niña á quien V. los dió públicamente.

El caballero *acomodó* cambió repentinamente de táctica, y con el mismo apresuramiento que había subido detrás de la joven, bajó del tren.

El carro de segunda se convirtió en una verdadera jaula de locos. Todos voceaban á la vez, los hombres, las mujeres, los niños y hasta dos cotorras que habían entrado ocultas en un canasto. Unos explicaban á gritos el suceso como si nadie lo hubiese presenciado; otros moralizaban á su modo; otros soltaban contra el rico unos ternos que no había para qué preguntar el oficio de los oradores; otros se desternillaban á carcajadas; el lego subido sobre su banco repartía *benedicites* con el santo y hacía espiches que la concurrencia aplaudía sin oírle.

De repente quedó todo en silencio. Ha-

bía aparecido en la puerta del coche un agente de policía, y detrás otra vez el *rico*.

Acababa éste de acusar á la joven de haberle robado cien pesos en combinación con el lego y pedía la detención de ambos.

Es lo que en aquella tierra se llama *acriminar*: un derecho positivo y muy usado de los patrones sobre los sirvientes. Es el golpe terrible que temen los pobres, más que á un ataque fulminante de cólera; de éste podría conseguirse salvación, del otro no hay esperanza. No hay quien acepte la igualdad legal del roto al rico. *El Redentor* que allí quiso armonizar los derechos de pobres y ricos ante la ley, no murió bajo el poder de Poncio Pilatos, sosteniendo la fe de la idea: murió suicida, es decir, desesperado! . . .

Al saber la pobre muchacha que era así acriminada por el que desgraciadamente había sido su patrón (que es quien puede), perdió un instante su energía y rompió á llorar sin consuelo.

El sargento vió entonces que todos callaban temerosos; que ninguno se atrevía á desmentir la acusación del rico. Vió que á la infamia de la calumnia se agregaba todavía el desamparo, casi el consentimiento. Había sin duda en los corazones el deseo vehementísimo de desenmascarar al calumniador y de salvar á la joven; pero permanecían suspensos y silenciosos los que momentos antes eran mas expansivos. Sabían que una palabra, una contradicción que desagradase

al *rico*, les haría por lo menos perder el viaje. . . El rico estaba allí con el gendarme á sus órdenes; no tenía más que hablar para perjudicarlos. . .

El sargento no pudo resistir más tiempo. Esto es inaudito, se dijo entre sí. Pero es imposible que el hábito de la humillación desnaturalice á estas gentes al extremo de consentir tanta infamia. Requirió su muleta y se puso de pié.

—Compañeros, dijo dirigiéndose al mayor grupo de pasajeros hombres que se mantenían de pie para espiar mejor lo que sucediese—Soy un desconocido para Vds., no negaré que soy un viejo soldado argentino; tengo como Vds. un corazón y no dudo que en este momento todos pensamos igual. Yo digo que no es de hombres permitir que se cometa la iniquidad intentada contra esta pobre niña que no conozco. Si esto se hubiera visto en mi tierra, ya estaría ese rico con la panza al sol. No digo que esto sea bueno; pero los hombres libres no pueden librarse de ser bárbaros alguna vez. El mismo Jesucristo agarró á palos á unos cuantos bribones dentro de una iglesia. Yo no propongo ninguna barbaridad, sino un acto de justicia que nos ha de gustar á todos. Algun día ha de hacer el hombre una cosa que le dé satisfacción en el alma para toda su vida. Lo que propongo es: que si obligan á bajar á esta pobre criatura para sacrificarla, sin que tenga quien diga á su favor lo que todos nosotros hemos presen-

ciado, nos quedemos también algunos con ella para seguirla hasta donde está. el juez y declarar toda la verdad que acredita que es una niña virtuosa y que ese barrigudo es un seductor y calumniador. Si hay aquí justicia, tomadas en cuentas nuestras declaraciones, el miserable estará mañana en la cárcel y pagará los perjuicios que cause. Yo ofrezco entretanto pagar la fonda de los que queden conmigo hasta que nos oiga el juez.

Estas palabras hicieron el efecto sospechado por el sargento. Seis pasajeros de los más aviados encabezados por el de gran sombrero y espuelas se adelantaron hasta donde él estaba. El de las espuelas le encaró, diciendo:

—Compañero: entre los dos pagaremos la fonda.

—Nosotras también nos quedamos, dijeron las tres mujeres gordas y hablarán las piedras!...

Se habían galvanizado. Esto es lo que ha de suceder un día en todo el país... El día de crujir de dientes!... El día que tratan de alejar los que siembran enseñanzas absurdas y odios contra los vecinos para mantener antagonismos, para hacer olvidar el hambre y el dogal en casa. La paz y armonía con todo lo que progresa alrededor, obliga á la asimilación de las instituciones libres y del estado social de los habitantes.

La guerra es la antigua y moderna treta de los esclavizadores de pueblos...

El lego repartió compungidos abrazos de despedida, creyendo que le obligarían á quedarse.

En ese instante sonó la campana que anunciaba los últimos dos minutos de espera. El gendarme iba á proceder al desembarque de los detenidos; mas el rico de las tres narices le tiró de la blusa diciéndole:

—Déjelo, déjelo! . . . Dios me libre de ese *cuyano* que se ha metido. . . no quiero verle más! y se retiró seguido del policial.

El sargento que le habia oído, esperó que reapareciera en el andén, y al tenerlo bajo su ventana le contestó:

—Dios quiera que el veneno de las narices te llegue pronto al tobillo.

—Cuyano insolente!

—Que el mercurio te sea leve! . . .

Un silbido de la locomotora, y el tren se puso en marcha.

En el coche de segunda clase se restableció la bullanguería anterior. Sólo el sargento y la niña de su lado permanecieron en silencio, tal vez bajo la preocupación de sus respectivas reflexiones sobre lo que acababa de pasar. Ella, sin embargo, le miraba furtivamente y con frecuencia; sucediendo no pocas veces que al levantar sus lindos ojos impregnados de gratitud encontraba la mirada circunspecta del militar y volvía á bajarlos con cierta turbación. Luego se cruzaron entre ellos algunas palabras indiferentes.

La joven dijo que la colocación de os

cien pesos había sido una pura distracción. Tenía el firme propósito de arrojar á la cara *del hombre* su billete; pero cuando vió que *su vecino* echaba una moneda en la alcancía repitió maquinalmente la operación por imitarle. . .

No le pesaba. . .

CAPÍTULO III

En marcha—El valle entre cordilleras—Principios de un idilio—La cuesta de Chacabuco—Fallos severos del sargento Claro—Odia usted a Chile?—Limosna de príncipe, de manos de la última miseria—La bendición del lego Batalla de Maipú—Solemne consagración de fraternidad—Cain, qué has hecho de tu hermano?....

El tren corría rápido al sur.

El campo se abre sólo en ese sentido longitudinal que recorre la vía férrea sin dejar de cortar ó dominar algunas ondulaciones, los horizontes laterales, siempre limitados en un festón de serranías que estorba la larga vista. Al oriente la gran cordillera andina, la elevada cadena de formación terciaria, blanda como bondadosa interposición entre dos pueblos, presenta el más lejano fondo, ceniciento azulado que sigue inacabable detrás del paisaje fugitivo; al occidente las fracciones de cordillera granítica que atajan el mar, unas sobre la costa arrojando sus embates, otras más distanciadas del inmenso océano que lleva nombre irónico. A uno y otro lado, inmediato, las poblaciones, los cultivos y las arboledas sobre todos los niveles, sobre to-

dos los movimientos del terreno; rancherías con sus humaredas y sembrados, con sus cuadrículas de cercos y surcos, sobre planos casi verticales que parecen estampas y mapas colgados; todo pasaba con el humo de la locomotora como si flotase en una nube arrastrada por un huracán.

El sargento y la jovencita miraban silenciosos por la misma ventana.

Ella volvió á iniciar la conversación desde mucho rato suspendida. Entornó los ojos y dijo con timidez:

—Usted es argentino, ¿pues? . . .

—Sí: ¿y V. se llama María?

—Sí.

—Es un nombre que agrada oír.

Ella se puso muy colorada. Sería tal vez porque había estado llorando y acababa de enjugarse las lágrimas con su rebozo burdo...

Y el tren iba acelerando la marcha. Pasaban más ligeras las rancherías, las arboledas y los sembrados. Sólo el alto muro azulado de la cordillera del oriente demoraba tranquilo, modificando apenas sus detalles esfumados. Ya era un pico que se elevaba majestuoso alcanzando una diadema de nieve que nunca pierde, ya alguna depresión ó portezuela correspondiente á una profunda quebrada que se interna sombría en las entrañas de la sierra.

La niña volvió á interrogar:

—Detrás de aquellas sierras está su país?

—Detrás de aquellas sierras.

—Cómo se puede pasar!... Tan alto!... tanta nieve!...

—Los caminos llevan poco á poco... por entre las quebradas como aquella que V. ve... se sube gradualmente... se sigue las costas de los arroyos que bajan caprichosos haciendo cascadas entre las piedras, entre yerbas y flores... se sube algo... sin mucha fatiga: la vista goza en la variedad de aquel suelo trastornado; el corazón se ensancha en aquellos aires de las alturas... Luego se está arriba... y los altos picos nevados han quedado á un lado ó á otro...

—Qué hermoso será todo eso!...

En aquel momento el tren entraba por una quebrada estrecha, cortada sobre la vía, y subía jadeante el cordón de serranía que atravesaba de oriente á occidente. Era la cuesta de Chacabuco.

El sargento se puso á reflexionar en voz alta impresionado por la vista del panorama que se le presentaba y la coincidencia de la fecha del día, aniversario de los sucesos grandiosos que allí se desarrollaron hacía 70 años. Tenía estudiado cuidadosamente aquel campo glorioso en la historia argentina, identificando los lugares con las relaciones escritas y las referencias de viejos testigos que no han desaparecido.

María deseaba oír á su compañero de ventana la narración de los acontecimientos que con tanto entusiasmo evocaba y pidió-selo con irresistible gracia.

Hízolo el sargento detalladamente y con

toda la seriedad de sus juicios militares, sin tener en cuenta el discernimiento limitado que debía suponer en su interlocutora.

—Aquí fué, comenzó diciendo, el 12 de febrero de 1817 la gran batalla de Chacabuco que afianzó la independencia argentina y dió libertad á Chile, desbaratando el mismo día el gobierno de sus opresores extranjeros. Allí bajan los dos caminos por donde descendieron simultáneamente las columnas del ejército argentino hasta el valle que dominaba el bravo español. Por el de la derecha avanzaron los batallones 1º y 11 mandados por Alvarado y Las Heras á las órdenes de Soler, la escolta de San Martín y parte de los célebres granaderos capitaneados por Martínez, Mansilla, Necochea y Escalada. Por el de la izquierda bajó el grueso de los granaderos con Melián y Medina, mandados por Zapiola, y los batallones 7 y 8 á órdenes de Conde y Gramer, ambos á las del brigadier chileno O'Higgins. Los patriotas llenaron sus deberes marcialles, obedeciendo rigurosamente las órdenes del invicto general en jefe San Martín y se sobrepusieron con denuedo al enemigo en todos los encuentros. La victoria fué completa, pero hubo una mancha negra: así debe calificarse la desobediencia del brigadier chileno O'Higgins que costó el sacrificio inútil de centenares de argentinos y comprometió el éxito general de la batalla. Allí se ve el bajo donde precipitó los dos batallones de su mando con infracción expresa de las órdenes anti-

cipadas del general en jefe, procediendo así por insano sentimiento de antagonismo contra el virtuoso y denodado Soler.

Esta nota discordante de Chacabuco debe pasar bien entintada á la historia para enseñanza de militares. Porque esa gran batalla es precisamente la que merece los honores especiales de una combinación estratégica de alto aliento, precedida con mucho tiempo de larga serie de operaciones concurrentes, realizadas con estricta puntualidad sobre la previsión de los sucesos en días y aun en horas anunciados, y coronada en seguida sobre el terreno como cumplimiento de un fallo profético. Qué resultados daría la ciencia militar de un general que tuviese entre sus elementos de ejecución un jefe indisciplinado que tuerce sus disposiciones? Debe encarnarse en el corazón de los militares la reprobación eterna de aquel acto de vanidad y malevolencia que desacata el sagrado de la disciplina y hace posible el fracaso de tan admirables combinaciones, la ruina de la causa continental comprometida en Chacabuco.

En efecto, el general San Martín, con su esclarecida preparación de soldado, con su gran talento estratégico y con su noble é inacabable energía, había podido concebir aquellas combinaciones y formar aquel ejército en condiciones de operar como una maquinaria obediente á su voluntad; no diferenciándose el mecanismo sino en que sus brazos eran de héroes. La verdad es que tan

sólo un elemento advenedizo pudo atreverse á discrepar en aquella armonía. . .

El brigadier O'Higgins, tratando de sincerarse ante los que le atacaban por su temeraria desobediencia, escribía: «que los que así le acusaban eran incapaces de juzgar de los sentimientos que le impulsaron... los juramentos de venganza que había hecho en el desastre de Rancagua (ocasionado por la omisión desleal de Carreras) los clamores y ruegos que había dirigido diariamente al cielo desde aquel día aciago» . . . De manera que el día de Chacabuco, la batalla en que se libraba la suerte del ejército argentino, el porvenir del generoso pueblo que mandaba sus armas en auxilio de los descalabrados de Rancagua y le daba un puesto en sus filas, era la oportunidad que había elegido para cometer locuras, poniendo en peligro de desbaratarse cuanto hasta allí se había hecho, sin su intervención! . . .

Quiso O'Higgins en Chacabuco hacer ostentación de valiente, lo que entre valientes observadores de la severa disciplina, no era una virtud envidiable, ni tampoco uno solo de los jefes de San Martín se hubiese halagado de los elogios bondadosos que éste hizo á aquél en el parte general, por actos que envolvían un crimen militar.

La victoria de Chacabuco pudo tener de más admirable el ahorro de mucha sangre argentina y la rendición del enemigo en masa. La operación envolvente que el general San Martín había realizado y cuyas

últimas espirales de hierro vino á estrechar en el campo de la acción, no dejaban al enemigo, siendo tan bravo como era, otro recurso que aquél, ó la resistencia de todo punto desesperada. Esto lo comprendió pronto el general español; por cuya causa empezó á efectuar movimientos de retirada en ciertas partes de su línea, buscando, sin duda, centro de operaciones libre de aquel encierro fatal.

Sobre uno de aquellos movimientos inútiles del enemigo fué el avance inútil del brigadier O'Higgins, llevado contra expresa y pública orden de San Martín, y que sirvió para proporcionarle al enemigo la oportunidad de demostrar con mucha ventaja, como lo hizo, que si se retiraba no era sino buscando mejor sitio de combate. Dicha demostración desmoralizó al brigadier y le hizo retroceder desastrosamente. (Los valientes indisciplinados huyen con la misma facilidad que atropellan.) El contraste, repito, pudo ser de grave transcendencia á no acudir inmediatamente el mismo San Martín con la carga flanqueadora de Soler que paralizó al enemigo, dando tiempo á que se recompusiesen los cuerpos descalabrados por el guapo brigadier.

Es uno de los casos, muy lastimoso por cierto, pero muy caracterizado por las ordenanzas, en el que éstas mandan y las víctimas claman, que el jefe desobediente sea fusilado sobre el campo de la victoria.

El General San Martín fué magnánimo:

no mencionó oficialmente la falta, y antes, por el contrario, lanzó palabras de elogio al coraje de O'Higgins.... Pero todo el ejército sabe, y la historia lo ha consagrado, que aquello fué magnanimidad y no justicia.

El Sargento había terminado su peroración tan recargada de juicios absolutos como un texto de la ordenanza, y se había quedado contemplando los lugares históricos que pasaban; las casas de la hacienda de Chacabuco donde se efectuó la rendición del ejército de Maroto y las lomadas que siguió la dispersión y el combate en detalle donde los granaderos hicieron prodigios de fortaleza con sus sables.

La jovencita por su parte sólo miraba con cierto arrobamiento el semblante animado de su protector, y fué otra vez ella la primera en iniciar el diálogo con una observación tan inocente como ingenua:

—Usted parece malo... y no es...

—He estado hablando como soldado sin recordar que molestaba á V...

—No; yo no me he molestado; sólo he tenido una impresión de terror al verle hablar tan enojado... ¿Odia V. á Chile?

Oh no, nunca! Sería insensato aborrecer pueblos. Odio á los tiranos antiguos y modernos de Chile. Odio á todos los que creen que la mejor posición de empleo ó de fortuna da derecho á abusar de los inferiores. Ese brigadier sacrifica á un capricho personal centenares de vidas de argentinos que estaban á sus órdenes y pone en peligro la

suerte de medio continente. El miserable que ha querido violentar á V. hace pocos momentos, no es solo: es una raza, por desgracia, dominante aquí, que viene conservando hasta hoy el antiguo sistema de coloniaje que la madre patria implantó para el tratamiento de los indios.

Si V., pobre niña, hubiese bajado hoy del tren, hubiese ido irremisiblemente á la cárcel condenada como ladrona, sin esperanzas de libertad ni de vindicación, porque la palabra de un rico aquí hace fe aunque calumnie. En mi país no existe ese privilegio feudal.

—Usted me ha salvado...

—Ya es un progreso que ese caballero haya dudado de su éxito, al ver que unos cuantos pobres íbamos á declarar ante el juez. ¿No tenía V. parientes en el pueblo?

—Ninguno: soy huérfana, me han criado en la familia de ese señor...

—Pero ellos le habrán dado algún indicio de su origen...

—La esposa de ese señor... me enseñó un retrato fotográfico de mi madre, muerta, según decía, en el hospital de Chillán, donde suponía que yo tendría parientes... Se negaba siempre á darme esa prenda tan querida para mí!...

—Y cómo ha podido desprenderse de esa casa?

—La señora me ofreció el retrato y el pasaje del tren para que me escapase... Tenía celos del caballero...

—Pobre chica! pensó el sargento, y luego dijo:—Se han librado de V. como de un bulto que estorba, sin asegurar siquiera por algunos días su sustento?

—Es verdad, dijo la niña, bajando los ojos con tristeza.

Transcurrió un instante de silencio en que sólo persistían los estremecimientos del tren en marcha, el pasaje de los ranchos y sembrados en los valles y colinas y el festón lejano de la cordillera nevada.

—María, dijo de repente el sargento, quiere hacerme V. un favor?

—Con mucho gusto, dijo la jovencita muy turbada: cuál será?...

—Que me diga cuáles son sus propósitos ó esperanzas en este viaje y que me acepte algún auxilio que creo necesitará antes de realizarlos.

—Voy á Chillán, respondió María con mucha incertidumbre, doade dicen que tengo parientes... Yo no les conozco... Pero buscaré una casa decente para servir siquiera sea gratuitamente... Sé hacer de todo... Mientras tanto averiguaré... Dios me ayudará... Así... nada necesito; doy á V. las gracias.

—Caramba! Ese porvenir es muy incierto. Sabe V. cuántos sufrimientos y peligros tendrá que arrostrar?

—Mi madre rogará por mí en el cielo.

La conversación fué interrumpida por un largo y atronador silbido. El tren entraba en una estación grande y suntuosa: habían

llegado á Santiago. El lego con su alcancía y su santo se aproximaba á la niña muy apurado, diciendo que allí era el término de su viaje; que allí estaba su convento y su hospital, y corría á entregar al guardián la espléndida limosna recibida «de esas puras manos» (que se empeñaba en besar), quería bendecir á la pobrecita y virtuosa niña, á nombre de la Comunidad y de los pobres que iban á socorrerse. Esto lo decía á gritos. En el coche de segunda se levantó un nuevo coro de alabanzas que confirmaban las peroraciones del lego, á quien la muchacha toda confusa abandonó su mano, á la vez que lloraba de sorpresa y de placer.

Cuando el lego hubo descendido al andén de la estación volvió á detenerse frente á la ventana donde asomaban María y el sargento. Había en su cara una expresión de enternecimiento.

—Que sean todos dichosos, dijo, haciendo una cruz con el santo; y como obedeciendo á una repentina inspiración agregó: —Niña: pido á Dios que antes de dejar el tren le dé la mayor felicidad que apetezca, y que ese valiente cuyano se vea siempre premiado por su noble corazón.

—Lindo! Lindo! vociferaron todos los pobres del carro.

El tren había vuelto á ponerse en movimiento. En la estación quedaba el lego rodeado de muchas personas, en medio de las cuales hablaba, gesticulaba y accionaba como un loco.

A unos veinte kilómetros de carrera al sur, se ofreció á la vista del sargento otro campo célebre en la historia de estas dos naciones vecinas. El cañadón y las dos mesetas donde fué la gloriosa jornada de Maypú.

Reorganización increíble en 15 días del ejército derrotado en Cancha Rayada.

Avance atrevido bajo los fuegos del enemigo para arrebatarse la victoria en medio de la convicción de su superioridad.

Se destacan allá las dos extensas plataformas de figura triangular que se presentan recíprocamente un lado oblicuo, separadas por un valle hondo, ancho al norte y angosto al sud, las que fueron ocupadas por los dos ejércitos contendientes.

En la de oriente extendió su línea el general San Martín; en la de occidente se hallaba el ejército español.

El cañadón intermedio era el único camino para encontrarse; pero estaba dominado por el fuego de los dos ejércitos; es un cauce fatídico que transportaría sangre del primero que atacase. El ilustre historiador general Mitre dice que los dos valientes ejércitos se contemplaron allí unos instantes, al parecer indecisos..

San Martín estaba en el centro de su línea, detrás de los artilleros. Necesitaba conocer un detalle oculto del campamento enemigo el lugar donde tenía los cañones. Para averiguarlo, mandó hacer fuego á sus inmediatos artilleros, y una bala rasa

fué como mal augurio á destrozar el caballo del general en jefe español cuyos cañones contestaron rabiosos. Había logrado su objeto el héroe de San Lorenzo.

Entonces fué que desplegó el audaz plan de combate digno de él y de los soldados que mandaba: levantó la señal de avance general. Adelante todos al cañadón de la muerte!

Los batallones se descolgaron como un torrente hinchado que rompe su valla y marcharon impertérritos sobre la línea encumbrada del enemigo, cuyos fuegos se abrieron nutridos y certeros en la totalidad de su frente.

Parecía imposible que aquellos soldados materialmente atajados por una barrera de plomo, llegasen al choque definitivo. Los cuerpos clareaban y recomponían su formación en fuerza de llenar las filas que arrasaba la metralla. La artillería tronaba simultáneamente en las dos líneas de barrancos. La enemiga bajaba sus punterías directas sobre el cañadón haciendo verdadera carnicería; la nuestra cruzaba sus proyectiles por elevación y acribillaba el campo contrario. Al fin empezaron las colisiones de masas con el éxito variado de los guerreros indomables, los unos militares laureados en el hemisferio de los reyes, los otros soldados improvisados en el campo de los libres.

Las Heras con su infantería se acerca por la derecha á las posiciones españolas y

lanza á Zapiola con la caballería que rebalsa ese costado. Los realistas vienen á su encuentro y hacen estragos. Los granaderos con Escalada y Medina cargan y arrojan á la caballería, pero se ven detenidos y diezmados por fuego de fusileros; protége-los Blanco Encalada con sus cañones desde la barranca; acude Zapiola con sus escuadrones de reserva y se restablece momentáneamente el avance. Por la izquierda sube Alvarado y se ve forzado á descender con grandes pérdidas. Dos batallones se dispersan y tornan á rehacerse; Alvarado vuelve á la carga con un batallón y de nuevo fracasa, siendo un tanto detenidas las fuerzas superiores que le persiguen, por los cañones de nuestra barranca izquierda, al mando de Borgoño.

Fluctúa así la suerte general de la jornada inclinándose á favor de los realistas. Mas para ese caso previsto, había mantenido el general San Martín sobre la primera posición un cuerpo de reserva al mando de Quintana. El general toca este resorte en el preciso momento y de repente se agitan las ondas sonoras de los clarines de la reserva anunciando la victoria.

A este auxilio expresamente preparado para las contingencias posibles de un avance tan peligroso, las armas de la patria recobran en toda la línea su acción dominante y arrebatan al denodado león ibero la palma entera del triunfo.

Los valientes generales enemigos Ordóñez,

Primo de Rivera y otros rinden sus espadas en las casas de Espejo, y el general vencedor que las toma, les devuelve un abrazo de felicitación por su bravura militar.

La victoria de Maypú, por sus antecedentes, por sus elementos personales de acción, sus resultados inmediatos y sus consecuencias, fué más que todo un vínculo de fraternidad, que jamás ligó más estrechamente á otros pueblos. Aunque se desobligase la gratitud de Chile de la empresa argentina coronada en Chacabuco, so pretexto del móvil estratégico de utilidad argentina que encaminó nuestras armas á los Andes, el hecho de unirse las dos banderas y los dos ejércitos en Maypú, ante una situación de angustia suprema y común, de ser compañeros de heroísmo y de fracaso en Cancha Rayada; de reunirse en la fe y en los esfuerzos; de realizar juntos el prodigio de reconstruir ejército en breves días, correr en pos de la revancha al mismo grito de aliento y de esperanza; unirse en el denuedo y en el sacrificio y obtener la más completa y concluyente victoria, valen tales antecedentes como si todos hubieran nacido de la misma madre. No hay hombre que no abrigue amor entrañable por el compañero de infortunio, de lucha y de salvación: sacrilego se hubiese llamado al hombre que osase decir que esos pueblos no tenían el deber de amarse y respetarse mientras vivan.

Y entre tanto, ahí está la increíble rea-

lidad que viene chocándonos desde la misma época histórica. El jefe argentino que había prestado su talento y su sangre para dirigir y resolver tan difíciles situaciones; que había rehusado ejercer todo mando ó influencia política en Chile, y ese ejército argentino que nada exigió jamás sino su parte en el sacrificio, comenzaron á experimentar muy luego la hostilidad y el odio de las clases dominantes, que ya entonces, como ahora, se proponían impedir toda buena inteligencia entre los dos pueblos, porque ella debía nivelarlos socialmente, despojando al feudalismo de la herencia colonial que hasta hoy ha conservado. Sin el odio que han soplado incansablemente, no habría durado ese fenómeno social que en la América libre ha reproducido á la China: un pueblo dividido en dos clases extremas: la rica, la privilegiada, y la pobre sin pan ni hogar, ni garantías, en la vecindad de un pueblo verdaderamente libre y opulento que abre los brazos á su hermano de cuna, de glorias, de religión, de lengua y de porvenir. Ese odio inculcado ha erizado la barrera limitrofe y contribuido á mantener el aislamiento que la montaña por sí sola no podía causar. Eso les ha valido para multiplicar masas de proletarios, explotar gratuitamente sus brazos en los inquilinajes y mantener tarifa de jornaleros que sólo tienen parecido en el imperio chino.

Pero el siglo avanza y la medida rebosa:

el feudalismo pulsa ahora su recurso extremo; la propaganda de guerra, el sistema muy antiguo y conocido de inventar actitudes agresivas contra los de afuera á fin de prolongar la esclavitud de los de adentro. . .

Durante el largo espacio de viaje en que el sargento había ido preocupado con estos recuerdos militares y las vehementes reflexiones que ellos le surgirían, debido al estado de exaltación en que su espíritu permanecía desde el odioso incidente de la mañana, no había visto ni dirigido palabra á su compañera de banco. Ella también se había conservado silenciosa, apoyada la cabeza en el reborde de la ventana y cubierta la cara con un extremo de su ordinario rebozo.

El tiempo estaba pesado, la temperatura ardiente y el sueño se había apoderado de los pasajeros. Cuando el sargento se volvió á la joven, deseando hablarla, notó que dormía profundamente. Se abstuvo de interrumpir aquel sueño de ángel, y estrechándose á su rincón cerró los ojos para aislarse con sus pensamientos. En qué iba á pensar ahora?

Hemos de saberlo al leer el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV

Otras distracciones y sus consecuencias—Diálogos interrumpidos—El hombre de las grandes espuelas—El almuerzo y las lágrimas de postre—Cambio de itinerario y de porvenir—El inquilino Juan Carrasco—Cúmplase la bendición del lego,

—Niña, niña: su boleto.

La joven despertó sobresaltada y echó la vista en torno. Todos dormían. Luego se fijó sorprendida en el empleado que la tendía la mano.

—Ya se lo he dado, contestó.

—Pero, donde va V? replicó el boletero.

—A Chillán.

—Oh! Ya hemos pasado dos estaciones de Chillán...

—Dios mío... Mientras he estado dormida!... Qué haré ahora! prorrumpió la joven llena de angustia.

El sargento, que también había caído en el letargo á que invitaba el excesivo calor, se animó al oír las primeras palabras afligidas de su vecina.

—No se aflija V., dijo, alargando unas monedas al boletero: este caballero tendrá la bondad de pagarse el boleto hasta la pró-

xima estación donde cruzan los trenes, y de allí podrá V. regresar hoy mismo.

—Está bien, contestó el empleado y pasó á despertar otros pasajeros.

María se cubría la cara con las dos manos y estaba llorando.

—Qué tiene V. criatura?—por qué se aflige tanto? la dijo el sargento.

—Qué bueno es V!... y yo que aturdida!... Qué pensará V. de mí!... Estas distracciones... creo que me harán muy desgraciada!...

—Y qué desgracia hay en esto? Todos nos hemos dormido, y no es extraño... Son pocas horas más que V. quedará con nosotros. Si no se afligiese tanto yo diría...

—Qué?

—Que me alegro de lo sucedido. Con qué sentimiento me hubiese encontrado al despertarme... que V. no estaba!...

—No diga V. eso!... No me habría ido sin despedirme... Debo á V. mi salvación... Vuelve ahora á sacarme de otra dificultad... Cuánto le agradezco todo!... yo también sentiré mucho separarme de V... No sé si debo decir eso... Oh! Qué desgraciada soy!

—Si V. cuenta estos sencillos incidentes conmigo en clase de desgracia, repuso el sargento sonriendo, la compadezco, porque luego le viene otra desgracia: la de aceptar una invitación que le haré para almorzar en R... donde hay que detenerse dos horas.

—No, no! No debo admitir!...

—Pero, eso no es sensato, María! No me dará V. el pesar de despedirla en ayunas y sin recursos. Tenga más confianza en este amigo que la quiere muy de veras y la respetará siempre! Siquiera sea porque quizá... nos hemos de ver... por la última vez!...

—Oh! Dios mío!... exclamó ella, levantando los ojos.—Nunca me olvidaré de V!... El sargento creyó ver el cielo en esa mirada expresiva de la joven. Vióla en seguida bajar la cabeza para ocultar una lágrima, y sintió desde el instante seriamente invadido su corazón por el afecto creciente que había ido ganando lugar en él, sin darse cuenta. Había hablado de la separación... y, sin embargo, no creía en ella...

—Caramba! se dijo—Si no tuviese muchos más años que ella!... Si no hubiera allí tanta gente escuchando!... Si no fuera cojo!...

Ella se mantenía cabizbaja y ruborizada, estrujando las puntas del rebozo con sus manos temblorosas. Luego, haciendo ánimo, mas sin cambiar de actitud, añadió:

—Es cierto... no puedo negarme...

El militar no fué dueño de contenerse más tiempo.

—María, dijo, deseo pedir á V. una palabra muy franca y sincera.

—Le debo á V. tanto!... Cómo podré engañarle!... exclamó la joven volviendo á levantar los hermosos ojos y fijándolos en

su compañero como si le invitase á hablar.

Un prolongado bramido de la locomotora acalló toda conversación en el coche, sintiéndose al mismo tiempo el cri-cri de la presión de los frenos. El boletero se presentó de nuevo y se acercó al sargento para devolverle unos centavos sobrantes del precio del boleto encargado.

—Aquí, dijo, cambian de tren los pasajeros que siguen al sur, y dirigiéndose á María:—dentro de una hora podrá V. tomar el que regresa al norte.

Todos los pasajeros se dieron prisa á bajar con sus equipajes. Los que allí terminaban su viaje encontraban conocidos ó parientes. Las mujeres gordas cayeron en brazos de un hombre largo y flaco que las esperaba con un pequeño carro tirado por dos bueyes tan delgados como su dueño. Antes de encaramarse á su vehículo se acercaron á María para despedirse diciendo que la tendrían presente en sus oraciones. La madre vino á abrazarla y la dijo que nunca la olvidaría, porque era el vivo retrato de una joven muy desgraciada que había alojado una noche en su rancho hacía diez y seis años. María quiso averiguar algo de esto; pero no tuvo contestación á causa del conductor del carro que apuró la marcha.

El sargento desembarcó sus pasajeros: dióles agua y un puñado de maíz, ayudado por el hombre del gran sombrero y espuelas que también acababa de recoger su ca-

ballo ensillado. Apenas los parejeros habían concluido su ligero pienso, vinieron á retozar alrededor del sargento, acercándose de vez en cuando á olfatearle y darle suaves empujones con sus hocicos, como si quisieran chancearse probando hacerle caer.

María celebraba con infantil regocijo las cabriolas y relinchos de estos dos animales domesticados en tantos años que acompañaban á su amo, hasta el extremo de mantenerse siempre sueltos siguiéndole por todas partes como si fueran perros.

—Qué buenos y cariñosos son! exclamaba la joven entusiasmada—Cómo los quiero! . . .

—Se lo agradezco, niña, dijo el sargento mirándola con atención, pues ese cariño viene á mí . . .

—Oh! repuso María, precipitada por su alegre ingenuidad:—no es preciso que mi cariño vaya á V. por sobre los caballos! . . . De repente se detuvo turbada . . . y agregó bajando la vista—V. es todavía más bueno . . . No sé que iba á decir el sargento, cuando el paisano de las espuelas se aproximó tirando su caballo de la rienda y alargando una mano amistosa.

—Compañero, dijo, vengo á despedirme, pero quisiera decirle: hasta la vista y dejarle una palabra antes de irme . . .

El sargento había cobrado afecto á este hombre.

—Si V. prefiere decirme esa palabra al-

morzando, le contestó, me daría mucho gusto: hay una hora de espera aquí, y he convidado también á esta niña que ahora regresa hasta Chillán. Seremos tres: acepte.

El paisano pensó un instante.

—Sí, compañero, tomaré con V. un bocado y un trago... pero no puedo demostrarme.

—Bueno, vamos allá.

Sentáronse á la mesa de un pequeño fondín cercano de la estación, y no tardaron en mirarse los tres por entre la humareda de un hirviente puchero de gallina en abundante caldo color de bermellón á fuerza de ají. Es el plato nacional denominado *cazuela*, al que hay que habituarse cuando se cruza la campaña de Chile. Es delicioso; pero tiene la culpa con sus propiedades excitantes, de la excesiva incontinencia en las bebidas alcohólicas que domina aquel pueblo, con escasas excepciones. No falta que beber, y el infeliz proletario que gana poco, viene siempre á su plato nacional, aunque sea una vez por semana, y en sus efectos se van invariablemente sus últimos centavos y... el lunes...

El paisano se despachó pronto, sirviéndose dos veces; é inducido por el picante, consumió él solo dos botellas. Luego se puso de pie y declaró que iba á decir su palabra anunciada.

—Debo marcharme, dijo, dándose una entonación altisonante; porque tengo un

amo... que... Interrumpiéndose agregó:— Amigo cuyano; vivo en un rancho que encontrará á tres leguas de aquí, entrando por la quebrada que allí se ve y señaló al oriente:—si V. vuelve, allí estará siempre pronta una *cazucla*; sino vuelve... y posee en su tierra algún campo para sembrar... todos los cuyanos lo tienen, aunque sean pobres; yo estoy con voluntad de acompañarle y servirle. V. es un hombre como á mí me gusta... Me llamo Juan Carrasco. Adiós!

Y se marchó sin dar tiempo á ninguna contestación.

—Qué hombre! dijo el sargento. Como éste hay muchos en esta tierra que por sus cualidades y por su número deberían ser patronos de sus *amos*!... Allá vamos!... Tiren no más la cuerda, caballeros!... con sus guerras de vecindad y sus inquilinatos: que esos centenares de miles de pobres amarrados á ella, seguirán... seguirán... pero un dia llegarán donde no se pensó llevarles...

Los tiranos entre sus muchas habilidades alimentan un error que es su parásito: creen en la permanencia de la marcha de los esclavos: se imaginan que los hombres sufren la misma ley de los astros que van eternamente sin llegar jamás... Un día estos pobres descubrirán en el camino quiénes son sus verdaderos enemigos!... De vuelta de estos pensamientos, notó el sargento que María no comía y le miraba con tristeza.

—En qué piensa, niña? le preguntó.

—Pienso... murmuró ella muy bajo, en la despedida tan brusca de ese buen hombre que me parece le quiere á V. mucho.

—Es cierto, respondió el sargento con una sonrisa melancólica: me causan también tristeza estas separaciones tan prontas, apenas ha conocido uno y estimado las personas... es la dolencia de los viajeros que llevan entre sus maletas un corazón. — Quiere V. creer María que yo no he pensado todavía en que V. y yo nos vamos á despedir también?

—Sí lo creo; y creo además que V. se va á despedir más bruscamente que Carrasco. Este dejo su palabra anunciada... — Y V., qué me iba á preguntar? Sería acaso algo en que mi contestación le prestase alguna utilidad? Debe suponer que deseo la ocasión de corresponderle tanto beneficio!...

—Ya la ha olvidado?...

—Oh! no; se apresuró á decir el sargento muy impresionado, porque me interesa mucho su respuesta.

—Dios mío! No atino á lo que puede ser! De veras cree V. que yo pueda responder algo que valga su interés?

—Usted puede, María: déjeme hablarla con toda la sinceridad del sentimiento que me inspira!... V. es libre... dueña de su voluntad... sin parientes... sin compromiso con nadie... en viaje aquí para cualquier parte... no tiene interés positivo de ir á un

punto más que á otro... Pero hay algo que también le es á V. indiferente y á mí no: su porvenir! Qué suerte va á ver la suya luego que se haya separado de aquí? Perdóneme que intervenga en estas circunstancias de V.; pero no he podido prescindir, porque me domina ya un cariño entrañable hacia V. Quiere V. aceptar mi protección en alguna forma que le sea durable? Respóndame por favor como si le hablase un padre ó un hermano. O regresa V. á Chillán aceptando algún dinero que sin mayor sacrificio puedo proporcionarla, ó sigue V. el viaje conmigo!...

—Eso es! interrumpió la joven, con franca alegría;—con V.; como si fuera mi hermano ó mi marido!...

—Su hermano, no; pero yo sería de V. todo lo que se pudiera ser para no apartarla de mi lado, para que no llegue esa despedida en que no quiero pensar... sería su protector respetuoso hasta que V. quisiese tomar otro destino; sería... hasta su marido si fuese posible que V. me amase...

—Pero eso es verdad?

--Es la verdad pura, exclamó el inválido, muy conmovido: lo repetiría en presencia de Dios mismo!—La quiero á V. muy de veras, María, desde los primeros momentos que la he conocido y comprobado su virtud... No tendré consuelo si hoy me separo de V. dejándola sin amparo... No, no me separaré... Viviré en Chillán hasta que encuentre sus parientes ó vea ase-

gurada su situación. No quiero irme para estar siempre pensando que V. sufrirá miserias ó será víctima de infamias como hoy. Si V. no me ama, María, acépteme como protector; yo la respetaré, la defenderé... Tengo muchos más años que V.; soy inválido...soportaré el tormento de no ser amado pero...

La joven estaba llorando.

—Llora, María!...repuso el sargento interrumpiéndose: siento haberla afligido.

—Y quién ha dicho á V. que no le quiero?...balbuceó la muchacha;— y en medio de un empujón de sollozos prorrumpió—Sí, le quiero.—Lloro de placer!.....

Diez minutos después, el almuerzo había terminado alegremente. Nada realza tanto la satisfacción como las lágrimas inmotivadas!...

El sargento llegó á sentir sus dos piernas completas, y hubo de dar un traspiés al levantarse para ir á tomar un boleto más en el tren del sur.

Quedaba arreglado que llegando á la última estación situada en la aldea de V...se presentarían al párroco y recibirían sus bendiciones. Una vez unidos en matrimonio continuarían de allí el viaje á caballo.

Nunca preguntó María dónde iría con su esposo. Lo que sabía era que amaba á ese hombre generoso y le seguiría al fin del mundo.

Al despedirse del mozo que había servido

la comida, éste manifestó que Carrasco le había suplicado recogiese del sargento alguna palabra que quisiera dejarle. Con tal motivo, el sargento oyó con interés los informes que le dió de su improvisado amigo, pues deseaba significarle la aceptación de sus ofrecimientos. Un adicto y buen compañero de trabajo en el establecimiento que iba á fundar, no era de despreciar.

El mozo dijo que Carrasco era incansable trabajador y honrado; que á estas buenas cualidades debía el que su amo le emplease en ciertas comisiones; pero que no le sacaba de su condición de simple inquilino. El amo de la referencia era el muy conocido J. F. R., millonario, antiguo traficante en ganados *baratos*, acarreados á manos de indios de las estaciones de Buenos Aires y actualmente dueño de una enorme zona de país. Hacía muchos años que Carrasco desempeñaba valiosas operaciones de desmonte y siembra que acrecentaban la fortuna de su amo y no había podido conseguir hasta la fecha que le diese la propiedad de una hectárea de tierra ó le asignase una mensualidad para el ahorro del porvenir. Acostumbraba sólo hacerle algunas donaciones extraordinarias de dinero para sus gastos presentes. Y como Carrasco era amigo de largas fiestas y beberajes, cada vez que había terminado una faena, gastaba su dinero y quedaba siempre el miserable inquilino. El amo sabía bien que ese era el sistema de mantener á Carrasco. Así,

pues, siendo este hombre un elemento tan importante en los negocios del *rico*, cualquier día que muriese dejaría su familia en la última miseria. El estado de dependencia servil y la satisfacción de las necesidades y vicios del momento, no le permitían ninguna previsión. Si tenía arranques de generosidad y nobleza era porque era un hombre de corazón; mas si al fin le dominaba la indolencia y el vicio es... que era esclavo. He ahí la historia de una raza...

El sargento comprendía que ese hombre puesto en condiciones racionales, sería útil para su empresa y tal vez se aseguraría en él un fiel amigo para todo evento en el desierto. No trepidó en dejarle dicho que aceptaba su cooperación y le ofrecía una parte de su campo en la Argentina, frente á Jayma, donde hallaría un rancho y un churrasco para recibirle.

Luego estuvo listo el tren del sur y en el se instalarán los felices novios tomando sus localidades en el coche que precedía á la jaula de los parejeros que no iban menos contentos por haber hecho su almuerzo y saludado á su amo.

El sargento había comenzado por dotar á su futura mujercita de varias prendas de ropa, entre las que figuraba con muy gozosa aceptación su blanca capa militar de verano que reemplazaba con ventaja al burdo rebozo y la daba un encantador aire de cadete.

Qué franca y alegre era la conversación

de los dos comprometidos!... María no ocultaba su íntima satisfacción.

Se ha cumplido la bendición del lego! dijo una vez con entusiasmo.—Pidió á Dios que se hallara mi felicidad en el tren!...

CAPÍTULO V

El viaje á caballo—El matrimonio y los preparativos económicos—El pequeño comandante improvisado—El contento y el paisaje—Una contrariedad—Los perros ladrones—El país de la escasez y el de la abundancia—Los primeros conquistadores con hambre—El viaje á Uco—Lo que significa la palabra cuyano.

La naturaleza tiene siempre un paisaje apropiado á las situaciones venturosas de la vida del hombre. O será que la naturaleza es invariablemente hermosa y el hombre la aprecia con arreglo al estado de su ánimo?... Lo cierto es que el paisaje que se ofrecía á la vista de la feliz pareja de novios que marchaba entregada á las dulzuras de un recíproco cariño, era delicioso.

El sonriente y espléndido panorama que presentaban las pendientes y los valles andinos, el cielo puro, el aire embalsamado y acariciante, formaban digno escenario á los venturosos viajeros.

Era la madrugada de un día tibio de febrero, al siguiente de la salida de la aldea de V... el primer día de la marcha á caballo que debía conducirles á la posesión de Neuquén, cruzando el paso de Lonquimay.

En la aldea de V... última estación de la vía férrea, habían demorado varios días para celebrar el matrimonio y preparar los medios de viaje, así como los de instalación en el hogar definitivo al otro lado de los Andes.

Lo primero fué muy pronto hecho. Los párrocos de aldea no gastan ceremonias con los pobres, ni la sociedad se preocupa mucho ni poco de la forma de vida de los menesterosos. Lo segundo se redujo á la compra de un borrico, una montura usada, de mujer, que el sargento, con su práctica de campaña, arregló blanda y confortable para su querida propietaria, más algunos víveres y herramientas que cargaría el pollino.

En todas estas operaciones presidió la dirección de María, quien deleitó á su marido por las diversas previsiones y economías que usó en ellas.

Para la presentación ante el párroco volvió á tomar el viejo rebozo y obligó á su novio á que vistiese la peor ropilla. Había oído decir que los curas casan gratis á los pobres. Resultó ser esto una santa teoría; pero no dejó de contribuir la inocente estratagema á moderar exigencias... En cuanto á las demás compras y aprestos que se practicaron después de casada, intervino con mayor autoridad, y ya de un modo inexorable y aun despótico. Encontrándose el sargento, de la noche á la mañana, ante este pequeño comandante que con gesto de

mando encantador se le imponía en todos los negocios, so pretexto de que *el subordinado* era demasiado generoso y cojo: se supone que éste incurriera á cada instante en actos de insubordinación, apoderándose de su jefe con violencia para cubrirle de besos.

El valle longitudinal que faldea los diferentes cordones paralelos de la gran cordillera andina en la región chilena del sur, amplifica su anchura y suaviza sus ondulaciones á la vez que aumenta en exuberancia su vegetación. Inmensos bosques seculares cubren allí el talud de la gigantesca cadena y sus frondosas agrupaciones descienden con frecuencia hasta los caminos del valle, cerrando sobre éstos la elevada bifurcación del ramaje, tan estrechamente, que el viajero anda días completos á la sombra.

Estas espléndidas galerías de follaje, agregaban comodidad y encanto á los espesos viajeros.

Para María era un conjunto de novedades deliciosas cuanto la sucedía y la rodeaba. Esto la ponía más alegre y exaltaba su carácter fantástico y travieso. El contraste de su nueva situación con la miserable existencia que hasta entonces había llevado, se acentuaba más en aquellos momentos, porque se veía realizando ensueños de niña que jamás esperó se cumplirían: ir á caballo, recorrer prados y arboledas, aspirar en el perfume de las flores el aire de la libertad, no depender de amos, sino ir atraí-

da por un ser amado... todo esto la creaba instantes de fascinación, sugería en su espíritu alternativas de alucinamiento que daba asunto á una continua charla con que entretenía á su compañero, sacándole de los períodos de ensimismamiento en que caía por inveterada costumbre. En este último empeño, la alegre niña había descubierto que nada era tan eficaz como proférer grandes disparates.

Aquella mañana charlaba diciendo que fluctuaba en la alternativa de dos sueños: quería discutir para asegurarse de que ahora estaba despierta. Si no era un sueño su vida pasada, debía serlo la presente. Aca-so es cierto que se hallaba viajando á caballo?— eran positivos esos admirable paisajes? Es posible que no habiendo aprendido otra cosa que aborrecer á un hombre, se hallara siguiendo á otro á quien quería con el alma?...aquél era mi sombra... Ahora yo soy la sombra de éste!... — Si seré una sombra?... Yo debí perecer en la estación de A... Tal vez me llevaron á la cárcel por ladrona... y allí me morí de desesperación!...

— María! Estas loca?... Si te agarro!... exclamó interrumpiéndola el sargento que, hacía un rato, trotaba delante en silencio.

Entonces sobrevino un cambio extraño. La niña se puso repentinamente seria, y su marido no alcanzó á ver que levantaba al cielo los ojos preñados de lágrimas, ni vió que sacaba un objeto del seno y le cubría

de besos, torzándole á guardar rápidamente. Extrañando su silencio, volvió la cara y descubrió sus ojos humedecidos.

—Qué tienes, querida? dijo sujetando el caballo.

—Si supieras, mi Adolfo, qué recuerdo me ha traído lo que acabo de conversarte... así... ligeramente!...

—Un recuerdo?...

—Un recuerdo de mi madre...

—Y qué tiene que ver tu madre con los disparates que estabas hablando?

—Mucho, mi querido amigo, mucho!... Pero no quisiera hablarte de esto ahora: me pondré muy triste...

—Bueno: no vuelvas á llorar, ángel mío... Mas, cómo no me habías dicho que conociste á tu madre?... Yo amaría también su memoria...

—No la he conocido!... Ni aun he sabido su nombre!...

—Eh!...

—Sólo su retrato...

—Su retrato... Y nosabes su nombre?...

—Me lo hizo ver la señora de quien me he separado en A...

—Y ha sido bastante cruel para ocultarte el nombre de tu madre?

—Me aseguraba que no lo sabía; que me había recogido de manos de una nodriza, pobre y enferma, en cambio de un socorro de dinero.

—La nodriza tampoco sabía el nombre de tu madre?

—Tal vez no... Sabía que mi madre había muerto dándome á luz.

—Y el retrato?

—Mi patrón, el que conociste en el tren...

—Ese miserable calumniador!...

—Decía que había obtenido el retrato en Chillán... que mi madre había sido allí muy desgraciada... que debían quedar algunas personas de mi familia, cuyos nombres nunca quiso darme: se lo supliqué con lágrimas... y se aferró siempre en que no recordaba ningún nombre.

—Infame! Quería aislarte de toda relación...

—Eso...

—Y entretanto... el corazón me dice que ese misterio encubre algo grave... Quién sabe si no es un crimen! Y no sabes nada más?

—No me preguntes, querido Adolfo: sufro mucho en contestarte!... Olvidemos!... quiero olvidarlo todo!... Sé que mi madre murió!... Si tengo parientes, nada me importan... me sobras tú!... Dejemos esto, te lo suplicó... Ya estoy otra vez alegre!

Y la niña soltó una risa forzada, animando su caballo para pasar adelante.

—Sea como lo deseas.

María volvió á su buen humor anterior y aun continuó en sus charlas insustanciales. Desde aquel instante no dejaba de hablar.

Continuaban su itinerario sujetándose á una marcha lenta y uniforme que era indispensable sostener á fin de conservar las cabalgaduras, sin cambio, de que disponían. Podría suponerse que aquel viaje se hacía molesto como todos los que mantienen esa forma de marcha, porque la lentitud es cansancio, el cansancio atrofia el espíritu, la conversación se agota... y el aburrimiento llega antes que el pasajero al fin de la jornada.... Qué equivocación! decía María: la felicidad interna viste todas las exterioridades con el ropaje que más la halaga. No hay tedio posible entre dos seres que se aman!

El paisaje que recorrían era inagotable en novedades topográficas. Las profundidades del bosque; los arroyos espumantes en sus cascadas, espejos entre las flores y cintas de plata en la pradera; las quebradas estrechadas entre elevadísimos cerros; las ascensiones donde á veces se empinaba el camino, y las sorpresas de espectáculos inesperados, mantenían en continua movilidad el pensamiento. María era incansable en la contemplación de aquella naturaleza espléndida: estaba poseída de esa alegría embriagante que se supone en la avecilla que ha escapado de su jaula, y en su característica ingenuidad hablaba cuanto pensaba y hacía hablar á su marido sobre mil dudas que la ocurrían... No volvió á entristecerse.

En la segunda jornada la senda se hizo fragosa y aumentaron las grandes ondula-

ciones del terreno. El camino era ya absolutamente desierto y fué necesario disminuir todavía el aire de marcha para no fatigar los caballos. En cuanto á las provisiones de comida, debían atenerse sólo á las que se llevaban: la noche anterior habían alojado en el último rancho del camino. En adelante no se hallaría dónde comprar carne.

En estas circunstancias sobrevino una contrariedad. Cuando se alojaron al anochecer, después de haber desempeñado María sus primeras tareas de alojamiento, entre las cuales estaba la de recoger leña y levantar una hermosa fogata, se encontraron con que la carne que traían estaba descompuesta á causa del excesivo calor del día, y una cierta porción de charqui molido y condimentado con especias, que la joven había preparado por sus manos, lista para improvisar una riquísima sopa con sólo la adición de agua caliente, había sido miserablemente saqueada por los hambrientos perros del citado rancho.

No debo pasar sin decir una palabra sobre estos perros de las comarcas pobres trasandinas. La habilidad que muestran para desvalijar pasajeros, es algo que entra en los límites de lo portentoso.

Siendo en el país muy rara la carne para el alimento de la gente, lo es con mayor razón para el de los perros, privados además del recurso de la caza del campo, porque no la hay en la falda occidental; y aun-

que dichos canes se mantienen normalmente de tal modo que harían desesperar á un naturalista, teniendo que clasificarlos entre los herbívoros,—pues comen raíces, yerbas y manzanas agrias,—no han perdido su voracidad carnívora, y la ejercitan sobre las provisiones de los transeuntes, por medio de procedimientos que nada tienen que envidiar á los pick-pockets humanos.

Conocen las costumbres de los viajeros y cuentan con su pesado sueño en las horas de descanso; extraen con gran prolijidad los comestibles de las alforjas, y cuando la operación es difícil, se llevan éstas á un lugar apartado, donde las abren en sociedad á tarascones. Personas hay que creen que estos animales abren los baúles y valijas... y los vuelven á cerrar!...

—Y qué haremos?...dijo María muy angustiada: no tenemos qué comer!...Sólo hay un poco de harina, yerba y café...

—Pues hay más de lo suficiente, hijita, contestó el marido:—por esta noche, no pereceremos.

—Y mañana?...no habrá más harina...

--Oh! mañana?—mañana dormiremos al otro lado de la cordillera, y habrá carne en abundancia.

—Qué bueno! Hay, pues, dónde comprar carne?

—No hay dónde comprar, porque todavía es desierto.

—Y entonces?...

—Entonces, querida mía, hay infinidad

de animales silvestres que proporcionan riquísimos bocados: hay quirquinchos, que yo te enseñaré á agarrar y condimentar; hay guanacos y avestruces que no se escapan á mi rifle.

—Y por qué se han de encontrar sólo en el lado argentino esos animales?

—Habrá causas de clima ó de otra naturaleza que lo expliquen; pero ese es el hecho.

—Nunca he sabido eso! . . .

—Acaso no has oído en tu país llamar «cuyanos» á todos los argentinos?

—Es verdad. . . Y declaro que ese nombre que he oído siempre aplicar. . . casi. . . como un menosprecio, es hoy para mí un título de rey! Dijo esto último la joven, palmeando sobre la mano de su esposo.

—Pues bien, mi adorada chilena:—es un título de «abundancia»! . . .

—Explicame eso. . . y voy en seguida á hacer las tortas.

—Con mucho gusto. Los primeros españoles conquistadores de esta tierra chilena, mandados por un general llamado Pedro Valdivia (de esto hace 450 años), sin duda sufrieron grandes hambrunas en las exploraciones que hacían sobre estos campos escasos de animales de carne fuerte; pues no estarían acostumbrados como los naturales á mantenerse de mariscos, habas, papas y *frijoles*. Mas un día, una numerosa caravana de aquellos osados aventureros emprendió viaje al otro lado de la cordillera

y llegó á los valles de Uco; allí descubrieron con agradable sorpresa que las lomas se movían por las numerosas tropillas de guanacos que las coronaban; que por las quebradas corrían millares de avestruces; que en los carrizales populaban los chanchos jabalíes; que la tierra por todas partes se veía acribillada de cuevas de tulduques y quirquinchos; todo lo que, con regocijo, vieron que comenzó á figurar en los asadores y marmitas de los fogones, sacando positivamente los vientres de mal año. Natural es que, en medio de su satisfacción, preguntasen á los indios baqueanos que les acompañaban:—Qué país es este, Dios Santo?

Y los indios que mascaban glotonos y contentos, responderían en su lengua:

—«Cúyum», que significa: abundancia de comida. (1)

—Cuyo! repitieron entonces los exploradores, y lo anotaron en sus carteras y en sus mapas.

Un sabio de esta tierra ha creído encontrar la etimología de esta última palabra

(1) Del verbo araucano «cúyum», socorrer con comida. Hace algunos años se promovió una discusión sobre la etimología de la palabra Cuyo, y se creyó bien encontrada la acepción que dió el señor Barros Arana, tomada de la palabra «cuyim», que significa arena. No faltó quien rectificase este error; probando con mejor conocimiento de la lengua araucana y con la propia aplicación del nombre, que la más razonable y cierta interpretación de «Cuyo» es la que aquí se da.

en la voz indígena «cuyím», que expresa arena ó arenal.

Que me dispense, María, ese sabio, tu compatriota: aquí donde estamos ayunando es «cuyím», arena y pedregales sin animación; allí donde mañana comeremos, es *Ci-yum*: la bendición de Dios!

CAPÍTULO VI.

El Bio-bio—Su alta meseta distribuidora de agua y fuego—El Yayma—La guanaca—Campamento en Pulmarí—Tristes recuerdos—Los capitanes Crouzeilles—Misterioso presentimiento—Matanza á traición—Afinidades vecinales con los indios ladrones—Segunda intentona en Lonquimay—La cena de guanaco—Retroceso de fechas—La carne del Huemul pintado.

El siguiente día atravesaban el macizo central de la gran cadena andina. El camino se internaba en lo más espeso de los bosques, y antes que el sol pasase el meridiano, llegaban á la notable abra geológica que corta el lomo superior de la cordillera, para dar paso al río Bio-bio. Este río, el más caudaloso de los que cruzan el territorio chileno, nace al sur en una región de lagos que distribuye agua á los dos océanos:—por el Bio-bio y el Aillipén al Pacífico; por el Collomcurá y el Aichol al Atlántico. Es también centro de hornallas volcánicas que han llevado subterráneamente el fuego á los conos de Lonquimay, Tolhuaca, Callaqui y Antuco hacia el norte y á los de Aillipén, Yayma y Villa-Rica hacia el sur. Distribución en grande, de agua y fuego.

Siguieron los viajeros la gran abra, costeando el Bio-bio y pasando entre los dos macizos separados, Callaqui al norte, Lonquimay al sur, y dejaron atrás el encadenamiento elevado de la cordillera divisoria.

Pisaban ya la tierra argentina y estaba resuelto alcanzar ese día á la costa del Collocurá, sobre campo muy conocido para el sargento, donde esperaba hallar los recursos indispensables de manutención. Así marcharon sin descanso hasta rebasar las nacientes lacustres del Bio-bio.

Pronto coronaron las prominencias que dividen las dos grandes cuencas fluviales; y de una de aquellas alturas se presentó de repente á la vista asombrada el espectáculo más esplendoroso é imponente que apenas imaginaría quien no haya pisado aquellas elevaciones. Al occidente el lago Aluminé, cuyas riberas ornamenta la gran cordillera con una variada sucesión de cerros que se alejan en gradas ascendentes hasta la mayor altura cubierta de nieves eternas; y sobre la línea superior de tan precioso anfiteatro se alza el cono volcánico de Yayma adornado por los diáfanos vapores de su solfatara, que, aprovechando la inmovilidad del aire, se elevan rectamente al cielo como un rayo de luz; al pie del cono el extenso valle verde que conserva en el invierno sus pastizales; al oriente varias lagunas como espejos esparcidos, encuadrados por arboledas ó peñones, y entre las sombras de cerros y bosques que se alejan, apareciendo en

fragmentos interrumpidos la faja plateada del Collomcurá. El sol se ponía detrás de la línea más quebrada y baja de la cordillera y se creería un momento detenido sobre aquella depresión, semejando un incendio que devoraba la montaña.

La contemplación de tan hermoso y sorprendente cuadro, no interrumpió el aire de marcha: al contrario, ésta se había apresurado insensiblemente, porque los pasajeros y el borrico percibían el ambiente de pasto y agua que subía del valle próximo, y andaban con creciente empeño. Pocos minutos después, habían descendido y llegaban al fondo de una verde ensenada que por el lado de las lomas contorneaba un arroyo y varias lagunas.

—Pulmarí, dijo el sargento.

—Conoces este lugar, Adolfo?

—Demasiado! . . . respondió el sargento, paseando una mirada sombría.

Al acercarse á la pequeña corriente de agua cuyo nombre había dado el sargento, sintieron un relincho extraño que partía de la loma inmediata, y un tropel que se alejaba. El sargento, sin desmontarse, armó su rifle con rapidez, apuntó por entre matorrales á un objeto que divisó é hizo fuego. A la detonación del arma, repercutida por el eco entre los cerros, siguió un agudo chillido. . El chillido fué de María, que vió un cuadrúpedo amarilloso, de pescuezo largo, dar un gran brinco en el aire y caer estirado en el mismo sitio.

La joven saltó de su caballo y corrió ligera como un perro de caza.

El sargento también echó pie á tierra; y no bien lo había hecho, cuando nuevos gritos de alegre sorpresa le hicieron saber que la pieza abatida era una guanaca con dos pequenitos cachorros, los que brincaban alrededor del cuerpo de la madre exánime, sin quererse apartar, no obstante la presencia de la niña. María hizo prodigios de agilidad para apoderarse de los cachorros, y lo consiguió al fin, no sin haberse dado algunos chapuzones en el arroyo.

Se presentó llena de gozo y chorreando agua de la cabeza á los pies; arrastraba de una pata el cuerpo de la guanaca y tiraba del rebozo á cuyos dos extremos había amarrado los guanaquitos.

—Reemplazo á esta desgraciada madre que supongo nos vamos á comer... No me abras, Adolfo, que te vas á poner á la miseria!...

La niña estaba encantadora, en su aspecto escultural y sus colores encendidos por la agitación y el baño.

Antes de entregarse á los trabajos de cocina, cambió de ropas; ofreciendo en la mutación el bizarro contraste que puede suponerse, si se piensa que no siendo abundante su ropero, tuvo que ponerse algunas prendas del marido...

Hubieron con ese motivo jocosidades y expansiones cariñosas que distrajeron un tanto la predisposición de ánimo del sar-

gento al recordar los antecedentes del sitio donde se hallaban, en el que se vieron forzados á hacer campamento para aprovechar la cacería.

En efecto, la localidad despertaba en el veterano la memoria de sucesos muy dolorosos á que se mezclaba una profunda indignación.

Era en el campo de Palmarí, donde cuatro años antes había tenido lugar la inolvidable matanza de oficiales y soldados argentinos por un escuadrón del ejército chileno. El mismo sargento había caído herido en aquella escena cruenta derramando sangre y lágrimas: vertidas éstas sobre el cadáver de un querido oficial de su regimiento, el capitán Crouzeilles, allí asesinado por medios alevés y traidores.

María observó luego las miradas y gestos sombríos, los crispamientos de puños de su idolatrado esposo al recorrer los lugares que habían sido teatro de aquel acontecimiento, y no pudo menos que increparlo.

—Qué tienes, querido Adolfo?—No parece sino que estás viendo víboras en esos barrancos!...

—Algo peor que eso, María. Se me presentan caras de asesinos!

—Y por qué hemos venido á parar aquí? No quiero verte de ese modo. Aun creo que estás enojado conmigo.

—No: contigo estoy contento siempre!.. Son acerbos recuerdos que nunca se apar-

tarán de mí!... Pero son sólo míos...

--No: no quiero que sean sólo tuyos. Cuéntame todo éso... La pena es cosa que puede partirse entre dos... y entre dos pesa la mitad... Mientras hago la comida para mi maridito, él me referirá esos terribles sucesos, ¿no es así?—Después comeremos en conversación más alegre. Tanto que me gusta oírte hablar!...

—Te haré sufrir, María... Tus paisanos tomaron mala parte en este acontecimiento.

—Sí, sufriré; pero mi paisano más querido eres tú!...

—Aquí fué una carnicería horrible y á la vez el desenlace de un drama misterioso y conmovedor. Voy á referírtelo con sus antecedentes.

Dos distinguidos oficiales del ejercito, Pedro y Emilio Crouzeilles, eran hermanos mellizos; se amaban entrañablemente: parecía que un mismo pensamiento los guiaba en todos sus actos, aunque no se lo comunicasen. Ambos entraron en la carrera militar el mismo día, en el mismo regimiento, el 5º de caballería, que hicieron famoso sus intrépidos comandantes Winter y Villegas, después generales. En la vida activísima de este cuerpo, los Crouzeilles se distinguieron siempre juntos: en todos los hechos meritorios en que aparecía uno, de seguro estaba comprendido el otro. Al mismo paso recorrieron los escalones de cada ascenso, y á la vez fueron capitanes. En

esta categoría, dado el orden abierto que se empleaba en la guerra de indios, llególès por fuerza la ocasión de operar por separado cada uno con su escuadrón. En una de estas ocasiones quedaron separados para siempre! . . . El 25 de abril de 1881, el capitán Pedro Crouzeilles, muere en la Vega de Chapelcó, cumpliendo el más alto y difícil de los deberes de un oficial: lanzarse solo, espada en mano, contra toda una tropa amotinada!

Con este desgraciado suceso fué verificado un hecho portentoso: un misterio de los que abisman la intelectualidad humana. El mismo día y á la misma hora en que Pedro caía muerto en Chapelcó, Emilio, que se hallaba en el campamento general de Roca, á 300 kilómetros de distancia, sintió una especie de conmoción interior, una sensación indecible que se tradujo en deseos vehementísimos de ir á reunirse á su hermano. . . Los demás oficiales, sus compañeros, agotaban en vano sus reflexiones; pero pronto atinaron á explicarse, en parte, lo incomprendible, cuando recibieron asombrados la fatal noticia de Chapelcó! . . . — Qué poder de intuición inexcrutable! . . . Qué contacto inconcebible pudo producir la sensación ó presentimiento de Emilio? . . . Bajará algún día de la suprema sabiduría á la inteligencia del hombre la explicación de semejante fenómeno? . . . No es la primera vez que las crónicas han mencionado incidentes de esa naturaleza. . . Acaso las ondulaciones

del aire ambiente podrían transmitir sensaciones morales entre personas de cierta sensibilidad?...

Desgraciadamente, desde el momento en que Emilio ratificó la noticia del fallecimiento de Pedro, insistió en su anterior propósito, declarando que no le era dado vivir separado de su hermano. Todos teníamos conocimiento de esta idea del capitán y la veíamos patentizarse en los actos temerarios á que se lanzaba.

En los primeros días de su desesperación, sus más inmediatos amigos le vigilaban y le escondían el revólver, temiendo un suicidio. Cuando él se apercibió de estos cuidados dijo:—No haya miedo!...No he de quitarme la vida por mi mano: soy algo más valiente que eso...Es una finca que deseo deshacerme de ella...pero no la he de regalar...Quiero venderla cara!...

Un día, fué en la última campaña de 1883, los indios se guarecían en retirada en lo más escabroso de las cordilleras, y el capitán Emilio Crouzeilles, destácado en persecución de una fuerte partida que se decía internada del país vecino, marchó con extraordinaria rapidez y llegó el 6 de enero á una alta meseta, desde donde dió vista á los bárbaros que se movían aproximándose á este mismo lugar. Acompañábamos al capitán, el teniente Nicanor Lescano y 45 individuos de tropa: la marcha larga y agitada y la escabrosidad de los caminos habían postrado toda la

caballada y era indispensable esperar que llegase el resto de la fuerza. Pero Crouzeilles no esperaba á la vista del enemigo, y se lanzaba solo, impulsado por su ardor incontenible. Apenas pudimos seguirle diez hombres que nunca nos separábamos de su lado, resueltos á protegerle en sus terribles acometidas. Llegamos aquí y nos rodearon cien indios atacándonos furiosamente. A golpe rápido y certero rechazamos el ataque y obligamos á los indios á replegarse al fondo del valle donde los manteníamos á raya con nuestro tiroteo bien dirigido. De repente se interpuso una fuerza de caballería regular, á cuyo frente figuraba un oficial que Crouzeilles imaginó sería el teniente Vega, quien según sus instrucciones, debía incorporársele. Bajo esta suposición mandó cesar el fuego para que aquella fuerza pudiera aproximarse. Efectivamente la fuerza se aproximó, con apariencias amistosas. Mas al llegar á pocos metros de distancia de nuestro diminuto y confiado grupo, nos acometió con nutrido fuego á quema ropa. Aquella fuerza era del ejército de Chile...

—Dios mío... Qué infamia!... exclamó María.

—Esa es la palabra... El combate se renovó entonces desesperado... de uno contra veinte!... No podía concluir sino en verdadera matanza á mansalva!... En balde alcanzó á llegar con seis hombres más el denodado teniente Lescano: llegó sólo

para morir al lado de nuestro desgraciado capitán, que yacía en tierra con 36 heridas de arma blanca y 3 de bala, según se comprobó después. Varios habíamos caído con él . . . Esta carnicería tenía lugar á la entrada de la noche; la tropa chilena se retiró, sintiendo al refuerzo nuestro que se aproximaba, y á esto debimos no ser ultimados todos los caídos . . .

—Qué horror! . . . Y por qué causa venían de Chile en defensa de los indios?

—La causa es conocida. Nuestra campaña militar daba el último golpe á las guaridas de merodeadores que sus aliados empleaban en arrear ganados de las estancias de Buenos Aires. Varios de esos llamados caballeros, siempre influyentes en su país, tenían en este territorio sus casas, que todavía se ven, adonde venían para fomentar más de cerca las invasiones.

Era necesaria saña de traficantes para asesinar un pequeño grupo de militares que se abnegaba en situación tan desventajosa. No hay en la historia universal de la guerra un enemigo civilizado que mate de ese modo un puñado de valientes. Un regimiento español sorprende á Pringles en Chancay, con menos desproporción de fuerza, y antes que acabarlo, le salva con sus pocos hombres, honra su bravura y le devuelve recomendado al ejército de la patria. San Martín abraza y felicita al último grupo de bravos jefes españoles que logra rendir en Maipú . . . Para qué citar otros

ejemplos? Son lecciones que no aprovechan á los invasores de pueblos inermes y angustiados... Los valientes, no las necesitan.

Desgraciado capitán Crouzeilles! Consiguó al fin su propósito de una manera horrible: no quiso manchar su mano en su propia sangre. Aspirando á morir de golpes valientes de combate, sucumbió á manos de verdaderos verdugos!...

Estos debieron quedar muy satisfechos de su obra, pues volvieron 42 días más tarde con el fin de repetirla.

El 17 de febrero del mismo año, una partida de 16 hombres de nuestro ejército, mandada por el comandante Díaz, hoy general, batía en buen terreno una indiada cerca de Lonquimay, cuando intervino á su frente una fuerza de infantería, aproximándose en la forma ya conocida, y aun haciendo expresas manifestaciones de paz, por medio de trapos blancos. El bravo comandante también suspendió sus fuegos en el primer momento. No es posible tirar sobre bandera blanca, y más imposible es suponer que con ella haga superchería una tropa regular. Pero de pronto se advirtieron las intenciones traidoras, y nuestros soldados gritaron:—Mi comandante:—es la misma treta contra el capitán Crouzeilles. Los traicioneros iniciaban ya la agresión y se venían á golpe seguro seguidos de los indios, sobre nuestra diminuta fuerza. El comandante Díaz dió la orden de fuego y

la ejecutó en persona. Los nuestros, infantes del 2º de línea, hicieron sus punterías con la serenidad que les era característica y buen número de los atacantes mordió el polvo á los primeros tiros. Los indios principiaron la dispersión, y sus aliados, comprometidos á chocar por haber llegado demasiado cerca, tuvieron, sin embargo, una emoción de pánico en el instante decisivo y volvieron caras en el mayor desorden, dejando heridos, armas y municiones (1).

El sargento había concluído su narración, y ya sea que este desahogo moderase un tanto la indignación de sus recuerdos, ó que cediese á las exhortaciones de olvido que le hizo María, fundadas en la inutilidad del desagrado por cosas pasadas é irremediables, desarrugó su frente y se dispuso á honrar con alegría y buen apetito la comida que estaba preparada.

Cerrada la noche y alrededor del fogón, todos los detalles funestos del campo en torno desaparecieron en la obscuridad, contrastada por la luz vivísima del hogar que distribuía toques encendidos á las caras plácidas de los esposos; brillaba en él, dorado costillar de carne asada de guanaca que decía—¡comedme! y en los ojos salientes y azorados de los guanaquitos que estaban al lado de María, envueltos en el consabido rebozo.

(1) Los dos episodios referidos constan de las relaciones y partes de la campaña de los Andés en 1883.

La muchacha comenzó á cortar del asador los más apetitosos bocados, obsequiando á su marido y comiendo ella misma á la moda campestre de que él la daba ejemplo.

Nada alegre y rejuvenece tanto el espíritu como esta forma absolutamente primitiva de alimentación en el desierto. En un momento retroceden las abrumadoras fechas de la humanidad, y uno se imagina contemporáneo de los primeros hombres que vivían de la caza y comían sin herramientas.

Verdad es que tanto regocija retroceder las fechas como anticiparse á ellas: la fecha que fastidia es la presente.

Agregáronse al sencillo festín tortas recalentadas, conservadas de la víspera, y los guanaquitos participaron del café condimentado expresamente para ellos con migajas.

—Si se darán cuenta estos pobrecitos, decía María con cierta tristeza, arrojando la última costilla que había pelado: si comprenderán que este rico asado es su pariente tan cercano?...

El sargento la sonreía colmado de satisfacción.

—¿Te agrada, María, la carne de guanaco?

—Sí, es tierna y deliciosa. Prepararé algunos trozos salados para mañana. Nunca he comido en mi país carne como ésta, á pesar de que he visto siempre pintado en los papeles oficiales, un animal muy parecido...

—Sí, el Huemul...

—El Huemul: eso es...—¿Qué tal será la carne del Huemul?

—Como nadie ha visto jamás á ese animal y sólo existe dibujado en los sellos oficiales... no sé que pueda tener otro sabor que... á papel de oficio...

CAPITULO VII

Vispera de llegada y descanso—La advertencia de los parejeros al despertar—Pérdida del borrico y su hallazgo con un hombre resucitado—Un tiro errado felizmente—La maravillosa historia del cabo Jiménez.

Las pláticas risueñas, en torno del fogón cuyo atractivo es grande para los viajeros, continuaron hasta horas altas de la noche.

El día siguiente era el de la última jornada. No era indispensable madrugar, pues la propiedad territorial del sargento estaba situada sólo algunos kilómetros al sur, sobre la costa de un arroyo afluente del Collomcurá. El veterano expedicionario en aquellas regiones conocía perfectamente su ubicación y aun tenía determinado el punto donde haría su vivienda.

—Mañana es día de descanso, había dicho para consolar á la joven, que, á pesar de su actitud y fortaleza de ánimo, se sentía un tanto rendida.

Vino el próximo día, y los primeros resplandores del sol alumbraron, contra costumbre, el lecho de los esposos, todavía ocupado.

Hubiesen prolongado quizás más tiempo el reposo, si no sobreviene un incidente que acarreó una novedad importante y de mucha sorpresa.

Los mansos é inteligentes parejeros que pastaban siempre sueltos en el campo, seguidos del burrito, se habían acercado al alojamiento y golpeaban el suelo con sus herrados cascos. María los tenía acostumbrados á recibir una ración de torta en las madrugadas y no faltaban de llegar á solicitarla con sus resoplidos, si la hallaban dormida, y hasta avanzaban cariñosamente la pata sobre su delicado cuerpo para despertarla.

Aquella mañana interrumpieron dos veces el sueño de María y otras tantas recibieron su ración, volviéndose á quedar dormida la joven. Insistieron todavía por tercera vez haciendo fuertes relinchos. Entonces el sargento se incorporó y tendió la vista alrededor.

El borrico no estaba con los caballos. El humilde animal, muy apegado á sus compañeros desde su incorporación á la caravana, daba motivo para considerar muy extraña su ausencia, y más extraño aun que no se hiciese sentir por sus desentonados rebuznos.

El sargento despertó á María para comunicarle lo ocurrido, y ella, sobresaltada, se puso inmediatamente de pie, dispuesta á correr en busca del pollino. Su marido la contuvo.

—Le buscaré yo de á caballo, dijo. El borricó ha caído sin duda en las garras de un tigre. . . ó está en manos de alguien que le impide rebuznar.

En el mismo instante los parejeros irguieron sus cuellos, enderezaron las orejas hacia el lado norte del bosque y exhalaron un vigoroso y largo relincho que fué contestado por el ausente.

—Ah! Está vivo! exclamó el sargento: se hallará pegado en algún pantano. . .

No acababa de decir cuando vieron al pollino salir del bosque á gran trote arrastrando un lazo: tomaba por el frente el camino rodeante que venía al campamento.

Pero apenas se había separado unos 50 metros de los matorrales, un hombre apareció detrás, corriendo y le dió alcance pisándole el lazo. El sargento profirió una palabra de coraje que María nunca le había oído: empuñó rápidamente su rifle, apuntó é hizo fuego. . . Mas la muchacha le había abrazado al mismo tiempo gritando.—No! no, por Dios!

El desconocido quedó en pie, mirando con azoramiento. En seguida comenzó á andar directamente hacia el alojamiento de los esposos, tirando del borrico.

Al ver esto el sargento devolvió á María el abrazo diciéndola:—Gracias, hijita!—Me has salvado de matar á ese pobre!—Quién puede ser, en este lugar donde no cruza alma viviente?

La extrañeza del sargento creció de punto

cuando oyó exclamar al desconocido que se acercaba:

—Mi sargento Claro!... Gracias, niña. Le debo la vida y se la pagaré cuando me la pida!... Es el primer tiro que erra el sargento!... Tan cierto como que es el primer robo que yo iba á hacer...

Los esposos permanecieron atónitos viendo llegar á tan extraño individuo.

Su aspecto era horrible y á medida que se aproximaba se mostraba repugnante por los sucios y deshilachados andrajos que apenas le cubrían desde la cintura parte de las piernas; sus negros cabellos espesos y largos que formaban una montera en su cabeza, caían hasta los hombros y se unían por delante á la barba del mismo color y abundancia, invasora de casi toda la cara.

En ésta sólo aparecía una nariz regular, algo corva, entre dos ojos profundos, lánguidos y oscuros como cuevas.

En su pecho escuálido y desnudo se veían grandes cicatrices mal cerradas, cuyos bordes abultaban tanto como las costillas; en la mano izquierda le colgaban tres dedos á medio cortar y en una de sus piernas, bajo la rodilla, le supuraba un agujero de bala.

María se había estrechado, horrorizada, al cuerpo de su marido y le decía en voz baja:—¡Pobrecito!...

—Quién eres? preguntó el sargento.

El monstruo se detuvo de pronto en acti-

tud militar y levantando la mano á la altura de la visera de un imaginario quepí, contestó.

—El cabo 2º, Pedro Jiménez, á la orden mi sargento.

—¡Justo cielo! exclamó este último enternecido—acércate á abrazarme, compañero!

María se apartó y miró gozosa el afectuoso apretón que se dieron los dos inválidos.

—Estás en la lista de los muertos del Pulmarí, querido cabo!

—Y con razón, mi sargento, porque aquí quedé muerto, y aquí he estado sepultado cuatro años, según me parece... En el regimiento no habrán contado con los milagros...

—¿Cómo caíste?... ¿Cómo has podido salvar?...

—Si hemos caído juntos con V. y el capitán, mi sargento!... Yo lo tengo todo muy presente. Usted y yo estábamos *pegaos* al costado de nuestro capitán... todos á pie... yo quitaba golpes y hacía fuego... *Usté afirmao* á la barranca volteaba uno á cada tiro; el capitán se reía y decía:—Se conoce que el sargento no apunta con la pata... Se reía... La cosa no era para risa... Necesitábamos voltear treinta á cada tiro para igualar la partida... Ya no quedábamos sino los tres... y el capitán siempre lo tomaba á broma... De repente un montón de hombres y fusilazos... Los dos caímos, mi sargento, y encima de nosotros cayó el

capitán. Nada más ví yo... Después... no sé cuándo... era de día... he pedido á alguno me arrastrase hasta la orilla del arroyo... he visto agua... y he oído que otro decía:—¡Pobre cabo! no hay para qué moverlo más; allí no más se ha de quedar... No sé qué día he despertado con mucha sed; nadie había, ni oía ruido... He tomado mucha agua echado sobre la corriente... Más tarde he vuelto á despertar y tenía hambre... ¡Qué suerte, mi sargento! Sentí mi caramañola que me estorbaba como una piedra y recordé que estaba llena de aguardiente!... Eché algunos tragos y esto me aclaró el entendimiento... Ví recién mis heridas y comprendí que tenía el remedio en la mano: las empapé en aguardiente... pero el ardor fué tan fuerte que me volví á desmayar. Tal vez no pasó mucho tiempo... Desperté con más hambre y más fuerzas... ¡Comer!... ¿De dónde?... Un trago de aguardiente me hizo atinar á la correa de la caramañola, y la puse á remojar para comérmela. También me acordé de mi madre y de los santos que me nombraba... Y me entraron esperanzas de vivir y de volver á verla... Volvíme á desconsolar porque no tenía fuerzas para levantarme... Pero me vino otra idea!... Había visto que al arroyo y la laguna llegaban muchos patos, y pensé que habrían nidadas en los bordes. Podía moverme á la rastra... Y sin más demora me puse en viaje corriéndome por la orilla del agua, ni más ni menos que un

bicho de goma. Me parecía que mi madre ó alguno de sus santos me daban la confianza de asegurar mi rancho en ese camino, y retiré del agua la correa, bien cierto de que no tendría que comérmela. Así sucedió: en la costa del arroyo y la laguna encontré mi alimento de todos los días: bagres, huevos y pichones de pato. El primer día comí todo crudo, y desde el siguiente tuve fuerzas para hacer fuego. Las heridas seguían mal; porfiaban por echarse á perder y conocí que sólo el aguardiente principiaba á limpiarlas, y así reservé el que me quedaba jurando no beber un trago más. Durante los tres primeros años no he hecho sino arrastrarme alrededor de la laguna ocupado en preparar mi alimento. Un año hace que comencé á caminar, en el que he sufrido violentas recaídas por inflamación de las heridas que me postraban en un solo sitio haciéndome pasar crueles necesidades. Al fin he logrado un completo restablecimiento; pero con esto me ha venido la desesperación de tanta soledad. Hace dos meses me puse en viaje al norte en busca de algún puesto ó población de mi país. Caminé algunas semanas, traslomando y faldeando sierras, pasando torrentes y penetrando bosques. Mas no sé si ha sido alguna brujería ó el ánima en pena de alguno de mis compañeros que no me ha dejado separarme de este lugar.

Después de desorientarme en muchos días nublados andando al acaso, he vuelto sia

saber cómo á este mismo sitio (1) Si yo fuese como mi sargento, que sabe todos los caminos!... Yo no sé ir á ninguna parte sino donde me llevan con mi regimiento... Aquí no se ven sino caminos que van á Chile...

—¿Por qué no se ha ido entonces á Chile? se aventuró á preguntar María.

—A Chile! niña!... prorrumpió aquel hombre horrible levantando una mano perlática como si fuese á caer en un acceso de demencia: sus ojos hundidos en la obscuridad de la espantosa cara, lanzaron llamas como un bosque que principia á incendiarse—A Chile!... repitió:—jamás!... La sangre del capitán Crouzeilles clama á Dios!... Perdóneme, mi sargento, dijo en seguida, y se tranquilizó de pronto, volviendo á tomar su actitud militar.

Después, como si nada le hubiese impresionado, reanudó su narración.

(1) Es muy común este chasco en las cordilleras para los que no son prácticos ó no tienen buen instinto de orientación á través de sus caprichosas accidentaciones. A una legua de San Rafael, sur de Mendoza, hay un cerro que le llaman Bola, donde fueron antes muy frecuentes estos increíbles extravíos. Sucedió en tiempos pasados á un señor comandante de los que alternaban el servicio de aquella frontera, salir apresurado en persecución de indios invasores al sur, y después de andar cuatro días con sus noches, á trote y galope, llegar... al punto de partida frente á San Rafael: no había hecho otra cosa que dar la vuelta al cerro Bola!... Creo que los paisanos daban ese nombre al cerro, no tanto por su configuración, como por burla á los que habían cerrado el circuito en su rededor.

—Ayer vino el burrito á la entrada de mi choza, y al verle se metió en mi cabeza la idea de que él me sacaría de esta soledad: el burro, me dije, debe saber más que yo en caminos... Tenía mi lazo, como tengo otras prendas recogidas entre mis compañeros muertos: le enlacé y oculté en el bosque... También pensé que tendría dueño; pero si así fuera... confieso que me avine á robarlo... ¡estaba desesperado!... era mi última esperanza de salir de aquí... se me escapó... y al darle alcance, ví recién dónde estaban sus dueños... Si me hubiese *voltiao*, mi sargento... mi pena grande habría sido morir ladrón!... El cabo bajó la vista y quedó en silencio...

El sargento le puso la mano en el hombro y dijo:—Yo sé que has sido siempre tan honrado como valiente. Ahora te marchas con nosotros.

No hay que decir que la caravana continuó su marcha hacia el lugar del campamento definitivo, y que el cabo monstruo fué incorporado con sus enseres de menaje, pero no con los que se pegaban á su persona. María sugirió esto último en secreto á su marido, mostrándole unas tijeritas, con cuyo expeditivo adminículo, el sargento hizo que se relegase á Pulmarí el enmarañado bosque de barba y melena. La niña se conformó pensando que en aquel montón quedaba toda la ponzoña del cabo.

Por lo demás, éste marchó á pie, y en reemplazo de la montaña de guedejas,

cargó los guanaquitos por espontánea oficiosidad, para dar gusto á su salvadora. Sus demás prendas de muertos y sus propias armas fueron sobre el borrico.

CAPITULO VIII

Instalaciones—Las grutas de Neuquén—Los alimentos del desierto—Las flechas del compromiso—Los modernos especuladores engañados—El rastreador—Medidas de alcalde—Temblores de tierra—Fuga de dos ladrones—Un tiro misterioso—Erupción del volcán de Yayma—Un muerto—Reconocimiento y nuevos misterios,

El 15 de marzo de 1887 tomó posesión el sargento Claro del campo de su propiedad. Era éste una meseta poco elevada sobre el resto del territorio oriental que descende hasta la cuenca del Collomcurá. Estaba resguardada de todos los vientos y en especial de los del sur por un cordón transversal de sierras, lo que hacía su situación perfectamente favorable para habitar en invierno, y por supuesto de clima delicioso en verano. Allí había vivido el cacique Reuque Curá, de la familia principal, 6 años ha, reinante en la Pampa, hoy transformada en cabeza de una colonia agrícola.

El campo estaba alternado de lomas y bosques por entre los cuales serpenteaba un arroyo naciente en las faldas del volcán de Yayma, que demoraba muy próximo al occidente, y estos accidentes abrían espacio

á diferentes valles que el arroyo enriquecía con sus aguas cristalinas.

Presentaba un atractivo más que el sargento había omitido anunciar, para dar á María una agradable sorpresa: era una espaciosa gruta natural llena de comodidades que podía dar abrigo á 50 personas y suplía la mejor casa que hubiese deseado construir.

En el territorio de Neuquén, suelo de construcción sedimentaria, donde abundan las formaciones calcáreas y carboníferas alternadas por dislocaciones de carácter volcánico, existen innumerables grutas y aun inmensas galerías de subsuelo que pasan todavía desconocidas. En cuanto á las grutas exteriores allá llamadas *casas de piedra*, todas presentan indicios de haber sido habitadas, como también la demostración evidente de haber presidido á una población de centenares de miles de indígenas que debieron habitar aquellas faldas andinas en épocas remotas.

La gruta donde el sargento introdujo de improviso á su querida esposa, era amplia y pintoresca como un palacio de hadas. Estaba formada en un amontonamiento traquítico, seca y limpia; hacía puente sobre el arroyo, y en sus vastas cavidades interiores brindaba cómodo y seguro alojamiento para la gente y los animales. Había allí diversos apartamentos: cuartos altos con troneras de vista al campo, huecos bajos con inmediato acceso al arroyo, cavernas apro-

piadas para cocina y despensa, galerías más ó menos desahogadas y accesibles que establecían la comunicación entre las viviendas, y hasta habitación independiente para el cabo, sitio para pesebrera y dormidero de los caballos, del asno y los guanaquitos.

María recorrió con verdadero júbilo todas las reparticiones y recovecos de su inesperada mansión, distribuyó los alojamientos y dispuso con franqueza de los servicios del cabo para hacer la limpieza y ejecutar mejoras. Jiménez la obedecía con el orgullo y satisfacción del soldado que recibe órdenes directas de su general. Cuando supo que María era chilena, preguntó á su superior con su ingenua candidez:

—Hay entonces gente buena en Chile, mi sargento?

—Sí, amigo:—mucha gente buena y valiente.

—Me alegro de saberlo... Pero de seguro que ésta no es de la raza de los que nos asesinaron en Pulmarí...

Después, cuando se encontró solo con los parejeros y el borrico, les dijo en tono muy bajo:

—Debe ser argentina!...

María se sintió dueña de casa y madre de familia, su más anhelada aspiración, y como tal entró á ejercer todas las facultades, trabajando por sí y dando órdenes á quien quiera que fuese. Todos, sin distinción de persona, es decir, su esposo y el cabo Jiménez, la obedecían con placer.

Arregló el servicio de cocina bajo su acción inmediata: hizo desembalar los pequeños bultos que había conducido el borrigo y que contenían los útiles comprados en V... entre los que venía una maquina de costura y algunos géneros blancos con los que procedió á reforzar á su marido el lote de ropa interior bastante disminuído en la vestimenta del cabo. No hay que decir que éste había recuperado su figura de gente y estaba francamente aceptado en la sociedad y aun en la mesa, sin perjuicio de sometimiento á un régimen higiénico, impuesto por la patrona, en el que figuraba la aplicación diaria de un apósito de yerba medicinal en la herida de la pierna. Los dedos colgantes de la mano izquierda fueron declarados inútiles y de mala vista y de la misma orden superior procedió el sargento á amputarlos con su cuchillo. En pocos días más el cabo se halló en plena cicatrización de sus heridas y apto para todo trabajo.

Los blocs de tosca que suplían de mesa y asientos en el comedor fueron reemplazados por una mesa verdadera y tres bancos fabricados por los hombres de la casa, y el día que se estrenó este menaje encabezaron el *menú* dos ricos quirquirichos asados que se comieron con verdadera fruición, ayudando su digestión difícil con lindos tragos del licor purísimo del arroyo.

La vida era aceptable tal como se pre-

sentaba. Allí había todo lo indispensable: lo superfluo, como se ve, estaba excluído absolutamente. Luego principiarían los trabajos de cultivo de tierras en ciertos lugares que por su situación abrigada prometían fruto y serían eficaces elementos de distracción y bienestar. La caza era una de las ocupaciones de mayor recreo para los huéspedes de la gruta, á más de ser obligada mientras se proporcionaban algún ganado de crianza y aves de corral, lo que vendría oportunamente.

Se pasaba bien entretanto, y lo que faltaba... lo suplían proyectos para el porvenir. En cuanto al alimento intelectual, tan apetecido en la vida del desierto por personas que han tenido cierta preparación, como el sargento Claro, no había que pensar. El no poseía un solo libro. Pero no descuidaría esta parte esencial de su existencia, allí donde probablemente levantaría una familia.

Iluminar el pensamiento es preparar goces muy superiores para la vida solitaria. El hombre es máquina pensante y en ninguna parte funciona ésta mejor que en el desierto. En los centros sociales, es muchas veces menos importante el alimento intelectual que el alimento de la cocina. Por el contrario: este último es el que allí da bastante que pensar.

Y entretanto la naturaleza, que es el libro más interesante para quien le dedique atención, no tardaría en ofrecer al sargento

en el sitio mismo donde se encontraba variados motivos que cautivarían su atención.

En los trabajos de limpieza y despejo de escombros de que se ocupaba el cabo Jiménez, dentro de la gruta, por recomendación de María, hizo un día un hallazgo curioso. Bajo una gruesa roca removida encontró una cantidad considerable de pequeñas fichas de sílice y pórfiro, talladas en forma de flechas y de rostros grotescos.

El sargento conocía la historia de estas fichas encontradas siempre y exclusivamente en lugares que los indios habitaron en la antigüedad.

En las históricas tolderías salvajes eran utilizadas como prendas de compromiso, ó más propiamente, era cada una de ellas el signo de un juramento. Cuando un jefe indio ó a iado convocaba á malón ú otro acto de guerra, mandaba un correo con buena provisión de estas fichas.

Cada indio que recibía una, quedaba de hecho juramentado y marchaba sin demora al punto de reunión. Las fichas redondas, llamadas cabeza de español, Huinca-loncó, eran usadas especialmente en operaciones contra poblaciones cristianas. De manera que las fichas encontradas representaban las innumerables empresas de robo y sangre en que se habían comprometido los antiguos moradores de la gruta.

Cuando se quiere creer que esas flechitas y rostros son manufactura de los indios

ociosos y bárbaros de la Pampa y cordilleras, se desmiente por sí solo el hecho, considerando la perfección de la talla y forma que ellas muestran en un material extremadamente duro como el sílice. No parece sino que fuese confección de centros más civilizados, donde se promovían generalmente aquellos malones, debiendo tal vez colocarse con mejor lógica dichas fichas en el orden numismático anterior á los *patacones* que se sellaron después para inducir las mismas empresas de vandalismo.

Sobrevino otro incidente de mucha importancia y transcendencia.

En la madrugada de uno de aquellos días, el cabo encargado de una expedición de cacería se presentó con aire novedoso avisando que había visto en la parte sur del campo una tropa de animales vacunos desparramados y señalados con diversidad de marcas de las estancias de Buenos Aires, y aunque ésto acusaba la presencia de gente que debía conducirlos, no había podido descubrir á nadie.

—No se muestran... dijo el sargento; pero dejan escrito en el suelo cuanto hacen, y las señas ciertas del lugar donde están escondidos.

—Si yo supiera leer en el suelo, como V., mi sargento, respondió Jiménez, ras-cándose la cabeza, le habría traído *ataos* á esos individuos que no han de ser sino ladrones.

--Demasiado lo sé, amigo mío... No te

habrías perdido en las cordilleras si supieras leer en la tierra por donde caminas. Iremos juntos...

Es oportuno advertir al lector que cuando el sargento Claro recibió el título de su campo y manifestó la resolución de vivir en él, un coronel del ejército á quien se había confiado la gobernación del territorio de Neuquén y que conocía sus cualidades en campaña, lo había hecho nombrar alcalde á fin de que pudiese proceder legalmente en los casos ocurrentes de la región desierta donde iba á establecerse.

Revestido, pues, de esta autoridad, resolvió el sargento montar á caballo, inspeccionar el ganado aparecido y recabar de quien lo condujese las guías correspondientes.

María complementó la medida, disponiendo que ella misma y el cabo Jiménez escoltarían al señor alcalde, todos armados: ella montaría el borrico por tocarle menos actividad en la operación.

Ensillaron los parejeros y el borrico, y partieron:

Muy luego el veterano descubrió rastros de dos jinetes y un perro.

Cuando alguno de nuestros paisanos está sobre un rastro, quien lo ha causado, se pone de manifiesto: todos sus procedimientos y circunstancias son visibles ante la perspicacia del rastreador, como si leyese en el suelo la relación escrita con letras gordas. Vió el sargento que los jinetes se habían aproximado á la gruta la noche ante-

rior y que habían rodeado por un lado y otro con la intención patente de robar los parejeros.

Es muy común que el rastreador conozca el color del caballo que monta el incógnito, el aire de marcha que lleva, los sitios donde se ha detenido y la hora en que ha pasado. En esta vez descubría también las intenciones!

El sargento marchó sin vacilar, al trote largo, sobre la leyenda del sueló, y en pocos minutos llegó al punto mismo donde se hallaban campados los dos jinetes y el perro. Era un sitio escondido en el bosque; no tenían fuego para no hacer humo, y el perro estaba embozalado para impedir ladridos... Precauciones inútiles ante el rastreador!...

Hubo movimiento de pánico de parte de los desconocidos: corrieron á los caballos intentando escaparse; pero habiéndose reconocido la guarida poco antes de llegar á ella, el avisado militar había hecho avanzar al cabo y á María por el camino, mientras él rodeó de manera que los tres se presentaron en el escondite por lados opuestos.

Aquellos individuos vestían ponchos cortos y sombreros de amplias alas, como los cuidadores de ganados en la tierra vecina. Fueron requeridos de exhibir la guía que acreditase la propiedad de los animales que arriaban, y después de algunas indecisiones presentaron una, expedida en Carmen de Patagones, por la que constaba la extrac-

ción legal de diez animales. El resto, hasta doscientos que componía la tropa arreada, sólo se veía consignado en la cifra numérica, por medio de un número 2 escrito antes del 10.

El alcalde declaró entonces embargado el ganado hasta tanto que los interesados, que juraban la honradez de su conducta, trajeran de Patagones los comprobantes suficientes. En seguida fué intimado el arresto de las personas, y en esta condición marcharon á la gruta precedidos del alcalde y su esposa, y escoltados por el cabo, cuyas miradas feroces imponían como un escuadrón.

* * *

A fin de preparar mejor al lector para los sucesos extraordinarios que en seguida se produjeron, debo suministrarle algunos datos más sobre la topografía del recinto predial que ocupaba el sargento. Cierto es que hasta el día á que llega esta narración, el mismo propietario del campo no había hecho ninguna exploración parcial fuera de las del reconocimiento interior de su gruta y de los trabajos en que se ocupó para asegurar sus entradas y salidas, poniéndola en perfectas condiciones estratégicas.

A distancia de unos cien metros de la gruta, siguiendo el arroyo hacia arriba, había un gran promontorio calcáreo que el mismo arroyo rodeaba por el lado sur y salía con ruidoso murmullo de los espesos

matorrales que obstruían la vista de aquella prominencia. Por detrás de dicho promontorio cruzaba uno de los caminos que van á Chile, traslomando la cordillera por el costado norte del volcán de Yayma.

Esta antigua boca de fuego que desde época inmemorial había permanecido en reposo, se hallaba á la sazón encendida en sus hornallas interiores, según lo manifestaban los humazos que con ciertas intermitencias aparecían coronando su elevado cono, así como los ruidos subterráneos y estremecimientos de suelo que habían comenzado á hacerse sentir con creciente intensidad y frecuencia, hasta el grado de que no era ya indiferente este alarmante fenómeno á los habitantes de la gruta que apenas distaba unos 5 kilómetros en línea directa á las faldas del volcán.

La tarde del día en que los ganaderos arrestados llegaron á la gruta y fueron alojados en una de las cavidades exteriores de ella, hubo un fuerte remesón de tierra, por el que se mostraron excesivamente atemorizados y suplicaron casi llorosos se les permitiera dormir al raso, en la costa del arroyo, protestando que no se ausentarían, puesto que tenían en el campo todo el ganado que era buena garantía de su permanencia. El sargento accedió inmediatamente á la súplica, no dando ninguna importancia á la detención de los individuos desde que tenía perfecta seguridad de que no sacarían el ganado sin ser sentidos. En cuanto á

sus personas, le eran repugnantes y casi deseaba que desapareciesen de su vista. Recogióles, pues, la guía y los dejó hacer su gusto.

A la media noche se repitieron los temblores y ruidos cavernosos. En uno de estos fuertes estremecimientos, los parejeros saltaron despavoridos su tranquera y dispararon al campo. El cabo Jiménez salió inmediatamente en su busca: mas con su torpeza característica para orientarse erró su dirección y vagó una hora perdido entre las lomas. Mientras tanto los mansos caballos regresaban luego tranquilos á su pesebrera... Pero no alcanzaron á entrar en ella.

El sargento y María esperaban confiados la vuelta del cabo. La noche estaba obscura, silenciosa y reinaba una absoluta y fatídica inmovilidad en el aire. De repente sintieron un tropel que partía del alojamiento de los ganaderos arrestados, y á poco trecho, cuando al parecer pasaba por detrás del promontorio calcáreo, sonó un tiro. A la detonación, multiplicada por el eco en los cerros, el tropel cesó un instante y en seguida se renovó, en dos direcciones opuestas; alejándose hacia la cordillera parecía un solo caballo á gran galope y volviendo atrás camino de la gruta, dos ó más animales al trote agitado; luego dos relinchos muy conocidos.

—Mis parejeros! exclamó el sargento—
¿Qué ha sucedido?...

Efectivamente, los parejeros llegaron en seguida acompañados del burrito. Los primeros se acercaron á los esposos repitiendo bajos rezongos de contento y alternando de vez en cuando algún resoplido de sorpresa. Al pasar la mano cariñosa por sus cuellos erguidos se notó que tenían un lazo. ¿Qué significaba esto? Un rato después llegaba el cabo y se sorprendía al encontrar los caballos. Traía la noticia de que los chilenos no estaban en su alojamiento.

—Tú has hecho un tiro? le preguntó su superior.

—No, mi sargento. Al oír el tiro he corrido creyendo. . . .

—Quién ha puesto este lazo á los caballos?

—No lo sé mi sargento. De seguro han tratado de robarlos. . . .

—Pero ese tiro! . . .

Los tres interlocutores se miraban ansiando una explicación.

Repentinamente un violento sacudón de tierra acompañado de un espantoso estallido les hizo rodar juntos, fuera de la entrada de la gruta. María dió un grito estridente y cayó abrazada de su esposo. A la vez se produjo una claridad deslumbrante, violácea, que al reincorporarse los tres amigos los hizo mirarse con horror: tenían caras de muertos.

—El volcán! gritó el sargento.

—Dios mío! exclamó María. Qué tienes en la cara, Adolfo?

El sargento estaba sereno; oprimía contra sí el cuerpo tembloroso de su esposa.

—No te asustes querida, la contestó:— es la luz de la erupción.

—A tu lado nada temo, mi Adolfo!... Pero esto es espantoso!... Tengo yo la cara horrible como tú?

—Sí, y como el cabo: mírale...

El cabo estaba mucho más feo, porque reía.

Sujetaba los caballos del lazo y los palmeaba reanimándolos. Los pobres animales no se movían, pero temblaban.

—Mira, querida, qué hermoso espectáculo! dijo el sargento señalando al occidente.

Un penacho de fuego se elevaba al cielo, de la cima del Yayma, al que rodeaba desde la base de su cono, estriado por diversas listas ardientes, un inmenso círculo de nubes retintas, alumbradas por el lado que miraban al cráter y transparentando las cascadas de materia ígnea que caían por los flancos. La faja de fuego ascendente se veía en un movimiento incesante y asombroso de cuerpos iluminados que subían unos en pos de otros, y desde la gran altura donde coronaban su parábola, volvían á caer enormes brasas cuyo trayecto marcaban largas listas de chispería.

El campo estaba tan claro casi como á la luz del día, y sin embargo, el suelo se iba obscureciendo bajo una lluvia densa de ceniza.

María contemplaba aquel estupendo cua-

dro, llena de admiración, pero no la abandonaba la inquietud de lo imprevisto que se había apoderado de su ser en la sucesión de horripilantes impresiones experimentadas. Era esa voz inexplicable del corazón que anuncia algo más... María iba á ver algo más imprevisto y sensacional para ella...

—Qué es lo que se ve allí? dijo de repente el cabo Jiménez señalando á la banda opuesta del arroyo, frente al promontorio calizo.

María se levantó sobre la punta de los pies y dijo

—Es un tronco...

El sargento miró y exclamó admirado.

—Es un hombre!

En esos momentos la columna de fuego que alumbraba el campo comenzó á bajar rápidamente como si el cráter se la tragase, y se extinguió luego, dejando el cielo y el horizonte en la más tenebrosa obscuridad, la que confundió en una sola masa negra la gran cordillera y el espacio. No se veía sino el perfil del cono volcánico marcado con filetes de fuego.

El campo tomó el color de los horizontes y los espectadores de la gruta quedaron como si hubieran enceguecido.

—Ahora ha pasado todo... dijo el sargento.

—Y áquel hombre? observó María.

—Aquel hombre, hijita... si no me equivoco es uno de los dos ladrones que tanto temor áparentaban de los temblores...

Déjalo ahí hasta mañana... casi estoy seguro de que no se moverá... está muy oscuro...

—El lazo que tienen los caballos, agregó el cabo, ya lo conozco: lo traía uno de ellos en la falda de su recado: mañana vendrá á cobrarlo...

—Tal vez no venga, respondió el sargento guiñando un ojo. Vamos á dormir en paz. El volcán ya ha respirado.

* * *

A la mañana siguiente el cielo sonreía; pero el suelo estaba enlutado: una espesa alfombra de ceniza le cubría y aun agobiaba las copas de los árboles. Estos no se habían sacudido todavía de la fúnebre carga, porque la brisa suave que acompañaba la salida del sol y conducía perfumes lejanos, apenas modificaba la absoluta inmovilidad de la noche anterior.

El Yayma envuelto en humaredas ocultaba sus contornos superiores y dejaba ver en su base oscuros verdugones de lava que entraban en enfriamiento exhalando penachos de vapores blanquecinos.

No se detuvieron tanto los habitantes de la gruta en la interesante vista del cerro que tan imponente y espléndido rol había jugado en la pasada noche: toda su atención se dirigió al bulto siniestro de la opuesta banda del arroyo y allí se dirigieron los tres al más ligero paso que al sargento le era posible con su mula.

Allí estaba... El sargento había visto bien:—era un hombre. Pronto reconocieron en él á uno de los arrieros del ganado. Estaba evidentemente muerto.

Examinado más de cerca por el sargento, éste se puso muy pensativo. Pidió á María y al cabo que habían quedado un poco atrás, se detuviesen á fin de observar mejor los rastros poco perceptibles á causa de la lluvia de ceniza. Cuando hubo concluido esta operación sobre el camino, dando algunos pasos atrás y adelante del sitio donde estaba el cadáver, volvió al lado de éste y se puso á mirar con mucha atención á la inmediata loma de la derecha.

—Qué hay? preguntó María, desde el lugar donde estaba detenida é iniciando el deseo de adelantarse.

—No avances, María, te pido: ya voy yo, contestó el sargento, muy preocupado. Luego vino al lado de su esposa y continuó:—Volvamos á casa: tenemos que hablar.

CAPÍTULO IX

Reflexiones de rastreador — Interrupción de conferencia por una pedrada con carta — Otra gruta habitada — Calamitosa historia del vasco Etchegoyen — La gran invasión de costa sur y sus terribles consecuencias — Abnegación y venganza tremendas.

—Es un misterio! . . . repuso el sargento, cuando se hallaron sentados bajo la primera bóveda de la gruta. — Según mi observación, de los rastros y de la herida que ha dado muerte á ese individuo, los dos compañeros iban de galope por el camino, uno en pos del otro. El último que llevaba los parejeros de tiro, ha recibido un balazo en la sien derecha, justamente al pasar frente al promontorio que se halla de ese lado, en el punto mismo donde yo me he detenido á observar; lo que indica muy claro que en dicho promontorio ha habido ó hay alguien, que es quien ha hecho fuego sobre ese desgraciado. . . He notado en los matorrales interiores del punto de donde debe haber partido el tiro, ramas quebradas y algo como una senda debajo, en el declive de la loma. Mi creencia es de que allí ha vivido hasta anoche y tal vez exista todavía una persona que no conocemos. Debemos proceder sin

demora á descubrirla ó por lo menos reconocer la guarida donde pueda haberse ocultado á nuestra vista. Si alguien está allí, nos espía, y no sabemos lo que de su incógnito debemos esperar.. Será un amigo?... No! puesto que se oculta...Será un enemigo?...Podrá serlo...aunque ya le debemos un servicio:—ha detenido al hombre que nos robaba los parejeros... Por todo motivo es fuerza que hagamos el reconocimiento. Vamos, cabo: toma tu carabina y en marcha.

—Hola, increpó María, poniéndose de pie con un brinco.—Conque el señor alcalde se permite marchar al peligro con las fuerzas de su mando y desairar á su mujercita que no puede separarse de su lado y que anoche le ha dado pruebas de su valor?...No lo consentiré: yo he de ir como uno de tantos: para eso estoy aquí, á su lado...Si mi marido dice que no tiene más que una muleta...no es cierto: tiene dos: yo soy la que no es de palo!

—Querida María, suplicó el sargento:—no conviene que vengas...quédate...

—No y no, replicó la niña con resolución. Si te hiriesen, no será la de palo la que te sostenga, sino...

La frase fué interrumpida por una nueva y más extraña sorpresa... Acababa de caer una piedra blanca del tamaño de una naranja á pocos pasos al frente de la bóveda.

—Caramba! prorrumpió el cabo, vuelve el Yayma con su artillería?

Ya había corrido María á recoger la pie-

dra, sin que el sargento hubiese tenido tiempo de impedirlo, pues creyó al primer momento en el anuncio de Jiménez.

Al instante volvió la muchacha muy caricontecida trayendo en alto sobre la punta de los dedos la supuesta piedra blanca.

—Está envuelta en papel, decía, y la presentaba á su marido.

Este la tomó y desenvolvió rápidamente dejando caer un guijarro que acompañaba al papel.

Una exclamación de asombro fué la primer mirada cuando desarrugó el papel: en él había escrito nada menos que su nombre! . . .

El papel decía lo siguiente:

«Sargento Adolfo Claro: Acabo de conocer á usted entre las personas que han estado frente á mi caverna y he visto que ante su ojo insigne de rastreador no puede ser desconocida mi existencia aquí, después del tiro que he hecho anoche. Sabía que eran argentinos los que estaban instalados en la gruta grande, y sabía que los dos ladrones *de poncho corto* robaban sus caballos: por eso he muerto al que los llevaba. Nunca he tenido placer más grande que el que ahora experimento al saber que he hecho un pequeño servicio á soldados del noble ejército de mi patria y en especial al valiente sargento Centauro que hizo parte de la gloriosa columna que libró al país de las depredaciones seculares de los indios y sus aliados. Quiero comunicar á V. el secreto de mi

vida bajo estas piedras, no más opresoras que el recuerdo de las desgracias que aquí me han traído. Por ahora me atrevo á abrir mi corazón á usted sólo. Más tarde... Dios me perdonará... La entrada de mi caverna, verála abierta si se detiene cuatro pasos más arriba del sitio donde estaba el cadáver.—J. E.»

—Es portentoso, exclamó María.

Acompañaron al sargento, su esposa y el cabo hasta la inmediación del punto de cita y allí le vieron penetrar en los matorrales, haciéndoles señal de confianza. El cadáver había ya desaparecido.

Apenas hubo llegado el sargento al lugar prevenido en la carta, vió que uno de los más gruesos arbustos que formaban la espesura circulante de la loma, se trasladó hacia un lado y descubrió una senda limpia. En ella apareció un hombre de elevada estatura y cara exageradamente pálida. Tenía un gesto feroz, pero noble, acentuado, con grandes ojos verdosos y sombríos, largo y lacio bigote, pintado de canas, caído sobre una barba muy rala y enteramente gris. El pelo cortado á cuchillo, se sujetaba en la frente estrecha con una vincha de tiento á la moda de los indios. Vestía una camiseta oscura, raída, pantalones de piel de guanaco y calzado de potro en forma de uzuta. Todos sus miembros revelaban una constitución vigorosa. Aprehendió al encuentro del sargento tendiéndole la mano con caluroso afecto y ayudán-

dole á penetrar en la caverna. Esta se hallaba al fin de una cripta oscura que descendía muy suavemente unos veinte pasos.

Después, un abra espaciosa alumbrada por troneras en la techumbre y separada de otra cueva oscura al fondo con comunicación por una chimenea que el huésped tendría que encorvarse mucho para atravesar.

En la abra se detuvieron y tomaron asiento sobre bloques de mármol ablandados con cueros de guanaco.

El sitio era pintoresco: de la alta bóveda pendían innumerables estalactitas cuyas cristalizaciones recibían diagonalmente la luz y la esparcían en rayos de diferentes colores. En torno de los muros laterales subía en espiral casi perfecta un ancho crestón pizarroso que llegaba hasta la tronera desde la cual se dominaba con la vista un extenso radio de campaña. Era éste el mirador del extraño personaje que tan bien impuesto estaba de cuanto pasaba á su alrededor sin que nadie lo hubiese notado.

Su relato principió así:

—Ya hube de hacerme conocer de V., señor sargento, una noche del año de 1883 en que campó sobre la costa de este arroyo el mando de una partida exploradora. Recibí de V. un favor cuya importancia nunca sospeché. Una enfermedad me había impedido la caza durante tres días y me moría de hambre: le solicité un pedazo de carne

llamándome cateador de minas que regresaba á Chile á pie... Nada me averiguó V. al ver mi necesidad y mi cara escualida, y me llenó de provisiones que tal vez hicieron falta á V. después. Desde entonces jamás le he olvidado...

No será ciertamente muy extraordinaria é increíble para V. la narración que voy á hacerle, porque conoce los antecedentes tenebrosos de este territorio de la Pampa y cordillera abandonado por nuestros gobiernos hasta hace 10 años: no verá en ella sino la repetición infinita de calamidades cuyos vestigios y recuerdos habrá encontrado en cada rincón de este teatro de barbarie donde V. peleó tan valientemente hasta limpiarlo de los ladrones y asesinos aliados que lo inundaban. Me llamo Juan Etchegoyen, de nacimiento vasco español y naturalizado argentino.

Yo vivía feliz con mi familia formada en el país, en mi establecimiento de estancia á pocas leguas de Bahía Blanca y más cerca de la línea de fortines llamada Costa Sur. Idolatraba á mi mujer y á mis dos hijas, casada la mayor con un noble y honrado joven que acrecentaba nuestra fortuna con su actividad y constancia en el trabajo; la menor era soltera: un ángel de 16 años. Mi yerno honraba el nombre de Carlos Suárez. Estimado por sus muchas virtudes varoniles, tenía en su corazón una flaqueza: se condolía de los miserables y perdonaba ofensas!... Un día dió entrada en la casa,

so pretexto de que se moría de hambre en la calle, á un malvado encubierto, llamado Justino Navarrete. Había llegado de Chile sin ocupación conocida. Rondaba por los fortines donde los soldados le daban alojamiento y carne... Fué alimentado y vestido por mi yerno durante algunos meses. En el mejor momento desapareció robando un valioso caballo de su protector. Nada habría sido esto... Tres meses más tarde, pagamos demasiado cara la protección que habíamos dispensado á ese hombre!...

—Cosa rara!... pensó el sargento:—Me parece haber oído un sollozo en la inmediata caverna!...

—Atiéndame V. continuó el hombre pálido.—Nada le voy á ocultar... A los tres meses de la fuga de Navarrete, el día 15 de junio de 1870, cayó sobre la frontera Costa Sur una de las formidables invasiones que han asolado las comarcas del sur. Chusmas chilenas mezcladas con indios de una y otra falda de la cordillera componían una masa inmensa de tigres famélicos impulsados por ira internal. A su llegada á los establecimientos se levantaban las llamas del incendio, los clamores de las mujeres y los niños; todo perecía: la gente y los animales domésticos. Encabezaba las furiosas hordas Justino Navarrete!... Era el baqueano de los fortines y de las casas de familia donde había recibido favores. Mi casa fué el centro de sus mayores atrocidades: á sus manos cayó mi yerno hecho pedazos; mi mujer pe-

reció bajo las más horribles angustias; y yo caí también... Pero me estaba reservado el más espantoso de los sufrimientos: revivir al siguiente día entre las palizadas de mi casa incendiada y no hallar siquiera los cadáveres de mis hijas... Pluguiera al cielo que allí hubiesen perecido conmigo!... La invasión se había retirado arriando todo el ganado vacuno y cabalgar de muchas leguas en contorno: no había sido sentida ni perseguida por las fuerzas de la línea militar. Dependía esto de que la guarnición del más cercano había sido sorprendida y amarrada sin que escapase un solo hombre. Sin embargo, tres días después (el 18), llegó la noticia de la catástrofe al fortín Belgrano, que comandaba el coronel Julio Campos, y este valiente jefe emprendió la persecución en los mismos momentos, alcanzando á recuperar 10.000 cabezas vacunas y gran número de caballada (1).

Seis meses más tarde, restablecido de mis heridas, tuve aviso de que mis dos hijas habían llegado á Chile, y quiso Dios que encontrase bajo los escombros de mi infortunado hogar el depósito secreto intacto de todo el dinero que poseía, inapercibido por el infame conductor de la invasión. Sin vacilar me puse en marcha.

La Pampa era entonces desconocida é intransitable. Viajé por la vía norte, y en 20

(1) Consta en los partes oficiales el suceso referido.

días arribé á la capital de aquel país.

Pude allí mismo deducir de datos sobre recientes negociaciones de ganado traído del sur, que los arreos habían entrado por Lonquimay al pueblo de Angol, por Antuco á Los Angeles, y por Epu Lauquén al pueblo de San Carlos de Chillán.

En alguno de aquellos pueblos estarían mis hijas si no habían perecido... Trasládeme al sur, y á los 4 días de investigaciones reconocí en el fundo fiscal de Canteras buen número de animales de mi marca!... Me parecía increíble que mi hacienda, traída por semejantes manos, estuviese en aquel fundo como propiedad legítimamente adquirida. Mas olvidé todo esto al saber que Navarrete había pasado al pueblo militar de Angol, conduciendo ganado para el general P... y acompañado de una joven bien parecida. No dudé más tiempo: esa joven era mi hija soltera: mi Lucía! Sin pérdida de tiempo me lancé al camino.

Llegué en el día á Angol y allí tuve conocimiento de que la pobre niña, apenas llegada á ese centro de población donde residían altos funcionarios, se había presentado á un juez acusando á Navarrete del asalto á su casa con los indios, del asesinato de sus padres y su cuñado, del incendio de la casa, del robo de los ganados y en fin de las violencias de que ella misma y su hermana habían sido víctimas, arrastradas á Chile contra su voluntad... Mi infeliz hija tuvo fe en la justicia que le harían aquellas

gentes!... Qué decepción fué la suya!... No encontró ni los miramientos á su corta edad é inocencia! El juez y otros personajes presentes, riéndose en su cara, la dijeron con desparpajo: «que eran delitos de otro país» y que «la justicia de Chile no era para la Argentina» (No obstante, la justicia argentina y sus armas con San Martín habían sido para Chile...) Ni aun la dieron protección contra su raptor. Navarrete paseaba en libertad y continuaba negociando ventas de ganado como si fuera su legítimo propietario... El mismo día de la burla en los tribunales de Angol, mi hija había desaparecido.— Descubrí en el rancho de una pobre mujer, contiguo al camino del Norte, que la criatura había pasado una noche á pie y se dirigía á Chillán en busca de su hermana, de quien había recibido informes vagos... Pensar en las penurias de tan largo viaje, sola y sin recursos!... Marché en seguimiento suyo explorando los caminos. Creía encontrarla detenida en algún lugar, enferma ó pereciendo de necesidad... Pero no: había llegado á Chillán... Allí me estaba reservado el golpe más horrendo!... De mi hija casada, de mi querida Clorinda, tuve noticias inmediatamente de entrar al hotel de mi alojamiento: todos sabían su historia... per, qué ¡historia!... Clorinda Echegoyén era una mujer criminal: había llegado desolada al pueblo de San Carlos y allí había sido reducida á prisión, acusada de haber asesinado al mayordomo del rico

M. M. en Epu Lauquén, falda oriental de la cordillera, en territorio argentino.

Aquí el delito perpetrado en jurisdicción argentina era justiciable en Chile! . . . Conducida de San Carlos á Chillán, arrojada en mal sana prisión durante tres meses, últimos del estado de embarazo en que se hallaba, que por cierto no era estado interesante para aquellas hienas, apenas había tenido el consuelo de ver á su hermana Lucía, que la comunicaba, soportando el martirio de inmundas asechazas por parte de jueces y carceleros. Por último, sobrevino el parto y con él su muerte. . . Una santa mujer de nacionalidad francesa, hermana de caridad, de tránsito por dicho pueblo, recibió la niña que la desventurada hija mía dió á luz y la condujo bajo sus cuidados á uno de los pueblos del norte donde tenía su convento.

No he dicho á V., señor sargento, que la última parte de esta horrible historia la tuve de los labios de mi hija Lucía, último vástago tronchado de mi familia, á quien encontré desconocida y moribunda en un miserable hospital. . . Todos mis recursos y cuidados fueron inútiles para restablecerla de la mortal calentura que la había tomado. Ella misma, desde que se vió á mi lado, se declaró feliz y reunía las fuerzas de su poderoso espíritu para recuperar la vida; pero no pudo retroceder un paso de la pendiente de muerte que la llevaba por sus inauditos sufrimientos.

Me impuso del suceso de Epu Lauquén referido por su hermana. El malvado que en Chile resultaba mayordomo y que en el malón salvaje había sido uno de los principales caciques indios, se había adelantado solo con Clorinda al alojamiento de Epu Lauquén y en la noche, puesto en estado de embriaguez, intentó nuevas violencias, en las que ella, desesperada, pudo apoderarse de su cuchillo y hundírselo entero en la garganta, tomando inmediatamente el camino ancho que de allí sube la cordillera y baja á la aldea de Roble...

Una tarde... fué el 20 de marzo de 1871... me halagaba todavía la esperanza de mejorar á mi Lucía y viajar con ella al norte en busca de mi nieta. Me aseguraba que sabría encontrarla, pues la virtuosa hermana de caridad la había dejado señas de su convento en el puerto de Valparaíso donde sería bautizada y... en esta conversación, ¡Dios santo! mi hija se alzó de repente echándome los brazos... y volvió á desplomarse... Estaba muerta!... No es necesario que hablé á V. de mi sorpresa... de mi desesperación!... Encontré en su seno una fotografía que me había ocultado... era el retrato de Clorinda hecho en la cárcel y con esta inscripción: ASESINA!...»

Me desespera ese pedazo de mi alma en la cárcel... y con semejante marca de ignominia!...

Sepultada Lucía y terminados los servi-

cios fúnebres que dediqué á mis dos involvibles hijas, partí para Valparaíso en solicitud de mi nieta. No fueron allí más felices mis empeños. La santa hermana de caridad acababa de embarcarse con destino á su país: como una verdadera madre había cuidado de la criaturita; ésta había sido atacada de una violenta fiebre cerebral de la que creyó salvarla haciéndola sufrir una energica y extrema operación de sangría en la parte posterior del cuello. Antes de partir la monja había depositado la huerfanita moribunda en manos de una nodriza domiciliada en un valle lejano. Agregaron las hermanas de caridad la triste nueva de que la criatura había sucumbido, al fin, al terrible ataque de que rarísima vez salvan los párvulos y pusieron en mis manos la carta de la nodriza en que daba detallada cuenta de lo ocurrido.

Quedábame, pues, solo en el mundo: no había ya para mí horizonte, estímulo ni halago en la vida; me veía desvinculado, despedazado el corazón, huyendo dentro de mí mismo despavorido de mis propios recuerdos. . . Pensé en el suicidio y caí en el lecho quemado por la fiebre. En mis ensueños me veía rodeado de mis queridos muertos: todos me clavaban su mirada y adelantaban sus manos yertas.—Si me llamáis, allá voy! deciales tomando mi revólver. . . pero una mirada severa de mi mujer y mis hijas me paralizaba. Una noche en la febriciente lucha creí ver detrás de las

víctimas el semblante asqueroso de Navarrete que con risa diabólica las incitaba á llamarme.—Ah! te ríes! grité, contenido por mi médico,—pues es necesario que cuando yo me vaya, ya tú hayas dejado de reír! . . .

Al día siguiente yo ya tenía un pensamiento que me apegaba á la existencia. . . encontraba en mi vida un objetivo: la venganza! . . . Ya estaba sano! . . . Compré el mejor rifle de repercusión y el mejor puñal y me trasladé á Angol.

Navarrete continuaba paseando y negociando ganado. El bandido vivía lleno de relaciones y solicitantes. Muy lejos estaba de reconocerme, pues me había visto tendido y sangriento entre mi mujer y mi yerno.

No le perdí de vista: fuí su sombra.

Cierta noche le sentí discutir un negocio de arreo de vacas con un personaje conocido, especulador en los malones. Dos caciques pehuenches andaban en las conferencias y no era dudoso el asunto de que se trataba. Esperé una semana vigilando con mi caballo enjillado, y una madrugada ví que Navarrete se ponía en marcha por el camino de Lonquimay, acompañado de los dos caciques pehuenches y un peón que tiraba de una carga de sacos. Echaron la voz de que iban á cateo de minas, á cuyo efecto ostentaban sobre la carga un pico y una pala. A medio día seguía yo el camino, pisando sus rastros. Sabía por buen conducto que su itinerario era

en esta vez traslomar la cordillera por el paso de Yayma, seguir por Pulmarí y Aychol hasta el río Agrio; por Codihue y el Agrio al norte aproximarse á la frontera de Mendoza, cerca de la cual se había reunido en pastoreo una fuerte masa de ganado. Los dos caciques pehuenches que acompañaban y eran jefes de tribu en dicha frontera, acababan de celebrar conferencia con cierto personaje rico. . .

En la noche acampé sobre una eminencia teniendo á la vista su alojamiento en el bajo de Lomquimay; y al día siguiente continúe mi camino directo por la falda oriental andina, y vine á esperarlos emboscado en la bajada de Yayma. Llegaron á media noche y se establecieron en la costa de este arroyo: desensillaron los caballos y levantaron gran fogata. . .

Si no fué Dios fué su maligno contradictor quien puso á Navarrete y á sus tres acompañantes á tiro de mi rifle! He sido en mi país, señor sargento, soldado como V. y en la escuela de tiro ocupé rango entre los mejores. De modo que la vida de aquellos cuatro hombres estaba en mis manos. Mas yo no anhelaba otra cosa que tomar á Navarrete vivo. . . Para llegar á ese fin, la fatalidad me imponía matar á los otros tres, que me eran indiferentes! . . .

Los cuatros rodearon el fogón ofreciéndome blancos inerrables. Hice tres tiros avanzando. . . el único que se levantó ileso y ázorado fué Navarrete. Corrí sobre él, no-

tando que iba á tomar un caballo, y le grité con mi acento que le era conocido.

Justino Navarrete! Los Etchegoyen ordenan que no te muevas!

Me vió y cayó de rodillas suponiéndome un fantasma; sus manos temblaban de tal modo que le imposibilitaban toda acción á pesar de que una de ellas empuñaba el revólver que alcanzó á sacar del cinto. Su boca balbuceaba, pero no profería palabra.

Le desarmé y aseguré al cuello una cuerda. Recordando sus herramientas mineras, le mandé tomarlas y cavar allí mismo una fosa donde fueron enterrados los tres muertos. Hícele apagar el fuego y soltar los caballos, y cuando hubo concluído los quehaceres, le amarré de pies y manos mientras meditaba la forma de mi venganza.

Ya amanecía.

Con la idea de explorar los alrededores en busca de un sitio conveniente, me dirigí á este alto macizo calcáreo donde nos hallamos, y apenas había dominado su cima cuando descubrí esta caverna por la tronera que hasta allí encumbra.

El mismo día quedó resuelto el programa de mi venganza, á saber: establecerme con el autor de todas mis desgracias . . . sacrificarme para sacrificarle. He condenado á ese malvado á cárcel perpetua . . . Soy su juez y su carcelero . . . y como soy más viejo que él, seré probablemente su verdugo, porque no permitiré que me sobreviva.

—Y ese hombre está ahí! preguntó admi-

rado el sargento, indicando la caverna oscura.

Antes de que contestara el hombre pálido volvió á oírse el ronco sollozo salido del antro.

—Hace 16 años que vivimos juntos, dijo el terrible vasco. Yo soy feliz con la comida de mis cacerías y él come mis sobras. Sólo me cuido de que viva para sufrir y expiar sus crímenes. Persuadido estoy, además, de que habré apartado de las fronteras de mi querida patria adoptiva más de una catástrofe suprimiendo la diabólica actividad de ese miserable.

—Pero... reflexionó el sargento: V. arrastra una grave responsabilidad ante su propia conciencia... y sobre todo... ante la justicia, asumiendo sus atribuciones é infringiéndola en sus fundamentos cuando se hace juez y parte...

—Usted rasguña en mis propios pensamientos, señor sargento, replicó Etchegoyen con altivez; le pido que no lo haga, porque después de todo, soy honrado y pienso como V. que es honrado también. Pero nos hallamos en el desierto... Algo es ya que yo haya limitado mi venganza á privar de la libertad á un criminal sacrificándome yo mismo... Creo además que la justicia no es el juez nombrado por oficio, sino la justicia misma... quien quiera que la ejecute, aunque éste fuese un agente material ó inconsciente como cuando la casa se desploma sobre el delincuente al consumir

el delito. Después... Aquí no hay juez...

—Permitame V...yo tengo el deber de representarlo....

El hombre pálido enronqueció su voz y dijo:

—No he de dejar de respetar á V.; pero quiero usar de la lealtad de prevenirle que si acordase mejorar la condición de ese individuo, le apuñalearé y me entregaré á V., criminal!...

—Oh! no! repuso el sargento: mi intervención no sería para favorecer á ese bandido, sino para dar la posible forma legal al asunto y salvar á V. de las acusaciones de su propia conciencia. Quiero quitarle á V. el placer de la venganza y dejarle la satisfacción de la justicia.

El hombre de la caverna se levantó entusiasmado y oprimió afectuosamente las manos del veterano.

—Gracias! gracias! exclamó: — V. me ha comprendido!... Disponga de mí sin límites!...

El sargento se levantó prometiendo al terrible vasco visitarle diariamente.

CAPÍTULO X

La pérdida de los papeles—Revelación enloquecedora—El retrato de la madre—Dichoso abrazo de familia.

Cuando regresó el sargento encontró en su hogar un movimiento inusitado y la consternación pintada en la cara de María. Esta revolvía todos sus trebejos y los de su marido mientras el cabo Jiménez registraba las monturas y corría después escudriñando en los diferentes compartimentos de la gruta.

—Ay! Adolfo mío, cómo te vas á afligir!... Qué mal te he hecho con mis distracciones! decía María saliendo á su encuentro, y agregó sollozando:—he perdido los papeles y parte de la ropa que te guardaba!

El sargento recibió la noticia con entera tranquilidad, y hasta con un respiro de satisfacción, pues la actitud de su querida compañera le había hecho temer una desgracia mayor. Limitóse á averiguar de qué modo se había producido la pérdida.

Al regreso de la captura de los dos ladrones y su detención en una de las cuevas exteriores de la gruta, María había dejado afuera el borrico ensillado sin recordar que

en las maletas unidas á la montura guardaba ropa de su marido y las escrituras de la propiedad territorial, que poco ha habían tenido á la vista para verificar la ubicación. Aquellos rateros aprovecharon sin duda el descuido, y el cabo que desensilló los caballos no notó la falta. Alimentóse todavía la esperanza de encontrar los objetos entre los enseres del muerto que estarían en manos del hombre de la caverna; el sargento se apresuró á averiguar. Nada había; el que escapó era quien robaría las maletas.

—Es una pérdida, dijo el sargento;—pero no para afligirse tanto... Son documentos públicos que pueden renovarse y esta propiedad, además, es intransferible por la ley...

Pero María seguía preocupada, pesarosa: el desprendimiento de su esposo agravaba su pena, porque imaginaba que él sufría y disimulaba.

La mañana siguiente, el sargento se propuso desviar la pesadumbre de la impresionable niña, comunicándola con todos los pormenores la conferencia de Etchegoyen que no la había referido sino en las rasgos generales, eludiendo cuanto en ella había de más doloroso.

Consiguió su objeto mucho más de lo que había previsto, pues la relación así transmitida puso á María en un estado de excitación violenta.

—Adolfo: deseo con ansias ver ese retrato!...

—Y qué interés te mueve, María, de ver á esa pobre mujer puesta en la picota?

—Quiero verle, querido maridito!... y quiero ver también esa carta!...

—Qué carta, niña?

—La carta de la nodriza que las monjas dieron á ese señor!...

—También querrás ver á Etchegoyen?...

—Sí! también!... después!... después!...

—Y al miserable que está preso?...

—No!... A ese no... jamás!...

—María!... qué tienes, querida?...

—Mira!... dijo la niña llegando al parodismo de su exaltación y atrayendo al sargento á la luz sin darle casi tiempo á tomar su muleta—Mira!... toca aquí... repetía llevándole la mano á la parte más alta y posterior de su propio cuello... Tenía allí la marca de antiguas cicatrices.

—¡Dios omnipotente! exclamó el militar. Sería posible?....

—Sí!... es posible!... Oye, Adolfo querido:—mi madre estuvo presa en Chillán!!

—Vamos! vamos!.... exclamó el sargento.

A medida que avanzaban, se iba induciendo en las ilusiones de su mujer, y cuando estaban cerca, él mismo apuraba el paso...

Llegados frente á la misteriosa entrada, el sargento se puso á gritar:

—Señor Etchegoyen!... Una novedad!... salga V...

... No tardó en correrse el árbol y presen-

tarse el hombre pálido. Al ver á María se sorprendió.

—Es mi esposa, prosiguió el militar.—No tenga ningún cuidado por ella... Quiere pedir á V. un favor... un gran favor!...

Se internaron en la cripta y llegaron á la gran bóveda que alumbraba la tronera. Allí María acercándose al huésped, á la manera de una niña regalona, levantó sus ojos suplicantes y dijo:

—Señor: muéstreme V. el retrato!....

El hombre pálido volvió á mirarla con una conmoción que tenía algo de asombro y reminiscencia... y sin contestar palabra metió la mano bajo su camiseta, sacó una vieja cartera de cuero, y al abrirla con sus dedos muy temblorosos y torpes por la emoción, cayó al suelo una tarjeta. María se precipitó sobre ella y alzándola á la luz dió un grito.

Inmediatamente también llevó su mano al seno, y con gran sorpresa de su marido sacó otra tarjeta que contenía el mismo retrato.

—Es mi madre! es mi madre! exclamó en un acceso de júbilo y de lágrimas. El sargento dejó caer la muleta y abrazó á su mujer. Etchegoyen enlazó á ambos en sus robustos brazos.

—Sí! Esta es mi nieta!...la hija de Clorinda! Ya el corazón me lo ha dicho!

Siguió una escena muda en la que sólo suspiros de beatífica ternura expresaron el idéntico pensamiento de las tres personas.

En medio de este expresivo y solemne silencio se oyó el sollozo de la caverna obscura...angustioso, prolongado y articulando entre el ronco susurro estas palabras:

—Perdón!...perdón!...perdón!...

CAPÍTULO XI

La leyenda de Cura-Malal

La pampa poética y la pampa real—La faura desconocida—El Mátchi—Leyenda fantástica—Idilio por equivocación—Los lunares milagrosos—Soterramiento del dios de Curumalal—Las leyendas de familia—La libertad de Chile y un tal don José de San Martín.

Debo templar en el tono que más se acerque á los ecos del desierto, porque voy á evocar una, entre la infinidad de sus leyendas fantásticas, ya que ella ha venido á caer por casual incidencia en conexión con esta historia.

La pampa argentina tenía una mitología tan vasta y variada como la del antiguo paganismo, sólo que era oligárquica, porque cada familia ó ranchería indígena proclamaba su lista de dioses parientes y ubicaba su olimpo encima ó debajo de los cerros ó médanos. Nuestra civilización nada ha sabido de esta historia gentílica, y antes contribuyó con su poesía á prolongar el misterio de la extensa región que la ocultaba.

En efecto, cuando la pampa no había entrado todavía en la cartografía topográfica,

era permitido á los poetas introducir en ella el ombú solitario transplantado arbitrariamente de los alrededores de Buenos Aires y un suelo de sábana inmensa, tétrica y sin pliegues, que no era sino la copia fiel de los mapas de la época que allí no tenían dibujo ni letrero. Un célebre novelista francés la trajo un gaucho con escopeta, montado en una zebra que debía ser compañera del imaginario ombú, y con el gaucho, unas tremendas inundaciones que debían haber hecho desaparecer todas esas falsedades, antes que fuesen expulsadas por los mejores conocimientos geográficos.

En la pampa no había ombú, ni sábana, ni gaucho, ni zebra: había una naturaleza llena de vida, propia de su situación privilegiada y de su precioso clima; bosques, cordilleras, lagos, arroyos, pastizales: un gran reino zoológico en el que el primer animal, el hombre, es decir, el indio, había figurado tal vez por millones, siguiéndole actualmente en número el guanaco, ese ganado amarillo que cubre las colinas y valles, el avestruz, esa res de pluma que sólo tiene alas para correr y piernas para no necesitar del vuelo; el tulduque y el quirquincho, esos trabajadores de catacumbas; la tortuga, ese quelonio que hace pozos de balde para su uso exclusivo y el cóndor que casi pudiera decirse que vive en los espacios siderales.

A esta fauna de la pampa, antes desconocida, se agregaban los ladrones de la vecindad...

Todo lo cual quiere decir que la pampa era rica.

La pampa no tiene mejor historia porque los sabios arqueólogos sólo saben leer en las anotaciones gráficas; no conocen el alfabeto de los tientos con nudos ni la numismática de sílice que allí hay desparramada hablando desde los primeros tiempos, ni adivinan el simbolismo de las osamentas colocadas sobre los árboles. Además, la pampa está abierta para los que usan sombrero, desde sólo hace dieciséis años. Hasta 1879 permaneció secularmente separada de la civilización por cortinas de incendio y de matanzas, y todo ese sudor de sangre fué á abonar el suelo de la nación limítrofe que ha prosperado con el abono como hortaliza de cementerio.

Así, no se reputará extraño que haya en la pampa fábulas que no están escritas.

En los días que vamos recorriendo de esta narración, y poco después de ocurrido el inesperado descubrimiento de la caverna calcárea, su misterioso morador y la tremenda relación de este desgraciado que tan importante descubrimiento proporcionó á la familia del sargento, llegó á la gruta que éste habitaba en el valle de Yayma un indio viejo y harapiento á quien acompañaban tres mujeres, sus esposas, las tres de mayor á menor en edad y en estatura.

El socorrido esposo se nombró Antuñúrri antiguo capitanejo y *Mátchi*.

En la barrida general de la pampa y

cordillera terminada por el ejército hacía diez años, se había hecho caso omiso del expresado capitanejo, á causa de su edad muy avanzada y de que su residencia era detrás de fortines en la sierra de Curamalal.

El indio cargaba noventa años y pico, según su cuenta, lo que entre su raza suele ser todavía mocedad: conservaba su crinuda melena entera y renegrada como un cepillo nuevo: sólo podían contársele los años en las arrugas de la cara, que era de una fealdad rabiosa. Sin ninguna barba ni bigote, su boca lucía una dentadura completa y blanca, efecto de los únicos ingredientes dentífricos que había usado en su vida: carne de potro con sal mascada en terrones, sin pan ni vino. Era de estatura mediana, grueso de cuerpo, combado y flaco de piernas. No hago descripción de sus tres mujeres porque distaban mucho de parecerse á las tres gracias.

Conservaba el indio desde su juventud el descaro para mentir. Su oficio había sido el de *Mátchi* (brujo), oficio socorrido, porque reúne en la sociabilidad indígena tres atribuciones: la de médico, la de juez y la de brujo. La ciencia del médico se reduce á tocar el tamboril al lado del enfermo hasta que sana ó muere; la del juez, á una sola operación aritmética: restar á favor de la parte que le trae regalo más valioso, y la de brujo, adivinar lo que sabe de antemano ó suponerlo, contando mucho sobre la can-

didez de los clientes. La leyenda tiene, pues, en este bello sujeto un editor responsable, si bien el lector no estará obligado á aceptar de ella sino lo que le plazca, particularmente lo que se relaciona y coincide con el asunto de este libro.

El viejo de las tres mujeres se presentaba reclamando antiquísimos derechos de posesión á la gruta de Yaima y campos adyacentes. Sus argumentos eran concluyentes.

«La gruta había sido construída en e principio del mundo por sus antecesores de quienes él descendía por una larga línea de puros brujos. Aunque era verdad que sus antecesores habían desaparecido de la superficie de la tierra, vivían todos ellos con *Estancia* debajo del cerro de Cura-Malal. Eran ricos y felices y nunca más volverían á la superficie, porque el dios del cerro, que era nada menos que cuñado de Antuñûrri, se había hundido allí á consecuencia de un gran disgusto con los mortales. Pero nada de esto debilitaba sus derechos.»

El máitchi tomó asiento en una piedra y continuó de esta manera:

«Antes que fuera Buenos Aires... había muchos baguales en Cura-Malal. El dios era dueño de todo y poseía además por hijuela paterna una regular faja de campo que medía de ancho dos galopes, y siete galopes de largo al poniente hasta topar el cerro de Yayma sobre la cordillera que divide con Chile.

Los abuelos de Antuñûrri eran los ad-

ministradores del divino propietario; cobraban las rentas sin llevar libros y montaban los baguales á discreción. Todavía se recreaban en otra riqueza mayor: tenían una hija que era envidia de todas las chinas, y codicia de los mocetones. No pisaba la tierra una *gúlcha* más linda, con una cabellera que la servía de tapado (no tenía otro). El dios la vió desde su cerro y dió tres pasos atrás!... Cuando volvió de la sorpresa llamo á los venturosos padres y les dijo:

—Mis suegros seréis: está resuelto!— Que la *gúlcha* se conserve *exclusivamente* para mí. Haced que ella lo sepa; mientras tomaré mis medidas para presentarme en oportunidad y en forma. He dicho!

Era este dios muy malicioso y desconfiado, y á fin de probar si la *gúlcha* cumplía su mandato, comenzó á comisionar indios mozos y viejos que la solicitasen y la ofreciesen regalos de chasquiras, de caballos y vacas pintadas.

La bella comprometida no se rendía á ninguno; y sucedía que cada pretendiente á quien daba calabazas producía en su cara la marca de un lunar que la hacía más graciosa.

Bien probada la fidelidad, dejóla el dios descansar hasta que tuvo 17 años, y entonces resolvió presentarse en persona.

Traía para su amada un arreo de animales raros con que pensaba deslumbrarla. Formaban parte del arreo unas vacas largas

con seis patas como gigantes langostas, y un toro que se trasladaba dando volteretas en eterno aire Boston.

La gúlcha supo que venía el prometido y le esperó alborozada en la puerta de su *ruca*.

Pero el dios hizo adelantar al más hermoso y bien montado mocetón de su comitiva para que le anunciase; porque los adulones le dijeron que *un grande* no debía llegar como un cualquiera.

El mocetón se llamaba Epu-Ántu (dos soles), pues sus ojos eran muy grandes y relumbrosos. Cuando éste se acercó á la ruca, la gúlcha gritó:

—Helo ahí!

Y voló á su encuentro, abriéndose como alas de mariposa la cabellera; colgóse de sus hombros y le besó muchas veces en el cuello, donde se estamparon milagrosamente algunos de los lunares consabidos.

El mocetón se veía apurado para desempeñar su papel de simple comisionado y se apresuró á decir:

—Gúlcha: yo soy Epu-Ántu!...

—Ya sé que eres Epu-Antu; porque tus ojos han entrado como dos rayos de calor en mi corazón!

—Soy el mensajero!...Yo no soy él...

—Sí: el mensajero de la dicha que esperaba!

—No te traigo prendas...sino que...!

—Ninguna prenda quiero, si no vienes tú

—El dios del cerro me manda...

—Hizo bien en mandarte; porque sólo tú podías llegar hasta donde has llegado: hasta mis brazos!...

.....Y continuaba la impresión de los lunares...

Mientras tanto, el dios de Cura-Malal venía arreando sus largas vacas y de cuando en cuando se empinaba sobre los estribos, ansioso de divisar los arcos que habrían levantado para su recibimiento. Después, seguía pensando en el discurso que debía pronunciar en contestación á los presidentes de gremios...

Cuando menos acordó habían arribado á la ranchería. El toro que no podía contenerse, de pronto dió una vuelta de vals alrededor, y al instante que se había despejado la nube de polvo que levantara, se notó que los padres y hermanos de la gúlcha dormían la siesta...

Pero el polvo que no alcanzó á despejarse fué una lista que se prolongaba hacia el lado del Tandil, en cuyo más lejano extremo se vislumbraba un caballo á gran carrera, y sobre él un bulto que era demasiado voluminoso para suponer que era un solo jinete.

—Ellos son! dijo el viejo dios, ciego de ira y clavó las espuelas á su caballo.

Corrió una hora y adelantó sólo lo suficiente para reconocer la larga cola del caballo de Epu-Antu y la hermosísima cabella de la gúlcha, dos cosas que flotaban y se confundían graciosamente, porque

donde acababa la cabellera principiaba la cola.

En otra y más horas de carrera alcanzó al pie de la sierra cuando los fugitivos ya iban á media falda. El dios, con el caballo *aplastao*, se decidió á hacer un milagro, sin perjuicio de avanzar al trote por los zig-zags de la subida. Mandó desprenderse de la altura superior una enorme piedra que triturase al amartelado grupo. La piedra obedeció y se vino dando estrepitosos tumbos. Mas de pronto notó el dios que los prófugos se habían apartado de la trayectoria de aplastamiento, mientras que la terrible mole continuaba sus vuelcos en dirección recta á la persona de su majestad... Nunca se vió un dios más apurado por salvar el bulto. Con desaforados gritos y ademanes, apenas tuvo tiempo de preparar el milagro contrario, la suspensión de la piedra.

Los amantes, entretanto, desviaron mañosamente el camino y se perdieron de vista.

Su encarnizado perseguidor se había quedado inmóvil, desorientado, rendido y afectado por el pasado susto. Nada se le ocurría hacer contra aquéllos, ni tomó medida alguna respecto de la piedra que allí quedó indecisa...

En el sitio le alcanzaron los acompañantes incorporándosele con treinta perros husmeadores, lo que hizo al dios recobrar sus bríos y la esperanza de un desagravio.

Ordenó, pues, que los recién venidos y el escuadrón perruno se constituyesen en comisión permanente de pesquisa, bajo el mando terminante de que en el punto que Epu-Ántu fuese habido se le cortase sin misericordia la cabeza, y que la gúlcha fuese restituida sin lesión al hogar abandonado. Su majestad resolvía regresar y esperar allí los sucesos.

Ahora era difícil que los prófugos salvarsen. Los perros eran todos adictos á Epu-Ántu, quien les había guiado siempre en sus cacerías, estaban sobre sus pista y no habría sobre el haz de la tierra ni sobre las copas de los árboles un escondite que escapase al olfato canino en busca del amo querido.

Muy pronto sucedió lo que debía suceder: Epu-Ántu descansaba con su amada en ocultas breñas donde se creía seguro, y allí lo descubrieron los perros y le prendieron los agentes del dios.

Pero sobrevino una dificultad imprevista y más que imprevista maravillosa. Era imposible cortar la cabeza al mocetón: al tocar los cuchillos los lunares comunicados por la gúlcha, saltaban hechos pedazos de las manos!... Es que esos lunares fueron premios de virtud y obra del dios!...

Los comisionados entraron en consulta sobre si estarían á la letra ó al espíritu de la orden suprema, y ya iban á ponerse de acuerdo, como sucede siempre entre comisionados adulones, en que lo mejor sería

satisfacer la venganza del dios y cortar al mancebo cualquier cosa con tal de ultimarle.

Pero los perros que durante la conferencia habían logrado la ocasión de hacer fiestas al prisionero, ya sea que comprendiesen por los llantos de la gúlcha el peligro que éste corría y que tal vez reflexionaron recién sobre el papel traidor, indigno de su raza, que se les había inducido á desempeñar, estallaron en una noble indignación, y al son de terrible y unánime gruñido evolucionaron de repente alineándose en defensa de los afligidos amantes, y mostrando á los verdugos sesenta filas de dientes, todo un arsenal de arma blanca desenvainado y furiosamente masticante.

No faltaba sino el ¡*Chúmala!* de Epu-Antu para que hubiera una de añicos! Pero los comisionados no dieron lugar á esa voz de mando: echaron á correr como avestruces.

Los dos enamorados también levantaron su campo y se internaron en el desierto.

Como los perros son turistas por carácter, adoptaron con entusiasmo la vida de vagancia en que entraban sus amos, huyendo de la cólera del dios, y á fe que sus servicios fueron impagables en las travesías y en las regiones pobladas de malévolos. Epu-Antu anticipaba el destacamento de los quince pares de perros en orden abierto, para que buscasen agua, y marchaba en pos de la pareja que volvía con la buena noticia. En la noche, la escolta canina ha-

cía círculo al caballo de la larga cola y éste amanecía seguro en su centro.

De tal modo vivieron los fugitivos muchos años y tuvieron dos hijos: un macho y una hembra.

El matchí que narraba estas fantasías agregó que él era el macho, y por haber nacido con cara de zorro fué destinado para brujo y recibió el nombre de Antu-ñürri (zorro del sol) Su hermana resultó de muy diminuta estatura, pero heredó de su madre la larga cabellera, y los preciosos ojos de su padre. No necesitaba, pues, levantarse tanto para que se viera en ella un portento de hermosura.

El dios de Cura-Malal supo estas circunstancias y ofreció amplia amnistía bajo la misma anterior condición. Epu-Ántu y su compañera le reservarían la *chica* para tomarla por esposa. Estos aceptaron.

El lugar donde hasta entonces habían vivido los ilustres emigrados, burlando las activas requisitorias, era ni más ni menos la gruta actualmente ocupada por el sargento y su familia. De allí regresaron á sus antiguos pagos para ser suegros de un dios, y allí dejaron al hijo Antu-ñürri al cuidado de la *majada*.

* * *

En Curu-Malal la hermosa petiza cumplió 17 años. Respondía al nombre de Pichí-Antu (pequeño sol) y también había comenzado á responder á las serenatas que

la cantaba un robusto mocetón llamado Catrillán. . .

Un día no faltó un chismoso que dijera que una flor de jarilla cortada por Pichí Antu, había sido vista y oída en la oreja de Catrillán.

—Esto ya pasa de castaño obscuro, vociferó el dios, y haciendo un feroz pataleo abrió la tierra y se hundió con los suegros y la novia y los baguales y las vacas.

Sólo Catrillán quedó afuera.

Vagando éste, triste y solitario en las noches, con el oído abierto á toda sensación anhelada, sintió tropeles subterráneos, oyó relinchos de baguales, retintín de cencerros y cantos de gallo que salían de abajo del cerro: todas las manifestaciones de una instalación de estancia en que se habrían acomodado los desaparecidos. Esto agravó la desesperación del amante abandonado, pues si aquéllos vivían, estaba consumado el casamiento. . .

Catrillán ardía en celos. Todas las noches subía al cerro para dar patadas en el suelo con la mente de golpear sobre la cabeza de Pichí-Antu. . .

Después. . .quién sabe. . .los indios han contado que un día (se ignora la fecha) apareció abierta, sin sentirse ruido ni estremecimiento, una cueva ó galería profunda —que todavía se ve en la falda del cerro, y que en las noches de luna se veía andar en las inmediaciones una india petiza que borraba los rastros con la cabellera. Muchas

cosas más se decían con mucho sigilo y temor de que el dios lo supiese. Había un lugar destinado por los indios para murmurar: era una quebrada sorda donde nació el arroyo Pigüe que significa *lugar donde se dice* ó se charla. Sólo allí los indios rastreadores se aventuraban á comunicar que al lado de aquel rastro que parecía rastro de ramas, veían siempre impresa la pata de Catrillán...

«El día en que mi cuñado tenga conocimiento de estos paseos *superficiales*, hará un estallido.»

El matchi Ántu-ñúrri agregó que pasaría los últimos años de su vida en el valle de Yayma, pues á su muerte él no iría como los demás indios *al otro lado de los mares*, sino que bajaría á los dominios de sus padres, entrando por la chimenea del volcán nombrado, donde se hallaba su tío Quetralhuentu (hombre del fuego), y se reuniría á su familia en la estancia subterránea de Cura-Malal.

—Buen viaje! dijo riendo el sargento. Sólo me aflige la mala cuenta que allá daré de la majada...

—Y qué fin tuvo la majada?

—Me la robaron los *camapuches* de allá... contestó el matchí, alargando la jeta para el lado de la cordillera. Con qué cara me presentaré á mi padre!...

* * *

Había terminado su cuento el matchí

Antu-ñúrri. Era la leyenda de la familia de los Antu.

Ya he dicho que cada familia indígena tenía la suya en la Pampa y las cordilleras; y entre esa ramazón de fantasías disparatadas referida siempre á sucesos, lugares ó particularidades notorias de la tradición ó de la topografía, apenas si se vislumbra una pequeña claridad de la historia, tan difícil de descubrir como perlas en la basura.

Tal aureola de embustes es siempre privilegio de las familias visibles: la tienen los Curá (piedra) como los Lef, los Laf, los Queo, los Mill, los Nûrr, abreviaciones de Leufú, Lafquén, Quenpú, Milla y Nûrri, que es como decir los Ríos, los Laguna, los Pedernal, los Oro y los Zorro. La misma abreviación es prueba de celebridad, porque indica que el apellido se ha gastado de tanto usarle. En nuestros centros también hemos tenido *chacho*, abreviación de *muchacho*...

Y si se permite, me atreveré á decir que en cuanto á leyendas para uso de particulares, tampoco nos hemos quedado atrás en los dominios de la civilización. Cada partido hace la historia refiriéndola á sus héroes protegidos y eliminando no pocas veces los héroes verdaderos... y si dijera que se ha ido hasta lo más granado de la historia nacional?... En Chile he leído una crónica de 1817 que en substancia dice que O'Higgins y Carreras vinieron á Mendoza á juntar gente para preparar la victoria de

Chacabuco; que allí andaba un tal don José de San Martín, buena persona... que tal vez hizo algo en la empresa... Qué había de hacer!... El resumen de la dicha historia es que los dos héroes nombrados trasladaron con bríos la cordillera y dieron libertad á Chile!... Ni más ni menos (!). Por supuesto, que esta es la historia que se escribe, como la geografía de los Tornero, sólo para el gasto de la casa.

CAPÍTULO XII

Sucesos que se suponen—El pobre Carrasco!—Invasión extranjera—Amenazas de tempestad—Exploradores perdidos—La caravana de escoceses—Un gran temporal de nieve—Abnegación del sargento—La nieve—El aire se espesa—Al abismo—Forward!—Todos salvados—No hubo más que un cojo...—El noble Lord Andrews.

He dejado pasar cinco años largos en los que no ocurrieron novedades muy importantes entre los moradores de las casas de piedra de Yayma, y porque he tenido suficiente confianza en la perspicacia del lector que no necesitaba la relación de acontecimientos que lógicamente debían producirse y cuya naturaleza se imponía. Por ejemplo, que á fines del primer año María se halló en estado interesante y su marido resolvió llevarla á Buenos Aires, acompañado del cabo Jiménez. A más de los socorros médicos de que deseaba rodear á su adorada esposa, en su primer alumbramiento, debía cobrar sus sueldos de inválido; debía presentar al cabo á su regimiento para la rectificación de su nota de muerto y demás que hubiese lugar.

Que hizo el viaje á caballo hasta Fuer-

te Roca, y de allí por las mensajerías y ferrocarril hasta la capital de la república, quedando al cuidado de la gruta el señor Echegoyen con el viejo matchi, con sus tres mujeres y el prisionero. Que en la gran capital, María fué eficazmente atendida por el sabio y bondadoso médico de ejército, doctor P. y dió á luz un fuerte muchacho, que bautizado y registrado según ley, tomó el nombre de Carlos.

Que el cabo Jiménez obtuvo pase á inválidos, medallas, premio de tierras ubicables á continuación de las del sargento y liquidación de sueldos atrasados que le pusieron en situación de casi rico.

Que los mismos (aumentados de Carlitos) regresaron á sus posesiones de Neuquén, y por último, que aunque en los cuatro años siguientes se renovó la causa primera de trasladar la señora á Buenos Aires, no se tomaron más ese trabajo. María alumbró valientemente con regularidad militar una guagua por año, recibiendo éstas, por orden sucesivo, según su respectivo sexo los nombres de Clorinda, Juanito, Lucía y Adolfo.

Dos únicas cosas que no habrá previsto el lector:

—1ª Que Navarrete murió, no se sabe de qué enfermedad... probablemente alguna congestión orgánica producida por acción ferruginosa del puñal del abuelito..

2ª Que el nonagenario Antu-ñûrri se conservaba sano y fuerte, con toda su dentadu-

ra, sin haber necesitado de las hábiles manos de los S. S. Newbery, y le acompañaban también las tres mujeres. Había renunciado á sus pretensiones de reivindicación de dominio en cambio de 20 hectáreas de tierra donadas por el sargento, y de otros auxilios gratuitos de vivienda y manutención que las chinas compensaban con fiel adhesión á María y con sus servicios en la gruta.

Puedo agregar otra noticia correspondiente al quinquenio: ella afecta á un individuo que el sargento no había olvidado en su intimidad: se halló dicha noticia en una carta, llegada á manos de una de las mujeres de Antu-ñúrri que fué á Chile y volvió. Firmaba la carta el mozo del fondín de la memorable Estación de cambio de trenes donde se concertó el casamiento y se separaron de Juan Carrasco. Daba la triste nueva de que el buen Carrasco estaba preso. Había sido sentido por *el rico*, cuando intentaba realizar su viaje á Yayma, en busca del sargento, y aunque en ésto no había echado mano de nada ajeno, el rico hizo uso de su derecho feudal de *acriminar* y le había entregado preso por ladrón. El firmante de la carta apuraba su talento en reflexiones sobre la ingratitude y la injusticia contra los pobres, toda esa fruta madura del país! . . . Pero nada se podía hacer en favor del infeliz Carrasco. Es el pueblo chileno quien lo hará un día más ó menos lejano! . . .

Otra nueva había llegado, no menos sensacional. Venían voceándola desde el sur algunos indios de la parte occidental de la cordillera. Referían éstos que una columna de *ca-mapuches* (extranjeros) había desembarcado en las playas del golfo de Reloncavi y avanzaba hacia al norte siguiendo las faldas de la Cordillera Central, unas veces por la parte de Chile y otras por la Argentina, según se facilitaban los diversos pasos ó boquetes que la gran cadena presenta en aquella zona, y que el llamado ejército de *ca-mapuches* hacía notar su presencia en todos lados por un fuego continuo de fusilería, lo que hacía suponer que venían conquistando la tierra.

El sargento no se alarmó. Calculó, acertadamente, según se verá luego, que no había tal ejército ni conquista, sino alguna caravana de extranjeros turistas que harían estudios orográficos ó cateos de minas, y agregó que á la fecha era muy posible fuesen en ligera retirada buscando las poblaciones de la costa, á causa del mal tiempo que se estaba preparando.

Nos hallábamos á la sazón en el día 1.º de marzo de 1893.

Se iniciaba efectivamente un mal cambio atmosférico del que el experto veterano no hacía buenos presagios.

Habían sobrevenido días de calma y de calor extraños á la estación y á la localidad. A esto había seguido el entoldamiento del cielo por una espesa capa de nubes color de ceniza.

Fué justamente en el día de amontonarse este nublado cuando pasó por los dominios del sargento un peón argentino que campeaba animales perdidos, procedentes de una de las colonias del nordeste. Habiendo sido obsequiado con *mate* por el niño Carlitos que á sus 5 años de edad ya era el gran protector y amigo de todos los pasantes, el peón regaló á la madre los periódicos algo atrasados que dieron margen á la *conversación estratégica* anticipada en el primer capítulo de este libro.

Se recordará que aquella conversación fué interrumpida por la extraña aparición de algunos jinetes, que se divisaron hacia el lado de la sierra.

No se explicaron de pronto los esposos el vagar de dichos jinetes de un lado á otro, lejos del camino conocido y sin pronunciarse en ningún rumbo determinado.

—Si anduviesen perdidos. . .

—Verán el humo de nuestra cocina, si así fuese, y vendrán á este lado.

—Mas con este nublado tan bajo no se distinguen humos. . .

María subió á una loma próxima y agitó largo rato su pañuelo blanco elevado en la punta de un palo. Tardaron en apercebirse aquellas gentes, pero bien se patentizó luego que andaban perdidas, pues se las vió encaminarse simultáneamente en dirección á la gruta.

Carlitos fué el que avanzó más lejos á encontrar los viajeros y también el que, de

vuelta, llegó primero anticipando noticias.

—Papá: son hombres que no hablan!

—Cómo, no hablan?

—Lo mimo que las indias de Antu-ñûrri.

Pronto llegaron á la gruta cuatro personas de porte distinguido, seguidos de otros tantos sirvientes y caballos de remuda.

La verdad es que no hablaban aquellos hombres idioma que Carlitos pudiera entender. Sin embargo, al desmontarse frente á la gruta, uno de ellos se expresó ante el sargento en muy correcto español.

Eran turistas ingleses de Escocia que hacían parte de la comitiva de un rico y excéntrico caballero que viajaba por placer en las cordilleras del sur. Daban á este personaje el título y nombre de Lord Andrews, muy conocido por sus raros viajes en la Patagonia. Era muy conocido entre la distinguida colonia escocesa residente en Buenos Aires, que tiene negocios de campo en nuestras regiones australes.

Informaban que el opulento Lord viajaba ahora con el propósito de practicar estudios útiles á la ciencia y á la industria, empeñado en fomentar una colonia que con fines de beneficencia tenía fundada en las cordilleras patagónicas, cerca del Pacífico, según concesión que había obtenido del gobierno argentino.

Cuatro meses hacía que los viajeros ingleses recorrían las faldas de los Andes, habiendo desembarcado, como se dijo, en

el golfo de Reloncaví, del yacht que los había traído al continente.

Explorando las regiones volcánicas de Aillipén y Yayma, la comitiva se había dividido, y los caballeros presentes, conducidos por engañosos faldeos de cerros, sin poder hasta la fecha conseguir la reincorporación al resto de la partida donde quedaba lord Andrews, concluyeron por desorientarse y perderse.

Como llevaban ya muchas horas sin comer, María les preparó buena mesa con abundantes platos de pesca y cacería que los caballeros devoraron llenos de satisfacción y gratitud.

Mas apenas había desaparecido la imperiosa necesidad de los estómagos, recrudesció la aflicción que los preocupaba, y acordaron ponerse nuevamente en marcha. No les conformaba permanecer separados de los compañeros que tal vez estarían también extraviados y expuestos á padecer con el mal tiempo anunciado.

El sargento examinó el cielo, y en seguida manifestó con aire de profunda convicción que los caballeros harían mejor en quedarse hasta pasado el temporal que estaba próximo, y que no dudaba sería formidable.

La advertencia produjo efecto contrario y decisivo en los nobles escoceses. Imaginaban que la comitiva de que hacían parte no habría tomado abrigo en ningún punto, pues se hallaban en el macizo central de la cordillera, sin baqueano para orientarse

en la salida; por lo tanto, no trepidaban un momento más en volar en su auxilio, aunque hubiesen de perecer.

Nuestro héroe, gran corazón como se ha visto, y práctico en la previsión del tiempo que venía, comprendió que lo último era lo probable, si los viajeros se lanzaban solos y desorientados. Declaró entonces que él les acompañaría, y en el acto estuvo listo para ejecutarlo.

María era incapaz de atajar á su esposo en estos casos. Le comprendía y le admiraba.

Marcharon sin más demora. Eran las 12 del día.

No había pasado una hora de camino, cuando el día se obscureció de una manera alarmante y comenzó á llover con viento del norte. El sargento volvió á advertir que se preparaba muy recio el temporal y era urgente llegar á un peñón abrigado que conocía. Vendría agua torrencial y después nieve. Se redobló el paso.

El pronóstico del veterano se cumplió en todas sus partes: la lluvia aumentó incesantemente y en la tarde caía á cántaros.

Aun no era la hora de la puesta del sol y las sombras de la noche ya velaban el horizonte. Poco más tarde la obscuridad se hizo absoluta.

El caminante á quien aquella negrura sorprende en los cerros, no puede hacer otra cosa que detenerse: es la ocasión en

que los mismos animales pierden el tino y se paran sia que ningún estímulo los haga dar un paso. Esa clase de obscuridad es casi un muro.

—Es lástima! dijo el sargento con entera tranquilidad:—estamos cerca del peñón... Si aquí nos toma la nieve, somos perdidos...

Afortunadamente, uno de los pasajeros ingleses tenía una pequeña linterna. Precedidos por ella en manos del sargento, pudo reconstruirse la marcha muy penosa á pie, tirando de los caballos. Al fin dió la voz de que reconocía el peñón.

Era imposible avanzar un paso más. Allí pudieron guarecerse contra el chubasco que los calaba.

Sólo un veterano de caballería sabe encender fuego en semejante circunstancia. El sargento lo hizo y sirvió para secar las mantas.

A la media noche el viento hizo un cambio diametral de rumbo y sopló del sur. La lluvia dejó de ser torrente y se transformó en un vapor de olor acre, obedeciendo á tal grado de presión que penetraba en las cavidades del peñón y obscurecía las llamas del hogar, mojaba el suelo, el acantilado de piedra y las personas: eran nubes que no cabían en el espacio exterior.

En la madrugada la tempestad había descendido al grado de congelación: ya no había agua: toda la superficie que ésta había saturado estaba como forrada de cristal que se quebraba en el piso, en las ropas y en

el pelo. Había aire seco y luz; y los asilados del peñón que todavía no se movían de sus acurrucamientos, sentían una especie de respiración suave y continua en la parte exterior, que no se explicaban; algo como un aliento imaginado en medio de la completa calma y el silencio. Parecía que la naturaleza descansaba y dormía. . .

Sin embargo, era la hora tremenda del temporal; caía nieve en enormes y espesos capullos.

Apenas percibió el sargento lo que sucedía, exclamó: ¡A caballo! pronto! pronto! Conviene salir de la hondonada: aquí quedaríamos sepultados bajo veinte metros de nieve!

Nunca se levantó con mayor rapidez un campamento. En pocos instantes los cinco jinetes salían en hilera, el famoso guía adelante.

Había ya un metro de nieve en todas las alturas, lo que significaba dos en las depresiones y quebradas.

La marcha á través de ese pavimento movedizo y profundo, era empresa de aliento muy heroico. No obstante el tino admirable del sargento Claro, marchaban amenazados de mil contingencias. La nieve cubre y empareja todos los precipicios. Solidificada permite el paso sobre ella, mas no da garantías: puede inducir á pasar sobre las copas de las arboledas que ha cubierto, sobre los profundos barrancos que ha nivelado; pero una capa delgada se rompe

repentinamente y lleva al abismo. Recién caída y blanda como la hallaban los abnegados viajeros, sin disminuir los peligros mencionados, opone á cada paso la resistencia de su espesura y además, en los hundimientos, sepulta inmediatamente al desgraciado caminante, cubriéndole con el desmoronamiento.

No hay elemento más engañoso y perverso que la nieve. En el campo nevado faltan todas las nociones naturales de perspectivas: engaña la vista en la apreciación de las distancias, porque muestra la misma intensidad de blancura á veinte leguas que á un paso; engaña en los niveles del suelo, porque se suprimen las sombras: el viajero cree avanzar un pie sobre la continuación del llano y el pie cae sobre el plano inclinado del precipicio: es fría y quema más que el fuego; es luz: deslumbra los ojos y los mata.

Puede suponerse que el tránsito en tales condiciones de viabilidad presentaba todos los riesgos contra la persona que marchaba adelante y cuya huella quedaba siempre practicable para los que le seguían. El bravo sargento era el que asumía aquel puesto de peligro y de trabajo, y sus compañeros, entre los cuales ninguno hubiera podido reemplazarle, pisaban sus rastros llenos de confianza y respeto, olvidaban sus propias penalidades delante de aquel hombre admirable por su abnegación, su inteligencia y denuedo... El sargento

arrastraba un coro de encomios y bendiciones en inglés.

Los copos de nieve enceguecían; no había horizonte á dos metros de distancia, se respiraba nieve, se soportaba el peso de la acumulación de capullos sobre los sombreros y sobre las monturas; no había espacio libre; se andaba como á través de una masa de algodón desmenuzado...

De repente hubo un grito de dolor y espanto.

El sargento había desaparecido!... Se percibió una cosa negra en aquel mundo de blancura: era el boquerón que había quedado donde terminaban sus rastros...

Los ingleses se miraron con una expresión terrible que encerraba diferentes sentimientos de carácter supremo: dolor, desesperación, desaliento y por encima de todo, altiva resolución del sacrificio...

Todos pensaron lo mismo: para ellos solos, privados de su valiente conductor, la muerte venía de todos lados: lo conocido era perecer, en cualquier dirección que tomasen: lo desconocido era en el precipicio... en el precipicio estaba el único albur!... y luego, ahí se había hundido ese hombre... vivo ó muerto les llamaba... y donde cae un valiente, cae un hijo de la Caledonia—forward!...

Como un solo hombre se lanzaron al boquerón.

.....
Sólo en las novelas se cuentan prodi-

gios semejantes al que se realizó con nuestros asendereados viajeros.

Una avalancha de nieve condujo sin mucho detrimento á los ingleses como al sargento por una pendiente verdaderamente vertiginosa hasta la profunda hondonada que ocupaba un espeso bosque de pinos. Solos, habrían quedado irremisiblemente muertos y sepultados por la inmensa cantidad de nieve que ellos mismos arrastraron, no obstante el medio blando en que cayeron envueltos.

Pero el bosque no estaba solo. ¡Coincidencia prodigiosa! Allí estaba el Lord con su parte de séquito. Pisaba una gruesa capa de nieve, es verdad, la que había alcanzado á caer mientras se cubrió la copa de los árboles que hacía techumbre; pero la situación era medianamente soportable, pudiendo decirse que la mayor angustia que había experimentado se refería á la supuesta pérdida de los compañeros.

Cuando sintieron el gran ruido que produjo la primera avalancha y vieron piernas de caballo y brazos de gente que se debatían, acudieron varios criados del Lord y sacaron en limpio al sargento y su caballo. —¿Qué individuo era éste?... En fin... le habían salvado.... Lo único de lamentar que había en su persona era.. que cojeaba....

.... En medio de la ansiedad que multiplicaba preguntas en lengua que el sargento no entendía, se oyó el fragor de la

segunda avalancha y ésta sirvió á nuestro héroe para responder satisfactoriamente á lo que suponía preguntaban todos:—Contestóles, pues, en castellano y con franca alegría: señalando al revuelto montón de jinetes y animales:—Allí están!

CAPÍTULO XIII

La venturosa María — Apoteosis del héroe — La patrona de la cocina y la torre de Babel—La hospitalidad' como la entendía el sargento— Un amigo que trae felicidad—Proposiciones— Peligros del desierto—La visión del porvenir en las regiones andinas—La colonia escocesa.

La gruta estaba de luminarias.

No había mujer más feliz que María. Su marido regresaba sano y mecido entre bendiciones. La multitud de gente extranjera que le acompañaba formaba un coro de alabanzas y expresiones de gratitud que aunque vertidas en idioma inglés, no eran menos tocantes y satisfactorias. El noble jefe de la comitiva, que hablaba correctamente el castellano, refería con entusiasmo las situaciones y alternativas prodigiosas de la jornada, los momentos angustiosos, los episodios bizarros, los inminentes peligros de que todos habían salido salvos, merced al valor heroico, previsiones admirables y conocimientos del sargento. María no cambiaría por ningún tesoro la parte de solidaridad que le tocaba en esta apoteosis de su marido.—Por lo que á mí toca, exclamaba el Lord inglés, las impresiones conmovedoras que me ha proporcionado esta

última parte de mi viaje, han despejado en mi corazón un claro de felicidad que me empeñaré en hacer duradero cultivando la amistad de este valiente militar.

Y si los viajeros ingleses estaban satisfechos, con mucha razón se regocijaban los habitantes de la gruta, porque la ansiedad de que les sacaba la vuelta feliz del sargento, había sido mortal durante su ausencia. No fué tan negra la noche del temporal como los presentimientos que sugirió á los conoedores de la sierra cuando sobrevino la espantosa obscuridad y tempestad de nieve y hacían el cálculo exacto de la distancia y situación en que los viajeros habían sido sorprendidos. Cifrabán la única salvación posible en el regreso inmediato del veterano y sus compañeros; mas cuando amaneció el día siguiente... Etchegoyen y el cabo Jiménez se juntaron para comunicarse su dolor sin que los viese María...

—A estas horas, decía el primero, donde quiera que se hallen, tendrán diez metros de nieve sobre sus cuerpos... Qué desgracia!...

Cuál sería su alegría al verlos regresar!

El indio Antû-ñurri y sus tres mujeres que creían que el temporal, como la erupción volcánica, eran la guerra de los *perimuntos* contra los intrusos del valle, miraron en la salvación del sargento y la comitiva una derrota del gobierno subterráneo de Cura-Malal, y estaban decididos por el partido de los cristianos de la superficie. Ninguno de

los parientes de abajo de tierra valía un zapato de la niña ni el talón de palo de su marido.

Corrieron varios días venturosos en el valle de Yayma. Cabalgatas de exploración en los alrededores, partidas de caza y pesca en la región de las lagunas y reuniones recreativas por la noche, en el interior de la gruta, descomponían la suma del tiempo en infinidad de momentos agradables.

Se comía en mesa larga presidida por el Lord, quien disponía que el sargento, María y el abuelo comiesen á su lado. *El menú* cotidiano se componía de pura caza condimentada siempre con la apología de los cazadores, en la que rara vez faltaban las felicitaciones á Etchegoyen por sus tiros rápidos y punterías admirables.

La cocina estaba á cargo de María que, como se sabe, asumía con orgullo esta como las demás funciones propias de patrona de la casa. El Lord había puesto á sus órdenes los tres cocineros y tres pinches que traía para su servicio personal y los demás caballeros hicieron otro tanto con sus sirvientes. Figuraban asimismo como elementos criollos del taller culinario el cabo Jiménez y las chinas de Antû-ñurri. Puede suponerse que aquella legión de pinches de distintas nacionalidades formaban una verdadera Babel; pero es cierto que si no se entendían las lenguas, el servicio se hacía con incuestionable regularidad, gracias al comando superior. Si la albañilería bíblica

hubiese tenido una dirección tan inteligente y simpática como la de María á quien todos los operarios ponían empeño en interpretar, la torre aquélla hubiese llegado á las nubes.

El sargento se había propuesto brindar á sus nuevos amigos la hospitalidad amplia y generosa que sentaba á su carácter hidalgo y no permitir al opulento Lord ninguna intervención en los gastos que causaba el hospedaje de la numerosa comitiva y hubo de tocar su susceptibilidad el incidente que paso á referir si bien él contribuyó á realzar su personalidad ante el noble extranjero creciendo todavía en su estimación.

Un día el mayordomo de su alteza abordó con finura al veterano sobre aquel asunto significándole el deseo de compartir los gastos.

El militar se irguió y dijo:—Caballero ruego, á V. que me haga el favor de no insistir en eso.

—Señor: he expresado á Vd. los deseos de su alteza . . .

—Me mortificaría mucho contrariarlos en lo más mínimo; pero si se me privase del placer de ofrecer la hospitalidad como la entiendo, tendría que renunciar al honor de acompañar al señor barón en su mesa.

El mayordomo saludó distinguidamente y se retiró.

Momentos después el Lord pedía al sargento una entrevista.

Lor Andrews era un hombre á quien se

atribuían muchas excentricidades; mas no había quien no estuviese de acuerdo en que tenía un corazón de oro. Su estatura elevada, su cara afeitada, su nariz corva y fina levantada entre dos ojos enérgicos y movidos hacían un conjunto atrayente y se adivinaba en él un antiguo oficial. Aparentaba 58 ó 60 años de edad sin que fuese calvo ni canoso y sin que su boca pequeña y contraída se hallase desguarnecida. Sus gentes decían que había sido un héroe... también decían que era un sabio, lo que no era dable poner en duda, pues á más de sus altos títulos de posición social poseía el universitario, en el foro inglés, que le había elevado á la categoría de *barrister*.

Recibió de pie al sargento tendiéndole la mano con mucho cariño y pidióle se sentase á su lado.

—Mucho debo á V. amigo mío, principió diciendo el Lord. Débole más de lo que V. pueda imaginar y mi extremoso sentimiento de gratitud me ha llevado á un error que le ruego disculpe. Un punto de delicadeza y otro de falta de perspicacia en medir las cualidades extremosamente hidalgas que á V. adornan, me hicieron recomendar á mi mayordomo tratase de indemnizar los gastos que causamos aquí, sólo atendiendo á evitar perjuicios que tal vez le serían demasiado gravosos... Estoy arrepentido y dispuesto á aceptar su voluntad, sin límites, á nombre de esto que deseo sea de hoy más inalterable entre nosotros: la amis-

rad, el cariño de verdaderos hermanos... Pero V. se ha comprometido fatalmente á participar de los sentimientos que ha sabido inspirarme y le pido no retroceda.

No sólo es la vida lo que V. me ha salvado: me ha devuelto el amor que había perdido... me ha hecho encontrar en una avalancha de nieve, no más fría que lo que estaba mi corazón, un hombre á quien puedo llamar amigo, porque he visto en sus actos heroicos y desinteresados la realidad del ser que se dice creado á la imagen de Dios... Me he proporcionado satisfacciones en diferentes empresas benéficas que he acometido, pero me hallaba solo desde que perdí á mis padres... Cuando tenía la edad en que alucinan las formas, solicité una mujer y me sorprendió la maledicencia en figura de ángel... Busqué un hermano y me rechazó el egoísmo... Es una desgracia estar solo... no tener un compañero de peregrinación en la vida... vivir despreciando á sus semejantes!... tal vez injustamente!... quizás muchos hombres ocultan sus buenas cualidades, como en las antiguas colonias los ricos se empeñaban en parecer pobres... Sea V., pues, mi hermano y permítame hacer algo en obsequio de V...

Deme esa satisfacción ya que recibo tanto beneficio de V... Pienso que no podría rechazar razonablemente la proposición que voy á hacerle... Vénganse V. y su familia conmigo!... Es V. feliz aquí... No lo niego en absoluto... La felicidad es cosa

que uno mismo se hace: no depende del concepto ajeno: Dios la da con las virtudes que entran indispensablemente en ella: V. tiene todos los elementos propios: vive en un país delicioso por su situación, clima y admirables riquezas naturales... Pero falta por ahora en esta región lo que V. no puede hacer para asegurar su porvenir y el de su digna familia. Se halla en un desierto. Si este desierto ha de durar, el porvenir de V. y el de los seres queridos que le rodean es muy limitado... me atreveré á decir, muy triste... y no quisiera agregar:— muy peligroso!. Sus hijos necesitarán educación, y á menos que V. no se separe de ellos... qué harán aquí?... V. se pondrá viejo... Un viejo entre estas rocas... no es sino un pedrusco más... Después... una idea patriótica! ha sentado aquí la base de un pueblo que no dudo se levantará... Pero qué base... Es la base que germina? la que estimula? ó es la base de escombros, de sangre... la de la catástrofe que espanta y posterga indefinidamente los plazos al progreso mientras no se afianza?...

Los cimientos de los pueblos en estos desiertos serán siempre amasados con huesos humanos!... No sea V. y los suyos quienes formen ese cimiento fatal. Vuelva V. aquí cuando haya una guarnición. V. vive en el desierto sin contar una de sus ventajas relativas, la del aislamiento absoluto que si bien aleja los auxilios también aleja los enemigos... Digo enemigos, no

por calificar así la gente extranjera fronteriza que aquí tendrá siempre fácil acceso, sino por deducción racional, pues la policía de la nación vecina reducirá su acción á sus límites y á yo V. le veo desamparado....

—Oh! aquí nada temo! exclamó con viveza el sargento.

—Yo creo también que V. nada teme aquí ni en ninguna otra parte; pero no tiene otra razón que la de ser un valiente. Las demás causas subsisten.... No puede V. calcular qué número ni qué forma traería una agresión ni hasta qué punto pudiera tocar la desgracia á V., á su esposa ó á sus niños!...

El sargento apretó el puño enterrando las uñas sobre el muslo donde descansaba la mano. Indignábale sólo la idea hipotética de semejante acontecimiento.

Lord Andrews percibió el efecto de sus palabras y agregó:

—Excúseme una observación puramente filosófica sin ofender su susceptibilidad nacional. Es inhumano que un gobierno permita instalación de familias solas en un territorio desamparado, así como ha sido incomprendible deficiencia de previsión dejar este mismo territorio despoblado sin viabilidad ni defensa eficaz.

El primero de los ferrocarriles que ha cruzado el vastísimo país de V. ha debido recorrer toda esta falda oriental andina, obligado asiento de opulentas ciudades que

en ella se habrían acordonado con mejores razones de clima, de incremento productivo y sobre todo, *de estrategia*, que las demás que se han creado al norte.

Estas aguas cristalinas, que corren como dinero que se despilfarra, se levantarían aquí de sus torrentes para servir los cultivos y se encaminarían distribuyendo vida á las regiones sedientas del oriente pampeano... Esta es visión del porvenir, que tal vez no tardará en ser el presente de opulencia para este país... Ahora oígame una propuesta de hermano que le pido no rechace de pronto. Abandone este lugar, deje esta vida peligrosa de yermo; piense en sus preciosos niños que deben educarse; véngase á mi lado con su familia... yo les ofrezco un porvenir.

—Cómo podré dejar mi país, señor! prorrumpió el sargento, dirigiendo al lord una mirada de profunda gratitud.

—No se trata por ahora de dejar su país.

—Entonces no he comprendido...

—No es falta de V., sino mía, pues todavía no le he hecho conocer el plan de mis negocios en esta parte del mundo.

El sargento redobló su atención.

—En efecto, prosiguió el lord, persigo una especulación importante que se liga al progreso de la República Argentina y en ella deseo hoy encontrar la cooperación de V. Soy concesionario, en la Patagonia, de tierras que he ubicado en la costa de uno de los canales que se internan del Océano

Pacífico en ese territorio, frente al archipiélago chileno de Chiloé. A la fecha están ya establecidas allí cincuenta familias agricultoras y otras cincuenta que se dedican á la industria de la peletería, de gran prospecto en la región por la superabundancia de caza de mamíferos que en ella existe, así en tierra como en los canales. A esta colonia de origen escocés, cuya población se aumentará considerablemente, agrego una administración que cuenta con elementos de primer orden para atender á la educación y á la salubridad general.

He practicado ya con el personal técnico que me acompaña el sondaje y valizamiento del canal y la vía que permite llegar á él, á través de los bajíos del archipiélago, la entrada y salida de buques de ultramar, hasta dentro del mismo canal, pues el carácter arcilloso que constituye la costa terrestre, en la Patagonia, hace que aquellas entradas que el mar devora después de romper la cordillera divisoria, sean tan profundas como las del Estrecho de Magallanes. Habrán dos buques de alto bordo que transportarán los productos de la colonia á los mercados europeos. Esto fuera del comercio local de cabotaje, que llevará vida y progreso á las poblaciones hasta hoy desheredadas del archipiélago inmediato chileno. . . Yo ofrezco á V., en mi colonia, el doble del terreno que aquí tiene; y no un puesto de colono, sino un lugar á mi lado, para dirigir los trabajos de la administración general.

—Será ése un pedazo de suelo inglés?... preguntó el sargento con cierta irresolución.

—Digna observación del valiente militar que se ha sacrificado por su patria, contestó el noble lord, mirando á su interlocutor con orgullo. Será una colonia inglesa en suelo argentino, obedecerá las leyes de esta nación y saludará siempre con cariño y respeto la bandera que nuestro amigo y salvador debe izar en el frontis de su domicilio.

—Señor, acepto con todo corazón! exclamó el sargento, oprimiendo entre sus dos manos la del lord. No sólo le seré leal, viendo en V. mi protector personal... miraré más alto: acataré en V. al fundador del progreso más anhelado por mí. Considero ese plantel de civilización en la región que ha elegido como el principio de la verdadera grandeza de mi país! Ruego á Dios dé á V. los más exuberantes frutos, en tan benéfica empresa!

CAPÍTULO XIV

El 25 de Mayo—La naturaleza en las faldas andinas—La cabalgata de los ingleses—Sospechosa asechanza—Till by and by!—Preparación de una comedia—Pareció aquello—La bandera desalojada—La guardia supuesta—El ejército á cargo del rey de Prusia—La guardia imaginaria se impone—Las escrituras de venta de territorio ajeno—Parecieron los papeles—La comedia cambia en tragedia—La vuelta de los ingleses—El triunfo de un cojo—Resolución de abandonar la gruta.

25 de Mayo!

En este día se coronaron las dos grutas de Yayma por la hermosa bandera azul y blanca y los militares vistieron su mejor uniforme ostentando sus condecoraciones.

María y los niños estrenaron su ropa nueva, traída de Buenos Aires; Carlitos un kepí y chaquetilla con ginetá de sargento, complementando el traje imitativo una muleta de su confección y la cojera consiguiente. Todas sus aspiraciones estaban satisfechas presentándose igual á papá.

Había amanecido uno de esos días de cordillera inimitables en los llanos ó en las selvas. No hay aire más puro. La naturaleza se halla decantada de todos los miasmas y de todos los venenos. La tierra

vigorizada y limpia por el gran elemento purificador, la nieve; las aguas clarísimas; los reptiles inofensivos.

Allí no hay el enardecimiento de la creación que produce microbios...

Disfrutando este día los escoceses se habían preparado para una cabalgata por las riberas del Collomcurá en las que pensaban detenerse una semana.

El sargento debía acompañarles; pero en el momento de la partida hubo un incidente que le indujo á quedarse aconsejado por lord Andrews.

De la elevada claraboya que coronaba la caverna de Etchegoyen, éste había divisado un jinete que bajaba por el camino del costado de Yayma, mostrándose cortos momentos sobre las prominencias y ocultándose después largos espacios tras de las tortuosidades y lomas, para volver á salir más adelante siempre en muy breves apariciones.

Lord Andrews que, sin tener la experiencia odiosa de los habitantes de la gruta, abrigaba, por simple razonamiento, los temores que ya había manifestado, aconsejó á «su hermano», como había dado en llamar al sargento, se quedase al lado de su familia, y él mismo modificó, sin decir palabra, como va á verse, el itinerario que tenía anunciado.

El sargento prometió incorporarse á la comitiva tan luego como se informase satisfactoriamente de aquel individuo, que no

tardaría en llegar y que tal vez resultaría ser algún pobre indio araucano que se aproximaba temeroso de la gente reunida en la gruta.

Los caballeros ingleses partieron diciendo todos al común amigo «*till by and by*»!— hasta luego!...

Demasiado sabía el veterano que aquel individuo...no era un indio. Era un espía.

No llegó al campamento. Después de la partida de la comitiva extranjera, se le vió retroceder del mismo modo que había avanzado. Esto puso en expectativa á los de la gruta.

Eran las dos de la tarde cuando se vió reaparecer gente en las bajadas de la cordillera: se contaron hasta catorce, divididos en grupos que aparentaban practicar trabajos geodésicos. Veíase, entre ellos, uno donde había brillo de armas.

—Ya pareció aquello...dijo el sargento.

Etchegoyen estuvo contemplando largo rato aquella gente... Cuando volvió la cara para hablar al marido de su nieta había una luz siniestra en sus ojos.

—Aquellos vienen á ejecutar una tropelía, dijo.

—Ya lo había previsto: han espiado rastroamente la oportunidad de hallarnos solos... es su sistema... pero les daremos chasco... contestó el sargento. Agregó otras palabras al oído, que el abuelo aceptó con un ¡bravo!

Etchgoyen se fué á la caverna, rodeando para no ser visto de los que llegaban.

Acto continuo el sargento habló también con Jiménez y ambos se dirigieron á sus respectivas cuevas: mientras caminaban juntos, siguió diciendo el primero: Dios quiera que esta comedia que tenemos que hacerles...no acabe con sangre!...

—Mejor, mi sargento!...dijo el cabo: yo deseo que los matemos á todos!...

—No: sujétate á hacer estrictamente lo que te he dicho... Al que no me será fácil contener...es al abuelito!...Sea lo que Dios mande!...

A las 4 p. m. se adelantaron dos hombres, de los catorce: uno de ellos cargaba un largo jalón con bandera, y con provocante descaro llegaron hasta pocos pasos de la gruta, practicaron un hoyo y plantaron el jalón.

El sargento se presentó en el sitio y ordenó á los advenedizos sacasen inmediatamente *ese palo*. Estos respondieron con altanería que no podían obedecerle.

Claro vió entonces llegado el momento de principiar su improvisada comedia, y dió una voz de mando.

—Comandante de guardia!...

—A la orden, contestó el cabo Jiménez de arriba de la tronera sin hacerse ver.

—Mande V. un cabo armado y prevenga la guardia!...

—Guardias firmes! dijo la voz de arriba oyéndose patiteo y ruido de armas... Casi

simultáneamente bajaba el cabo Jiménez y se cuadraba al frente de su superior.

—Eche V. á tierra esa bandera.

Los otros se habían ya intimidado y se apresuraron á sacar el jalón; pero el cabo con su intención perversa dió tan feroz culatazo por encima de todo, que dislocó completamente la mano de uno de ellos y el palo cayó tronchado sobre la cabeza del otro. Gritaron como marranos y se apresuraron á montar á caballo llevando la enseña á la rastra.

—Andate otra vez arriba, bárbaro! dijo el sargento al cabo, por lo bajo, en tono que no podía hacer serio...

El cabo se retiró rezongando. Ya no son más que doce...

El resto de la partida se aproximaba en ese instante, de modo que los dos escarmementados se encontraron con el jefe que la encabezaba, casi frente á la tronera de Etchegoyen, quien pudo oír el siguiente diálogo.

—Carampa que ha hapido?

—Ay! ay! hay una guardia de 25 hombres en la gruta...

—Quien la ha pisto?

—Yoi! yoi! yo li visto formáa... con unos sables grandotes y unas carabinas muy culateadoras!...

—Entonces ese esbía es un emprollón!

—Sí señor: cómo no ve la gente que está arriba!...

—Pueno! pueno! pamos á per!...

Son alemanes los que mandan en Chile. El primer puesto de gobierno de su ejército y todos los demás esenciales, se hallan desempeñados por esos señores traídos de su país con la venia del emperador de Prusia, quien les ha recomendado se *porten bien*, lo que es ya una garantía para esa república, y un alivio para sus militares nativos que se descargan del celo que deben á su patria, indirectamente en manos del rey de Prusia.

Esos señores alemanes, suizos de una pequeña república que se halla *un poco* más abajo del gran imperio de Carlos V, no abrigan excesivo amor por la patria adoptiva ni mucho menos el respeto de las fronteras ajenas. Ellos han venido á enseñar la estrategia prusiana, que á los discípulos dió excelentes resultados sobre dos naciones debilitadas, la una por su gobierno y por la anarquía, y la otra conducida al sacrificio y la derrota por un general traidor. En la corrupción política, en el banquete de charroña encargado á la venalidad traidora, es fácil y seguro el triunfo de los cuervos!

Los expedicionarios se acercaron á la gruta bajo la impresión del respeto infundido cien metros antes de llegar.

—Puenos tías.

—Guardía, firmes! fué la única contestación que de arriba obtuvo el saludo.

Abajo, solo el sargento era el ser viviente que se mostraba: asestaba sobre los intrusos su mirada altiva y descansaba tranquilamente en su muleta.

— Usdet diene una fuerza aquí?...
Silencio absoluto...

—Carampa!— Usdet me tisenbe si me bermido creer que es muto...

—Es inútil hablar, señor extranjero, prorrumpió el sargento con fuerte entonación, puesto que V. viene provocando á un puesto militar argentino. En tal caso sólo las armas tienen la palabra y antes que la tomen... aconsejo á V. que se retire.

—Yo no soy penido á propocar, señor: penido solamende á metir derreno te que denemos dídulos...

—Entonces ha debido comenzar por presentarme esos títulos

—Muy pien, señor: me bermide Vds. pajarme?

—Está bien.

El suizo jefe echó pie á tierra y siguieron su movimiento los once llegados con él. Los otros dos habían quedado en cura á la costa del arroyo. Sacáronse papeles de distintas alforjas y se reunieron en manos del primero. Cuando éste adelantaba un paso para presentarlos, el sargento le detuvo con ademán imperioso.

—Ante todo, veo allí siete militares con armas: V. me mostrará la autorización que tiene de mi gobierno para penetrar en este territorio con tropa armada.

—No la dengo...

—Y decía V. que no venía provocando!... exclamó el sargento airado.

—V. me dispensará señor: soy esdranguero...

—En atención á su excusa, no procederé á desarmar esa fuerza como es de mi deber; pero V. la ordenará que inmediatamente pongan las armas á tierra donde permanecerán hasta que V. se retire de aquí, repasando la frontera. Ahora conviene que oiga V. lo que voy á disponer:

—A ver! un cabo de órdenes! gritó el sargento volviendo la cara.

Al instante un gran ruido de pasos y armas y se presentó el cabo Jiménez. Todos le clavaron los ojos con indecible atención.

—Al comandante de guardia, dijo el sargento, sin mirarle, que en el acto de ver levantar armas á cualquiera de estos señores, mande romper el fuego.

El cabo dió un seco golpe sobre el baquetero; media vuelta; y se marchó á paso de trote.

¡Qué cara!... ¡qué ojos de malas entrañas parecía tener el tal cabo de órdenes!... Convenía obedecer muy estrictamente... y así lo hicieron sin perder segundos...

El jefe de la *gran guardia* de la gruta se dignó hablar con un poco de más familiaridad.

—Veamos esos títulos, dijo alargando la mano.

—Sí, señor: aquí esdán: esdas son escrituras en toda forma: Usdet buede repisarlas.

Claro examinó los papeles uno á uno, y

al terminar la lectura del último los devolvió juntos diciendo: No tienen aquí valor ninguno, caballeros.

—Ninguno?... clamaron varias voces á la vez.

—Estos territorios han sido declarados por la ley de propiedad nacional: su adjudicación ó venta sólo puede escriturarse por el gobierno de la nación. Vds. exhiben aquí once escrituras otorgadas por indios, conocidos ladrones, que han residido antes, en otros tiempos, y que hoy están prisioneros ó muertos... y es verdaderamente admirable, agregó el sargento con gesto amargo, que las escribanías públicas de Chile hayan extendido escrituras á semejantes clientes y adjudicado tierras en el extranjero sin comprobación de derecho ni de personería... (1)

Es de creer que aquí hubiese concluído sin mayores desagradados el asunto de estos caballeros intrusos; pero todavía faltaban incidencias muy inesperadas: uno de aquellos, un tipo mal sano de cuerpo y alma, cerrado de melena y barba, á quien sus compañeros daban el nombre de Bosmann, avanzó dos ó tres pasos afectando una

(1) La referencia de las escrituras es estrictamente histórica. En Angol (Arauco) se escrituraron al iniciarse las operaciones de 1879 once protocolos de venta de tierras que fueron á proponer en el sur de Chile varios caciques. El hecho fué notorio, así como fué irrisorio el precio que dieron por esas tierras.

sonrisa de pillo que cree en su mano el triunfo, y sacando otro legajo:

—Pues, si esos títulos no valen por no venir del gobierno argentino, valdrán éstos que yo he adquirido de buena fuente y pido que se me deje ir á buscar el campo que rezan...creo no muy lejos de aquí.

—Está bien: veamos, contestó el sargento recibiendo el legajo.

Mas no bien había desplegado la primera envoltura hizo un respingo de sorpresa y satisfacción.

—De dónde obtuvo V. esos títulos?

—Allí verá V. claro el documento de traspaso, señor comandante...

—No soy comandante: soy sargento.

—Sargento!...Pues... era su primitivo dueño un sargento también, ya finado, á cuyo hermano compré....

—Puedo asegurar á V. sin temor de equivocarme que el sargento está vivo y no ha tenido nunca hermano, ni nadie puede poseer su campo sino él ó su familia: es intransferible por la ley.

—Pero es verdad que ese sargento está vivo?

—Puede V. juzgar por sí mismo: le permito que me mire de pies á cabeza.

—V.?...

—No le quepa duda, soy el sargento Adolfo Claro.

—Entonces, señor, V. se servirá indemnizarme lo que he pagado ó me devolverá el documento...

—Me obliga V. á decirle ésto que le será desagradable: V. ha comprado una especie, cuidándose muy poco de si era bien ó mal habida, y ahora que sabe que era robada, pretende retenerla... Quien sustrajo estos papeles de aquí hace 5 años robó también mi ropa y fugó hallándose preso por robo de ganados... Falta saber qué otra participación ha tenido V. en todo ésto... Tenga á bien apartarse de mi vista antes que le dé otras pruebas de que estoy vivo!..

Otra complicación de más terribles consecuencias que no había entrado en los planes del sargento.

Mientras revisaba sus perdidos papeles é increpaba al bribón de la melena, el niño Carlitos había forzado la consigna de reclusión absoluta ordenada á la familia y se había presentado en escena luciendo su traje militar y su muleta. La madre salió detrás de él chistándole é imponiéndole por señas que regresase. Pero el muchacho estaba ya en brazos de dos individuos que le festejaban y acariciaban.

Un diálogo rápido y fatal hubo entre ellos y el niño.

—Te gusta ser militar?

—Sí, como mi papá.

—Tienes muchos soldados?

—Sí, en una cajita. Voy á mostrártela!...

—No, luego, luego... ven acá!...

—Me llama mamá!...

—Ven!... y soldados grandes como tu papá, hay muchos allá arriba?...

—No, no hay ninguno!... el cabo, no más...

Bosmann se acercaba en ese instante despedido por el sargento, y le comunicaron la contestación inocente del niño.

Quedaba desvirtuada la comedia que había impuesto respeto á los invasores. En el acto, el de la melena, se dirigió á su jefe; desde el sitio en que se hallaba, vociferando frases apresuradas en alemán. El jefe cambió instantáneamente de tono y actitud...

Recién se apercibió el sargento de que su hijo estaba entre los desconocidos y le llamó con enojo.

En un solo y mismo instante sucedieron diferentes cosas terribles.

Carlitos atemorizado por el severo llamado de su padre trata de desprenderse de aquéllos, pero el malvado Bosmann se apodera de él con violencia. Chilla el niño con angustia: Papacito! papacito!...este hombre me aprieta!... Un grito espantoso de la madre!... atroz interjección del sargento... Vociferación del jefe alemán que levantó un revólver—¡Ríntase usdet!...dos detonaciones que parten de dos puntos opuestos, la gruta y la caverna... y dos hombres que ruedan por tierra!...

Casi simultáneamente con los primeros atropellos, los 7 soldados corrieron á levantar sus armas, pero el fuego del frente y del flanco les llamó la atención y les paralizó el certero efecto que había hecho:—

Bosmann estaba muerto y el niño corría á los brazos de su madre; el jefe se revolcaba á los pies del sargento; éste parado en el mismo sitio, sereno é imponente, desafiando nueva agresión; los tres individuos paisanos clamaban:—«Estamos rendidos».

El pánico se había apoderado de los invasores; no hacían sino mirar hacia la tronera de la gruta y al promontorio de la derecha donde nada descubrían... El pavor de la incógnita!...

De repente se oyeron tres largos silbatos del lado del Collomcurá y varios tiros en intervalos metódicos que indicaban señal convenida.

Los invasores iniciaron movimiento de retirada tratando de acercarse á sus caballos.

El sargento enarbolando su revólver dijo:—«Nadie se mueva ó doy la señal de fuego!»

—Quietos bor Tios! gritó uno de los de adelante. Y todos volvieron á quedar inmóviles en sus respectivos sitios.

Pronto aparecieron á gran galope des-puntando la loma del oriente los caballeros escoceses formados en secciones de á cuatro, con lord Andrews á la cabeza. Venían alegres, dando repetidos hurras!

Lord Andrews había previsto desde su partida algún serio incidente en la gruta y no hizo otra cosa que rodear la expresada loma y campar en la última depresión de su falda por donde circulaba el arroyo. Allí

ordenó silencio y privación de fogones hasta que se incorporase el sargento, previniendo que si éste no aparecía á las 4 de la tarde, regresarían á comer en su compañía. De aquí provenía el contento de la vuelta.

El lord había apresurado la carrera al avistar el campamento y notar tantas personas y caballos, y casi desconfió de encontrar á su huésped y familia en condiciones satisfactorias.

Pero qué increíble! qué inexplicable sorpresa al llegar! Tres individuos particulares, humildes, con el sombrero en la mano: siete *milicos* con las armas á tierra; dos cadáveres, y un solo hombre con muleta dominando este escenario en el que la fuerza, el poder estaban representados por los que se humillaban!... Preciso es que ese hombre disponga de alguna virtud mágica!...

Pocos instantes después de la llegada de los ingleses, los rendidos firmaban con el sargento una breve acta que éste ordenó, estableciendo los sucesos ocurridos, y se despedían llevando sus armas é instrumentos, bajo el juramento de repasar inmediatamente la frontera.

Cargaron los dos cadáveres y se marcharon en silencio como en convoy fúnebre.

—Lo siento en el alma, dijo el sargento: pero... han sido imprudentes!....

El noble lord coronó los comentarios del extraño suceso con las siguientes palabras.

—No es sólo el peligro de perecer con toda su familia el que V. corre aquí, her-

mano mío, es el peligro de matar!... Los territorios fronterizos en estas condiciones, agregó con solemnidad de satio, imponen á los gobiernos el deber ineludible de preferirlos con todas las facilidades de viabilidad y amparo que atraen la población : su desamparo llama en todos los momentos á los sacrificios particulares y á las calamidades públicas! V. ha realizado un prodigio, salvándose con su familia de una catástrofe cierta: pero no hay que tentar á Dios!

Esos hombres llevan en su corazón el juramento de la revancha y volverán por ella!... Conviene partir sin pérdida de tiempo!... No huímos de ellos : huímos de la sangre!... Vamos á esperar en mejores condiciones que Dios ilumine al gobierno de este espléndido país.

CAPÍTULO XV

En viaje al sur—Mejora progresiva de las comarcas australes—El muestrario de Cullomcurd—Campamento y señales en Reloncaví. El yatch Andrew—Alojamiento regio—El capitán Peel—La colonia escocesa de lord Andrews—Presentación del sargento—Hurra por el intendente general!—Dos parejas y dos cuentos tzonecas.

Al aclarar el día 26 de mayo, toda la colonia de la gruta de Yayma tomaba el camino del sur siguiendo la comitiva inglesa que presidía lord Andrews.

Quedaba solamente en posesión temporal del campo y sus casas de piedra Antuñir, el descendiente de los próceres subterráneos con sus tres mujeres y una pequeña partida de ganado chico que la sociedad Claro Jiménez le dejaba para su mantenimiento. El matchi no convenía en apartarse del lugar que le parecía más propicio para enterrarse cuando le llamasen sus padres.

El resto del ganado se llevaba de arreo bajo la inmediata dirección de Jiménez á quien obedecían cuatro sirvientes del lord. Estaba estipulado que el consumo de carne se haría gratuito por la sociedad argentina Claro y Jiménez durante el camino terres-

tre hasta el puerto de Reloncaví y allí sería adquirido el ganado sobrante por la empresa de colonización patagónica, embarcándose en el yatch que conduciría la totalidad de la comitiva. Fué acordada la marcha muy lenta y á cortas etapas, por consideración especial del lord, en obsequio de la familia chica de su amigo.

El camino que recorrían era por otra parte digno de contemplación detenida y en todos los lugares ofrecía pintorescos y socorridos alojamientos.

La región andina oriental gana en atractivos y condiciones de vida cada grado que avanza al sur. Los bosques seculares de pinos y robles se hallan más frecuentes y hermosos: ya no se limitan á la falda de la Cordillera Central; extienden el adorno de su frondosidad á las llanuras, á los faldeos y á las bajas colinas: los valles se repiten á cada paso regados por arroyos tranquilos que serpentean en amplios lechos profusamente alfombrados de pastizales. Es una zona de innumerables lagos que de cada altura que el viajero domina descubre las superficies azuladas.

Pasaron Ruca-Choroy donde hicieron abundante caza de loros para la olla: cruzaron los arroyos y valles de Queyen Mayoe Pichí Nahuel huapí, Talelvu, Mauchana Có y el Collomcurá que entra al Río Grande y le da su nombre tomado de un gigantesco monicaco de piedra que corona uno de los cerros que rodea.

En aquellas elevadas formaciones de areniscas y basaltos se ven diferentes figuras y monstruos como muestrario de un escultor fantástico.

De la cumbre del Trenquemahuida contemplaron en su esplendor el célebre, entre indígenas, cono volcánico de Quetrupillán (cinco diablos).

Entre los indios, todos los seres poderosos y sobrenaturales moran debajo de tierra, especialmente Pillán, una entidad general y muy temible porque es Dios y diablo á la vez; respira por los volcanes y se multiplica, como sucede en el Quetrupillán que cuando se halla en erupción arroja llamas por cinco chimeneas.

Al pie del gran macizo que domina este cono, se extiende, afectando la forma de un alacrán de diez leguas de largo, el lago Huechún.

Avanzó la comitiva recorriendo los preciosos valles del Chimchuín, el Quilquichua, el Chapelco, pasaron el fortín Maipú que domina la costa del gran lago Lacar, tocaron los lagos Metiquina, Vilahuehuen, Trafal, las Manzanas y arribaron al fin de diez días de viaje al fortín Chacabuco, levantado sobre las barrancas que dan vista al grandioso lago Nahuelhuapí y el escape de sus purísimas aguas por el cauce de Limay. Salvado el paso de este caudaloso río, costearon el lago y continuando después el curso del río Raue en dirección á la cordillera divisoria, franquearon ésta fá-

cilmente, y á los cinco días más de marcha tocaban la costa oriental del golfo de Reloncaví.

Camparon allí en una pintoresca quebrada que descendía suavemente hasta el mar y esperaron la noche para hacer señales de luces que estaban convenidas con el capitán del yatch Andrews.

En la noche se elevaron cohetes de colores durante una hora con intermitencias de diez minutos, perfectamente visibles en toda la extensión del golfo que en aquella latitud sólo mide un ancho de 40 kilómetros, y aunque no fueron contestados, se esperó tranquilamente el amanecer.

A las 8 de la mañana del siguiente día, el poderoso cañón reparator del yatch saludaba la enseña del baronet izada en el palo mayor, á la vez que echaba el ancla en un pequeño ancón inmediato al campamento de la comitiva, y casi simultáneamente se empavesaba con todos sus marineros sobre las cuerdas como en una gran fiesta.

Al mismo tiempo se divisó bordejear á larga distancia al oeste otro buque que á vista de catalejo era de guerra chileno. Hacía muchos días que éste vigilaba al yatch según comunicó su capitán

El yatch Andrews era una nave espléndida, exuberante en lujo y comodidades, dotada de personal elegido y adicto al lord hasta la adoración.

En pocas horas su ilustre dueño es-

tuvo instalado á bordo con toda la gente y el ganado almacenado en pie en un espacioso entrepuente.

Fué destinada al sargento y su familia la mas amplia cámara, regiamente decorada, vecina de la del mismo lord y ambas situadas en la proa, debajo del primer puente, sobre la semicircunferencia de un pequeño jardín de hadas formado de plantas exóticas que abrillantaba el rocío permanente de un precioso juego de aguas. Por la noche, la luz eléctrica y colores cambiantes proyectados sobre la fuente hacían lluvia alternada de rubíes, de topacios, de esmeraldas.

María decía á su esposo: Adolfo mío, ¿estamos soñando?

Cuando el sargento hizo esa referencia al lord, éste dijo:—«No me sentiría más satisfecho si alojase en mi buque á un rey. Las virtudes de su marido, señora, lo elevan más alto, porque conquistan felicidad propia y son munificentes; la dan á los demás por la admiración y el cariño. El cielo del cristianismo es el goce del mérito propio: es eterno porque no es prestado; es resplandeciente porque le rodean rayos de amor».

El capitán del yatch determinó la posición austral del embarcadero y dió latitud 42° 3', calculando, por consiguiente, la distancia aproximada de 360 kilómetros longitudinales hasta la entrada del canal patagónico que atravesaba el territorio de co-

lonización concedido á lord Andrews, cuya situación geográfica ya conocida estaba en 45° 20'.

Al clarear el día 11 de junio zarpó el yatch y tomó resueltamente el rumbo sur sin apartarse mucho de la costa que era la vía ya explorada de las mayores profundidades en la zona que iba á recorrer. Allí la costa patagónica, científicamente levantada por los eminentes geógrafos ingleses Roberstsón, Queng y Fits Roy, presenta en toda su prolongación al embate de las olas del Pacífico el talud occidental del macizo central divisorio con Chile, lo que se demuestra patentemente en las alturas notables que lo coronan: el Comán, el Minchimavida, el Corcovado, el Yanteles, el Gran Palena, el Pichi Palena, el Aysenda, núcleo formidable que si todavía resiste, conservando el trazo general, ha sido ya cortado en diferentes puntos por la acción irresistible de las aguas, la doble percusión del hielo y el deshielo.

El tiempo era claro y sereno y el mar descansaba desde la última tempestad que alcanzó al Yayma, lo que proporcionaba bienestar á los néofitos navegantes que deleitaban su vista en la contemplación de las costas del continente y de las innumerables islas y peñones sembrados en la abra del archipiélago como cetáceos dormidos de todos tamaños y formas.

Allá, muy atrás, donde la vista ya no alcanzaba á distinguir la degradación blan-

quizca de la estela que dejaba el yatch con el rápido movimiento de su doble hélice, se vió siempre el buque de guerra seguir en su obstinada observación, si bien la distancia mediante se alargaba cada vez más en virtud de la superioridad de la marcha del yatch.

Lord Andrews había manifestado intención de esperar á esa nave á fin de conocer lo que deseaba y con este motivo oyó el parecer del capitán.

El capitán Peel era una entidad moral dividida en dos hombres tan perfectamente distintos uno de otro, que si dos personas le conocían y trataban cada una por su lado, era imposible que se pusiesen de acuerdo para identificar su persona. Ante los individuos á quienes estimaba era esbelto, alegre y locuaz, facciones regulares, cabeza noble y bien poblada de pelo rubio : ante el ser que no le era simpático, se mostraba de estatura mediana, encogido, ladeado de hombros, torpe, cara larga algo deforme, taciturno: apenas le entraba tirabuzón para sacarle palabras; calvo, porque se encasquetaba la gorra de cierto modo que lo parecía, y no la quitaba del sitio por ningún precio.

—Sería inútil esperar, señor barón, porque ya ha estado su comandante á bordo del yatch.

—Y qué?

—Pidió noticia de la procedencia del buque y le mostré el libro de bitácora. Por

él supo que hemos salido de Nueva Zelanda el 10 de febrero del año corriente y hemos llegado al golfo de Reloncaví el 8 de mayo y que el buque pertenece á vuestra gracia y que yo soy su capitán : que no traemos mercaderías ni peste y que V. G. viaja por placer, etc., etc. Me ha hablado en castellano... y no he entendido...

—No entendéis el castellano, capitán?...

—Vuestra gracia puede juzgar, puesto que lo habla con perfección...

El lord se sonrió... Continúad, capitán.

—Me ha preguntado en inglés dónde se encontraba el propietario del buque... y no he contestado; me ha invitado á bajar á tierra... y le ha dado las gracias: á visitar su buque... gracias; «qué espera V. ahora en el golfo?...órdenes—De quién?...De mi superior.—Qué superior?—Ya he dicho quién es. Cuando le llegarán las órdenes?—Cuando él las haga llegar. ¿No sabe V. qué órdenes serán?—Si las supiera, ya las estaría cumpliendo. Necesita V. víveres?—No necesito. Tiene V. suficientes?—Puesto que no necesito.... Quiere V. comprar ganado? No tengo ningún negocio fuera del buque.—Para comer!...—Para comer compro carne. Qué rumbo cree V. que seguirá el buque cuando salga de aquí?—Creo que ha de ser exactamente el mismo que mi superior ordene»...

Al retirarse le hice los honores de etiqueta y al poner el pie en su bote dijo á su ayudante, en castellano y en mi presen-

cia:—«No se comprende cómo un lord inglés tenga de capitán á este animal» y me hizo una seña respetuosa de despedida, á la que yo contesté muy complacido. Veinte días ha seguido observándome sin nueva visita ; y anoche cuando se vieron las señales, me lo mandó comunicar y contesté que las había visto, á menos que aquello fuese erupción fina de algún volcán de la costa. . . Insistió en que eran señales con seguridad, y probablemente dirigidas á mí: que por qué no las contestaba:—le respondí que si él tendría á bien indicarme de qué manera contestaría. . . Y para no satisfacer su curiosidad me limité á tomar en silencio las medidas necesarias para zarpar con la primera luz del día. A no ser peligrosa la costa, lo habría efectuado en el acto.

El lord repuso sonriendo á su capitán:— Ahora ha hecho V. que ese caballero caiga en una curiosidad incurable! . . .

—Tan luego como V. G. me autorice á satisfacérsela lo haré. . . pero ahora, salvo su mejor opinión, nos perjudicaría un retardo de marcha para la entrada al canal. . . y como ya están en viaje *de conserva*. . . sin que se les haya llamado, mejor será que lleguen. . . igualando un poco la molestia al capricho pueril. . . De todos modos, señor barón, dentro de pocas horas quedarán muy atrás. Esta noche caminaré con el foco eléctrico, porque debemos evitar las neblinas de la madrugada en estas alturas. . . Ellos fondearán apenas oscurezca

ó volverán atrás si no están ciertos de su vía.

Sucedió todo lo previsto por el capitán Peel. Cuatro horas más tarde el buque de observación se había perdido de vista y era probable que no continuase camino en aquel mar interior del archipiélago plagado de escollos que el yatch cruzaba deliberadamente merced á los recientes estudios de vía y sondaje que había practicado.

El tiempo continuaba bueno; pero en aquellas latitudes de mares inexplorados y costas solitarias, los escollos no necesitan de la borrasca para amenazar de muerte á las embarcaciones : bastan las neblinas que ciegan y los fondos insondables donde las anclas cuelgan sin asidero para que el buque derive suavemente á su perdición. La muerte está en el mar y sigue al náufrago hasta en tierra donde están los indios salvajes: alternativa entre el abismo y la barbarie...

El yatch encendió en la noche sus focos eléctricos y siguió su marcha inalterable. Al clarear el nuevo día, antes de la hora de las neblinas probables, había salvado las rocas cubiertas de la entrada del canal de Aysén y penetrado en él con felicidad.

Se hallaban otra vez los viajeros al oriente del cordón andino, perforado por el mar y dentro de la jurisdicción argentina.

El canal cuyo ancho varía de dos á cinco kilómetros, se interna unas veinte

leguas al corazón de la Patagonia, y detrás de sus altas riberas, vestidas de arboledas, se extienden valles y planicies regados por varias vertientes. En los dos lados del extenso valle que el canal divide por mitad, cerca de su extremo oriental, se había delineado la planta urbana y rural de la población que comenzaba ya á instalarse bajo pequeñas construcciones provisionales al uso escocés.

Fué elegida para asiento de la dirección y administración de la Colonia la parte norte del canal, y allí principiaron inmediatamente los trabajos de edificación provisoria, siendo ubicado en el punto más central y pintoresco el sitio destinado á la casa del sargento y su familia.

Desembarcáronse todos los animales y se colocaron en una pastosa ensenada que ofrecía seguridad y abrigo, y el buque unido á tierra por sus amarras y una cómoda planchada, permaneció domicilio del lord, del sargento y familia y de los demás caballeros que no le tenían en tierra.

El segundo día de llegada se reunieron los colonos de ambos valles bajo una arboleda contigua al sitio de la futura administración central, y allí lord Andrews presentó al sargento á sus compatriotas; evocó los antecedentes del noble militar argentino y particularmente su comportamiento generosa y denodada en el temporal de Yama, donde había quedado obligada para siempre la gratitud de la comitiva, y agregó que

tenía el propósito de confiarle la intendencia general de la Colonia, por su honorabilidad á toda prueba, sus conocimientos especiales, así como sus altas cualidades de soldado para el caso de organizar y dirigir defensa contra cualquiera agresión de los bárbaros del desierto. Los colonos todos aplaudieron al lord y aclamaron al sargento con largos hurras.

Entre las diferentes voces de adhesión se oyeron gritos de campesinos sencillos que expresaban el deseo de acercársele y prohibarle como hermano. Le pedían que aprendiese el inglés.

—Let him learn english! repetían.

Cuando se tradujo al sargento el pedido de aquellas buenas gentes, significó que aceptaba la idea por él y por su familia, lo que produjo otra serie de hurras!

* * *

El primer acto de gobierno del sargento Claro, fué una novedad muy simpática para los habitantes de la Colonia. Organizó una función de caza de guanacos y avestruces que, según el procedimiento criollo y de los indios, se llama *boleada*. Consiste en rodear una vasta extensión de territorio con buen número de jinetes armados de *boleadoras*, cuya posición, hasta formar el gran círculo, toman en dos ó tres días de marcha, y vuelven después sobre el centro común, estrechando las distancias hasta que se aproximan al referido centro, donde

con seguridad se hallará reunida una masa considerable de aquellos animales. Es el momento de tocar: ¡al asalto! Mas como la mayor parte de los cazadores no harían uso de *boleadoras*, les fué concedido el del revólver, con obligación de tirar de cerca á fin de evitar desgracias.

La operación se realizó con perfecta regularidad y mejor éxito: abatieron un centenar de piezas entre avestruces y guanacos, más cuatro indios tzonecas que se hallaban en el campo y habían seguido el movimiento de los animales. Hubo aplausos recíprocos entre escoceses y argentinos. Los certeros blancos á revólver de los primeros, arrancaban calurosos bravos al sargento y al cabo, mientras éstos causaban admiración y sorpresa con sus tiros infalibles de *boleadoras*.

Los indios tzonecas, concentrados en la cacería, en cuenta de guanacos, dieron la nota cómica del día. Eran dos varones y dos mujeres: un casal viejo y otro joven.

Los cuatro de elevada estatura; dueños de caras cuadradas, enormes matas de pelo negro crinado, vientres abultados, piernas flacas y torcidas; los hombres imberbes: todos del color de la goma elástica: tehuelches legítimos. Durante la correría final en que entraron los tiros y boleadas, ellos disparaban de un lado á otro con los grupos de animales, creyéndose comprendidos en la hecatombe, y provocaban hilaridad en los cazadores con sus actitudes pavorosas.

y el cambio radical de aspecto que presentaban en las diferentes peripecias de la función cinegética. Era que no vestían otro traje que la conocida capa de pieles de guanaco; mostrábanse cubiertos cuando estaban parados ó moviéndose al paso, y totalmente desnudos cuando corrían.

Agregóse una historia bizarra que la tzoneca vieja transmitió como intérprete de los otros tres.

Se decían prófugos de una toldería del Chubut.

Refería la vieja que un día, el presente indio viejo llamado Telék, se bebió un cántaro de aguardiente y durmió dos días; el tercero deliró bajo la influencia de una fiebre cerebral, y el cuarto... se murió. Los suyos le llevaron al *Chenque*, le cubrieron con ramas y tierra, provisto, por supuesto, de la correspondiente olla, la bolsita de trigo y la botella de aguardiente para el viaje de donde no se vuelve. El cacique de la toldería, tan añoso como el difunto, se creyó competente heredero de Knush, la hija huérfana, también presente, cuyo nombre significa *mañana*... y á la vista estaba,—no era la bella mañana del despertar de la aurora:—era *el* mañana del tramposo, el «vuelva mañana» del señor ministro, el «mañana» de las profecías que significa dentro de cien años:—una mañana negra... cara de melón.

El tzoneca joven respondía al nombre de Kayla; había viajado desde la cordillera has-

ta el Atlántico, desde Magallanes hasta Viedma, y no era mucho más corta la distancia que tenía recorrida alrededor del rancho que habitaba Knush, espiando la oportunidad de cargarla sobre sus hombros y escapar con ella. Es el procedimiento inicial del casamiento entre tzonecas; pero el complemento es tener una vaca y un caballo, á fin de que la familia asalte la guarida de los novios y pueda regresar satisfecha arrebatando á lo menos esos dos objetos. Kayla no tenía vaca ni caballo: pretendía que era bastante su amor. Mas el viejo Telék le tenía dicho á su hija:—«Un casamiento honrado»:—«que Kayla robe donde pueda algunos animales, y entonces . . . que te cargue: es necesario llenar las formas!» . . .

La mañana siguiente al entierro de Telék, Knush ordeñaba una vaca del cacique, bajo el abovedado de una ramazón espino-sa. Kayla apareció de repente en igual postura á la de su adorada, al otro lado de la vaca.

—Te quedas con el cacique, Knush?

—Yo á ti te quiero, Kayla.

—Y qué falta para que disparemos?

—Ir al chenque de mi padre y alzar una rama para la buena suerte.

—Vamos allá, pues!

—Sí: vamos: porque el cacique duerme el beberaje de ayer.

Desde allí se deslizaron á través de las ramas y costearon las barrancas del Chubut donde estaba el chenque dentro de una

excavación trabajada por las aguas de avenida.

Qué sorpresa! las ramas de virtud que debían estar cubriendo el cadáver, se hallaban afuera, al sol, secas y desparramadas: el muerto no estaba bajo de tierra, sino sentado encima, bebiendo de su botella.

Telék estaba persuadido de haber dejado de existir, y como sabía muy bien que todo tehuelche muerto viaja para el lado donde el sol se pone, fácilmente se prestó á tomar el camino entre los dos amantes que le sostenían: porque se había excedido en el uso de la provisión depositada para la vida póstuma: Telék no tenía compostura: era borrachón antes y después de muerto!

En la región de las sierras habían encontrado á la vieja intérprete. Venía de una tribu del norte y traía dos caballos robados; ventilaba un asunto conyugal con accesorios algo salvajes: la eterna historia de las esposas viejas en la poligamia indígena. Era la mujer más antigua de un capitanejo que tenía cinco, y concibió la idea de corregir las veleidades de su marido eliminando una á una sus rivales. Estaba á punto de terminar con la tercera cuando fué denunciada por el adivino. Es simple talento deductivo el del adivino cuando la esposa más joven revienta envenenada.—Preguntado el adivino, consulta el punto con una lagartija, y sin vacilar denuncia á la vieja. Casi *siempre* la lagartija tiene razón.

Los hijos de la antigua y gloriosa Caledo-

nia con su genialidad nacional, exaltada y poética, se gozaron en estos personajes y sus historias fantásticas, y adoptaron con alegría á los cuatro tzonecas, como las piezas más interesantes de la preciosa cacería que les había proporcionado el sargento; siendo las únicas que escaparon á la carneada general y á la extracción de pieles.

CAPITULO XVI

Proficuos resultados de la Colonia escocesa—Desmoronamiento parcial—Apreciaciones sobre la prolongación continúa de los canales marilimos—Noticia fatal retardada por las genialidades del capitán Peel—Las aguas interiores cedidas al extranjero—Protesta contra la humillación de la patria—A Inglaterra con todo!—Epilogo.

Habían terminado en la feliz colonia las cosechas del año de 1894. La tierra virgen laborada con inteligencia, y bien elegidos los predios de cultivo en los valles y faldeos trasversales, defendidos contra las inclemencias del sur, había producido rendimientos de una abundancia sorprendente. Los trigos colectados alcanzaron la calidad privilegiada que se ha hecho notoria en los cereales del Chubut.

No habían sido menos pingües los resultados de las cacerías y de la pesca de cetáceos. Los peleteros reunían casi fortunas, unos por la cantidad y otros por la calidad de las pieles acopiadas. El sargento, que se encontraba entre los especuladores de este último gremio, tenía almacenado un valioso cargamento de cueros de nutria y lobo marino y dividía con Etchegoyen y Jiménez

sendos fardos de pluma de avestruz petizo, más un número de bultos comprimidos de carne salada.

Sólo había ocurrido un contratiempo parcial perjudicando á uno de los colonos y aun corriendo éste el peligro de perecer con su familia.

Situada su chacra en una hermosa hondonada que se prolongaba al oriente desde el punto en que terminaba el canal marítimo, el mencionado colono no había dado importancia á las observaciones que la vieja india tehuelche hacía respecto del desmoronamiento continuo que sufren las costas de estos canales, muy principalmente en la parte del seno extremo donde terminan.

Lord Andrew había corroborado con razones científicas los datos prácticos de la india. Dada la composición arcillosa de aquella parte del suelo patagón, el embate de las continuas y fuertes mareas, los notables contrastes y depresiones de la temperatura en aquella latitud y la terrible acción expansiva de las aguas congeladas en las grietas, constituían un trabajo colosal permanente de dislocación y desmoronamiento que iría siempre devorando el suelo en contacto con el elemento líquido; y esta obra se continuaría con más fuerza en el sentido de la prolongación ya iniciada de los canales que es justamente la dirección general de las pendientes del territorio continental que van de la cordillera hacia el Atlántico; porque esas pendientes res-

ponden naturalmente al orden de superposición gradual de las capas aluvionales que formaron estos territorios. Se comprende que la obra de disgregación se efectúe con más facilidad encaminada por el orden en que las capas se fueron colocando. No es difícil calcular aproximadamente, agregaba el sabio lord, la época en que estos canales cortarían el continente patagón en diferentes latitudes, haciendo de él un verdadero archipiélago como ya se ha hecho en Magallanes y ha sucedido también por análogas causas en la parte occidental de Escocia.

No se sabía todavía en la colonia ni había llegado á conocimiento de lord Andrews el increíble convenio internacional que en el mismo año corriente acababa de celebrarse respecto de estos canales. Por una ignorancia incomprensible de la geografía patagónica se había ya firmado un protocolo por el que los precitados canales quedaban entregados al dominio de Chile, con sus costas adyacentes. Se hacía esto bajo la inducción de un razonamiento pueril y falsario entre los dos países limítrofes:—Chile renuncia á imaginarios puertos sobre el Atlántico y la República Argentina á los que positivamente le da sobre el Pacífico el sagrado y legítimo dominio de sus aguas interiores saliendo á este océano.

De modo que los razonamientos perfectamente científicos de lord Andrews sobre la prolongación continua de los canales, hacen

esperar que llegará un tiempo en que el territorio argentino del sur quedará atravesado en diferentes partes por líneas ó fajas de dominación chilena y, desde ya será el primer país civilizado del mundo que habrá entregado al extranjero el gobierno de sus aguas interiores. . . !!!

Efectivamente, la chacra del referido colono se hallaba, por su situación, expuesta al peligro enunciado, y sobre todo amenazadas sus habitaciones que habían sido construídas demasiado inmediatas á la cabecera del canal.

Una noche el suelo se hundió y brotó agua salada á pocos pasos distante de las piezas en que dormía la familia. El sargento Claro que oyó el ruido del derrumbe acudió al instante con los hombres de su casa y personal de policía, y transportó oportunamente á las personas, el menaje y los animales domésticos.

A la mañana siguiente, el local desalojado estaba dentro del golfo y pocos meses después la chacra y su sembrado eran lecho del canal.

En ningnna otra cosa perjudicó este accidente á la floreciente colonia, ni aun se dejó sentir el daño particular, pues el noble lord indemnizó ampliamente de su propio tesoro al colono desalojado. Antes fué una advertencia conveniente para las nuevas instalaciones de chacras, que el intendente general reglamentó, disponiendo que el personal de ingenieros practicase un es-

tudio de nivel y formación de los terrenos por donde era más posible la prolongación de los desmoronamientos.

Un mes después de las últimas cosechas entraron al canal y fondearon al costado del yatch los dos grandes buques que lord Andrews esperaba, destinados á transportar á Inglaterra los productos de la colonia. Eran las mismas naves que tres años antes habían traído las cien familias que la componían, y ahora venían en lastre dispuestas á almacenar el mundo que cabía en su amplio tonelaje.

Pronto principiaron el cargamento y la estiva con actividad y bajo el orden más perfecto de registro y facturas. Todos los colonos, sin excepción, aseguraban un mediano capital en el mercado donde los frutos coloniales debían realizarse y no faltaba entre ellos el estímulo para los nuevos trabajos y la confianza en el porvenir.

Pero una noticia muy inesperada por la enormidad de su contexto, vino á producir un nuevo *desmoronamiento*: el desmoronamiento de las ilusiones! Como si las invasoras aguas del océano se hubiesen tragado toda la colonia. . . .

¡El canal y sus riberas no eran ya territorio argentino!

Es decir que la Colonia había cambiado de nacionalidad. Establecida hacía tres años en virtud de legítima concesión del gobierno argentino, cuya incuestionable jurisdicción se había todavía ratificado en el

tratado de 1881, se encontraban repentinamente chilenos los empresarios y pobladores que eligieron para sus hijos la bandera y las instituciones de sus sinpatías... Y, sin embargo, el protocolo que había sancionado semejante innovación se dice consecuente y de acuerdo con el referido tratado!...

La noticia fué conducida por el buque chileno que tan largo tiempo estuvo acechando al yatch Andrews, sin conseguir el lado favorable del capitán Peel.

Sin los inconvenientes geniales del capitán, dicha noticia se habría anticipado un año, pues desde la partida de Reloncaví el buque chileno tenía á su bordo al gobernador nombrado para mandar en la Colonia cuya existencia era conocida, no faltando sino el derrotero cierto indispensable para llegar á ella á través de los grandes peligros del archipiélago salvados por los estudios y trabajos hidrográficos del yatch Andrews.

Aquel buque, que no pudo dar alcance al yatch después de embarcado lord Andrews, en esta vez había seguido las aguas de las dos grandes naves de carga, y después de algunos días de detención en la boca del canal, penetraba al fin en él y fondeaba á unos cuantos cables distante del puerto colonial, solicitando comunicación con el jefe superior de la plaza.

Lord Andrews que se hallaba á bordo de su flotante palacio, ordenó remitir un bote

de gala, que condujo al empleado solicitante.

Como va á verse, lord Andrews estaba muy lejos de imaginar el estupendo acontecimiento que se le venía á comunicar.

Introducido el empleado manifestó que cumplía órdenes de su gobierno para asumir el mando de la Colonia y tomar cuenta de las instalaciones que se habían hecho en el canal y sus riberas, y prescribir, por si no eran conocidas, las leyes políticas y aduaneras de su país.

Sorprendido el lord al escuchar tan insólita embajada, contestó que creía haber notado que la enseña levantada por su interlocutor era chilena.

—Efectivamente, repuso éste, hablo á V. á nombre del gobierno de Chile.

—Entonces, me es extraño, observó lord Andrews, que su gobierno se arrogue el derecho de encomendar esa comisión sobre un establecimiento argentino, debidamente autorizado, en el corazón de su territorio.

—Perdone V. ésta es jurisdicción chilena, replicó el empleado.

--Olvida V. que estamos aquí á 15 leguas al oriente de la cordillera divisoria?

—Lo sé perfectamente.

—Y no sabe V. que la jurisdicción se halla aquí claramente deslindada por un solemne tratado ratificado entre los dos países?

—Lo sé.

—Entonces se procede en son de con-

quista! exclamó el lord poniéndose de pie.— Hablarán los cañones!... Esta conferencia es inútil, caballero:—dejo á V. en libertad de retirarse á tomar medidas de otra clase. No debía V. haber creído que yo rendiría de buen grado mis derechos legítimamente adquiridos!

—No, señor, continuó el empleado con tranquilidad: procedemos pacíficamente, en virtud de un pacto internacional reciente, que da á Chile el dominio exclusivo de estos canales y costas.

—Es posible?—Ha sido entonces denunciado el tratado de 1881?

—No, señor, está vigente.

—Está vigente un tratado de límites!... y se modifican tan fundamentalmente los límites que él establece?...

—El Protocolo de 1893 que ha sido sancionado *en el deseo de hacer desaparecer las dificultades de la demarcación*, es el que nos da estas nuevas posesiones.

—Y es en el deseo de obviar dificultades que se conculca el tratado, y se entregan aguas navegables que ningún país cedió jamás en dominio exclusivo al extranjero?— V. no puede ignorar, caballero, que estas son vías públicas que toda nación civilizada abre al uso de todas las banderas del mundo, y ninguna hasta ahora las había cedido en dominio exclusivo. Si la República Argentina entregase en esta forma las aguas del Paraná ó del Plata, no sería su humillación mayor allá que aquí. El sagrado de

la tierra patria es uno é indivisible; no dismiuuye ni al sur ni al norte: el honor nacional se halla lo mismo empeñado sobre el paralelo 34 que sobre el 45.

—Ha sido un convenio amigable de concesiones recíprocas: Chile renuncia á posesiones que pudiese tener en la costa del Atlántico como la Argentina renuncia á las del Pacífico.

—Ningun mal habría en que Chile disfrutase posesiones sobre el Atlántico si las tuviese, como que la Argentina use las que tiene sobre el Pacífico: no son países piratas que sea fuerza alejar de las propias costas. Y á mérito de la pretensión pueril de gobernar cada uno *en su océano*... no podía acordarse una concesión que no consagra un principio de paz, sino una infalible promesa de guerra; porque si bien los gobiernos y congresos tienen facultad de celebrar tratados de límites, no hay en la tierra autoridad política ni popular que pueda hacer estipulaciones humillantes para su país. Subsistirá eterno el derecho de reivindicación!

La República Argentina, que ha sido la primera sudamericana que abrió sus aguas interiores al tráfico de todas las banderas del mundo, es la que menos daría mérito ante la ley de las naciones para ser privada de su legítima jurisdicción. Esa concesión, caballero, es de las que sólo se imponen por derecho de conquista, y no creo que el noble pueblo argentino, cuando se

aperciba de ella, la acepte en paz. Mi razón se resiste á creer en ese protocolo, ni en el pacto reciente que establece tanta enormidad positivamente amenazante para los dos países.

—Aquí tiene V., señor barón, los documentos públicos, dijo el empleado, sacando de su pecho varios papeles con firmas autenticadas. Puede juzgar por sí mismo.

El lord examinó con creciente sorpresa los papeles.

Levantando después la vista, y marcada en sus labios una sonrisa amarga exclamó: —Tiene usted razón... en cuanto á la verdad de los antecedentes que ha invocado.

Oprimió luego el muelle de una gaveta del suntuoso escritorio en que se apoyaba y sacó un rico portafolio en cuya cubierta se veían bordadas en oro y chispas de brillantes las armas argentinas y de Inglaterra en dos escudos entrelazados.

—Para que vea V., señor, agregó, los gravísimos inconvenientes que pueden resultar de actos impremeditados, he aquí documentos auténticos que me declaran concesionario de esta parte de territorio; y me aseguran durante diez años el goce libre de su puerto y vía marítima, concesión perfectamente ajustada á la ley argentina y con pleno conocimiento de su legítima ubicación jurisdiccional, en virtud de la demarcación estipulada en el tratado de 1881 que lleva la firma de un esclarecido

estadista aclamado en este país. Esa es la ley argentina y chilena. Es la ley que también á mí me ampara y ninguna autoridad de la tierra podría hoy modificar mis derechos, legalmente adquiridos y sellados con el cumplimiento de los deberes que me fueron impuestos.

—Yo creo, señor, que Chile al adquirir derechos sobre el territorio, reconocerá los derechos de V.

—Ese es su parecer privado, caballero; pero yo no he contratado una colonia chilena, sino una colonia argentina: he sido impulsado por el profundo cariño que yo y mis compatriotas escoceses profesamos á este país. Además, el porvenir de esta colonia como el de las demás que puedan establecerse en estas regiones, no está hacia el lado de Chile, sino hacia el lado del Atlántico.

La población de la Patagonia debe comenzar indispensablemente en la región de la Cordillera para que su riqueza como sus aguas se derramen y den vida allá en los centros y costas donde falta. Es en busca de ese gran porvenir que hemos venido á poblar la falda andina; y estos colonos han elegido ya nacionalidad para sus hijos...

—Voy á dar cuenta de esta emergencia á mi gobierno, dijo el empleado, después de haber revisado la documentación que tenía á su frente. Entretanto, repuso, poniendo un folleto impreso delante del lord, dejo á V. para su conocimiento la colección de

leyes y decretos que rigen en estas posesiones.

El lord saludó con expresión de reserva y la entrevista quedó terminada.

* * *

A medio día el transporte chileno aparejó y zarpó de regreso.

Pocos instantes después conferenciaban á bordo del yatch su ilustre propietario y el sargento.

Cuán ácerbas y desconsoladoras fueron para éste las noticias!

—Es posible, señor, exclamaba llevando sus dos manos á la frente, mientras surcaba sus mejillas una lágrima, es posible que mi país haya pactado esta ignominia!

—No es el país, amigo mío, contestaba el lord: no es la gran República Argentina, que ha probado siempre su patriotismo así como su magnánima confraternidad con sus vecinos, son los gobiernos, tal vez obcecados por informes deficientes, ó extraviados por sugestión de calamidades imaginarias, los que han consumado un acto cuya monstruosidad es aquí patente para nosotros, pero que ellos no ven ni ve tampoco la mayoría del pueblo, por falta de nociones geográficas.

—Pero esto no es aceptable, señor barón, porque en lo que toca á estas costas entregadas arbitrariamente á Chile, hay estudios suficientes, practicados y publicados por el almirantazgo inglés, que hacen conocer la

profunda internación de estos canales en el corazón de la Patagonia, demuestran la Cordillera divisoria separándonos de Chile en la ribera del Pacífico... Se sabe con entera certidumbre que esta falda andina que recorre toda la prolongación longitudinal del continente es la que ofrece incremento á las poblaciones y la que promete el progreso y la seguridad al resto del territorio; que estos canales internados, cedió su dominio á Chile, á más de la humillación nunca vista que nos impone con un gobierno extranjero en las interioridades de nuestro territorio, vienen á ocupar y dividir nuestras mejores posesiones, á destruir el porvenir de estos continentes argentinos!... Y pues estos canales se alargan rápidamente como V. lo ha demostrado y lo hemos visto, internarán cada año el dominio extranjero como un puñal en el corazón de la patria. No viviré, señor, un día más en este suelo hoy chileno, aceptando el escarnio de la sagrada bandera que juré honrar hasta el último día de mi vida!... Mañana marcharé á mi gruta ó buscaré otro cielo que no alumbre sobre mí y mis hijos la humillación de la tierra de San Martín y Belgrano.

Lord Andrews se apoderó con entusiasmo de la mano crispada que levantaba el sargento.

—No necesitaba, hermano mío, dijo, oír esas palabras dignas de un noble soldado: porque su alma refleja en la mía, así como tampoco puede V. dudar de mi resolución

en este caso. Mañana?...Mañana no habrá un ser viviente en este lugar, que conceptúo de hoy más maldito como la picota de los ajusticiados. Aquí ha sido sacrificado el honor de un pueblo que amo, y sacrificado yo mismo con el amigo y salvador, de quien he jurado no separarme ni en intereses ni en aspiraciones...No haré ningún reclamo, porque no quiero causar un dolor al país, que le repito, no es responsable de un extravío de ideas dirigentes.

Transportaré estos colonos á mi condado de Escocia y allí les compensaré con creces lo que aquí pierdan. V. y su familia toda, vendrán conmigo á mi palacio...no me niegue esta satisfacción!...No necesita pesar sobre mí... Va V. á realizar en Inglaterra un capital que le sobrar  para vivir y educar á sus hijos!...Sólo se compromete V. á aceptar mi techo, mi mesa y mi amistad, sólo se obligará á ayudarme en mis negocios... Volver  un día á su patria, yo le respondo, en mejores condiciones para rendirla sus servicios....Acepta V., hermano mío?...Piense en sus hijos y ya no dudo en su contestación.

—S , dijo el sargento.

—Loado sea Dios! exclamó lord Andrews.

.....

Apenas transcurrió una hora empleada en reunir   los colonos y expresarles la resolución adoptada, las causas graves que la motivaban y el destino con que todos

regresaban á Inglaterra, como un solo hombre, la población de ambas riberas del canal aclamó entusiasta la idea, y desde ese instante se vió una agitación febril en los trabajos de embalaje, carga de menajes y artículos de comercio.

Muchas familias desarbolaron en el día sus posesiones, cargaron cuanto tenían y durmieron ya á bordo en la noche.

Los dos grandes buques tragaron sin cesar cargas y gente hasta la tarde del nuevo día, sin llenarse, como si hubiesen sido abismos sin fondo. La marinería y los guinchos no cesaron un minuto en las operaciones de estiva, y antes que el sol se hubiese ocultado tras de las crestas nevadas de occidente, todo el mundo estaba á bordo.

.....

No hemos de seguir á nuestro héroe hasta Inglaterra. Su bienestar y el de su familia van asegurados en el regazo de personas dignas y poderosas. Recogemos sólo la amargura que le separa de la tierra de sus padres, sin abandonar la esperanza de que ella brille un día íntegra é incólume, corrigiendo errores que no pueden subsistir en la vida de un gran pueblo.



EPÍLOGO

He concretado generalidades estrictamente históricas; y como respeto mucho el criterio del lector, me apresuro á declarar que he hecho pura novela en el último capítulo; no novela de antojo, que no he pretendido inventar hechos de mal augurio, sino colocar en terreno práctico la obra no menos fantástica de los que han embarcado dos países en un problema que no tenía razón de ser, y cuya solución ya no depende de la prudencia de los hombres, sino del ÁRBITRO: no el árbitro inglés convocado últimamente sobre la consagración de nuevos errores, sino el ÁRBITRO DEL UNIVERSO!

El postrer acontecimiento ha modificado las ideas pacíficas del sargento Claro: cree que la paz no es conciliable con la humillación de la patria, y yo elevo los más fervientes votos al cielo porque este pobre libro no resulte histórico todo entero.

